
ESPOSAS DE
MILLONARIO$
Tara Pammi
UNA ESPOSA
PARA EL JEQUE
HARLEQUIN



UNA ESPOSA PARA EL JEQUE

Tara Pammi



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una esposa para el jeque, n.º 138 - marzo 2018
Título original: Married for the Sheikh's Duty
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-872-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Cuáles son los requisitos que le pide de una novia, jeque Al-Ghamdi?

El jeque Zayn Al-Ghamdi miró sin verlo el monitor que tenía en la pared de su despacho. Fue a hablar, pero no dijo nada. Sabía desde hacía tiempo que estaba llegando el momento de asentar la cabeza y casarse. Desde niño le habían inculcado la idea de que algún día se casaría con una mujer que sería una buena esposa para él y una buena jequesa para su país.

Naturalmente, sería sobre todo una imagen cuidadosamente creada y supervisada para que complaciera a su pueblo. También había aprendido, con el ejemplo de sus padres, que ella tendría un papel secundario incluso en la vida de él. Su deber principal sería tener hijos y continuar la dinastía de la familia Al-Ghamdi.

La semana anterior, cuando Benjamin los reunió, a él y a otros tres hombres, a raíz del artículo que se había publicado en *Celebrity Spy!*, él fue quien propuso que se casaran y tuvieran herederos para solucionar sus problemas. Aquellos tres hombres: Benjamin Carter, Dante Mancini y Xander Trakas, sus rivales durante muchos años y que se habían convertido en aliados a regañadientes, lo miraron como si le hubiesen salido cuernos y rabo, hasta que comprendieron que su idea tenía sentido.

Sin embargo, cuando oyó la pregunta que le había hecho Elizabeth Young, la casamentera multimillonaria que le había recomendado Xander, se sintió desconcertado. Le sacaba de quicio que una revista sensacionalista y carroñera lo metiera en vereda en la ínfima parte de su vida que podía controlar. No obstante, la imagen de los cuatro había quedado muy dañada por culpa de ese artículo. Sus padres, aunque se habían retirado de la vida pública, lo habían reprendido por su imagen y las repercusiones de cada detalle de su vida, por mínimo que fuera, en el ambiente político de Khaleej.

Peor aún, la familia política de su hermana Mirah estaba hablando de cancelar la boda. Era muy conservadora y creía que él no tenía derecho a ningún tipo de vida, pero mucho menos a la vida disoluta que dejaba entrever el artículo. Sin embargo, eso era

inaceptable. Su hermana, diez años menor que él, había sido como un rayo de sol en una vida solitaria por la actitud fría y distante de sus padres y la rigurosa preparación para su vida política. De no haber sido por Mirah, él no habría conocido la alegría verdadera, no habría tenido la más mínima compañía.

–Jeque Al-Ghamdi…

–Mi novia tiene que ser joven y atractiva. Lo bastante atractiva para que pueda mirarla durante cinco décadas y lo bastante sana para que pueda tener hijos. No puede llegar a los treinta años, ni acercarse.

La señorita Young tomó nota de todo, pero Zayn vio que fruncía el ceño.

–¿Hay algún inconveniente, señorita Young?

–Alteza, las mujeres pueden llegar a tener hijos incluso a la edad tan avanzada de treinta años –contestó ella sin disimular la sorna.

–Sí, pero las mujeres que tienen cerca de treinta años también tienen ideas muy arraigadas, señorita Young, y no serán maleables. Además, es posible que yo tampoco cumpla sus expectativas de hombre ideal.

La mujer no resopló, pero Zayn tuvo la sensación de que le habría gustado hacerlo.

–Una mujer que tenga ambiciones profesionales no servirá –siguió él–. Tendrá que entender que su papel en la vida será ser un complemento mío.

–Entonces, tiene que ser hermosa pero no inteligente.

–Sí. También tiene que ser virgen.

Los ojos de la señorita Young reflejaron indignación.

–Eso es de bárbaros.

–Es la única manera de garantizar que no surgirán escándalos o motivos de vergüenza en el futuro.

–La virginidad no es necesaria. Comprobamos minuciosamente sus pasados antes de buscar parejas que se adapten a los requisitos.

–Los exnovios y examantes se las apañan para aparecer en la vida de uno y causar el mayor lío posible. Me gustaría evitar cualquier escándalo relativo a mi jequesa y su pasado. Esto lo garantiza.

–Guapa, joven, maleable, no especialmente inteligente y virgen. No sé si es el encargo más fácil o más complicado que he tenido, alteza.

–¿Está diciéndome que no puede encontrar una mujer que

cumpla esos requisitos, señorita Young?

–Claro que puedo, alteza, pero me preguntaba si el amor tenía algo que decir.

–Usted trabaja de… intermediaria para multimillonarios, señorita Young, ¿ha tenido algo que decir alguna vez?

–Tenía curiosidad por saber su opinión.

–Una idea ridícula y fantasiosa no hará que mi matrimonio salga bien. Busco una esposa que se pliegue ante mi superioridad en todos los aspectos de la vida y sea una aportación positiva a mi vida política.

–¿Una especie de accesorio?

–El accesorio prefecto, si lo prefiere.

Él cortó la llamaba, divertido por el brillo de rabia que había visto en los ojos de la señorita Young. Hacía mucho tiempo que sabía que eso era lo único que podía ser una esposa para un hombre como él.

Dos semanas más tarde

Amalia Christensen, a pesar de su vida cuidadosamente trazada, jamás habría podido imaginarse que un día, caluroso como el infierno, estaría esperando en las oficinas administrativas del jeque Zayn Al-Ghamdi. Miraba las impresionantes cúpulas y los vestíbulos decorados con oro puro del gran palacio de Khaleej, el país de origen de su propio padre. Muchas cosas habían cambiado en Khaleej durante el tiempo que había vivido con su madre en Escandinavia, y para bien. Khaleej, con unas infraestructuras comparables a las de cualquier país occidental y con una presencia reciente en el mundo financiero de todo el mundo, era una mezcla de arte, tradición y tecnología.

De no haber sido por la preocupación por su gemelo Aslam, que le atenazaba las entrañas, habría estado sacando fotos a diestro y siniestro y publicándolas en Instagram. El palacio, de color ocre, con torres y cúpulas, en el centro de una enorme extensión de jardines con una playa de arena dorada en un lado, era un festín para la vista. Sin embargo, durante todos los años que había anhelado visitar Khaleej, no se había imaginado que lo haría tan a la desesperada. La belleza de Khaleej y el reencuentro con sus raíces estaban vacíos, no tenían sentido sin Aslam. Si hubiese ido el año anterior, si hubiese entendido lo enfadado e inquieto que estaba Aslam…

Después de una breve visita a Aslam, quien le había contado toda la historia desde la cárcel, después de algunas conversaciones monosilábicas con su padre, todavía llevaban diez años sin hablarse, después de haber recurrido a los amigos de Aslam y de haber sabido cosas sobre el instigador de toda la aventura y, para terminar, después de haberle pedido a Massimiliano, su jefe, que utilizara todos sus contactos para que le concertaran esa reunión, había tardado dos meses desde su llegada a Sintar, la capital de Khaleej, para que la recibiera un funcionario del palacio.

Massi se había reído y le había preguntado si así recuperaría a la mejor secretaria de dirección que había tenido. Ella, contenta porque no la había despedido durante el largo permiso, le había prometido que volvería pronto. Por mucho que echara de menos su profesión y le doliera el perjuicio para sus ahorros, no podía marcharse hasta que Aslam estuviese libre.

El sonido del mar al romper en la playa de arena blanca que veía a su derecha resaltaba el elocuente silencio del pasillo. Le habían dicho que el palacio solía ser un hervidero de actividad, pero el vestíbulo era un remanso de paz. No se olvidaba de que el funcionario le había dicho, en medio de una perorata, que la cita se había concertado para ese día concreto, pero tampoco había casi empleados. ¿Qué estaba pasando?

Nunca había sido monárquica, pero el artículo sobre los cuatro solteros le había despertado interés. Al parecer, el jeque llevaba una vida privada muy… animada y alejada de los conservadores medios de comunicación de su país y de la ardua vida que le exigía su poderosa posición. Además, había visto todos los artículos que habían seguido a aquel primer artículo y que habían cuestionado la dedicación del jeque Zayn a gobernar Khaleej, a los ideales conservadores de casi todo su gabinete y a su propia imagen ante su pueblo.

Volvió a mirar el reloj y se levantó del cómodo sofá. Las rodillas le crujieron por haber estado sentada tanto tiempo. Las teselas doradas de los mosaicos le guiñaron los ojos. Miró fugazmente hacia atrás, vio que no había ningún vigilante de seguridad y atravesó un arco para entrar en un pasillo largo que parecía sacado de una novela de fantasía.

Notó una corriente de calor y se dio cuenta de que el pasillo se abría a un patio por la izquierda. El mármol blanco e inmaculado resplandecía a lo largo de un kilómetro o más. Con un arrebato muy impropio de ella, se quitó los mocasines. Sintió la frescura del mármol en las recalentadas plantas de los pies y una delicada brisa

que le llegó de la bahía, y todo ese entorno tan bello la sosegó por dentro.

En las tres horas y media que habían pasado desde que el agobiado funcionario le había pedido que esperara, sin contar la hora que había estado en recepción hasta que había aparecido ese funcionario, había comprobado que se repetía un esquema: cada media hora se producía un revuelo en la recepción y unos invitados llegaban a esa ala del palacio en medio del mayor secreto y grandes medidas de seguridad. En cada grupo había una mujer elegantemente vestida y peinada, como una abeja reina en el centro del enjambre.

¿Eran invitadas del jeque?

Mientras paseaba por el patio con fuentes y palmeras, se preguntó por qué llevaban mujeres al palacio. Podrían ser aspirantes a entrar en el harén, era posible que el jeque hubiese decidido que tenía que llevar la diversión más cerca de su casa después de que los medios de comunicación de todo el mundo hubiesen sacado a la luz sus actividades… extralaborales. Resopló. Ni siquiera ese jeque playboy podía justificar un harén en esos tiempos.

También era posible que estuviese montando un club de striptease para su uso personal en Sintar y fuesen mujeres de todo el mundo en lo más álgido de sus carreras como bailarinas de barra. Al fin y al cabo, ¿un club de striptease no era lo más parecido a un harén moderno? No cambiaría gran cosa porque, según *Celebrity Spy!*, el jeque tenía un apetito sexual insaciable…

Quizá fuesen reinas y princesas de todo el mundo que asistían a un banquete que ofrecía la familia real. Había leído en algún sitio que la hermana del jeque iba a casarse pronto, y eso significaría que el hombre que había prometido recibirla estaría ocupado con los detalles del banquete y tardaría horas en aparecer.

Esa segunda posibilidad la tranquilizó, pero no podía marcharse hasta que hubiese hablado con él sobre Aslam y la acusación falsa de posesión de drogas mientras que el verdadero culpable estaba viviendo a cuerpo de rey. Cuando el funcionario del palacio accedió a verla, supo que había tomado el camino acertado y que alguien en las más altas esferas tenía que saber que esas drogas no eran de Aslam.

Miró hacia atrás, hacia el arco, y se dio cuenta de que se había alejado bastante. Entonces, oyó una conversación acalorada en el patio, a su izquierda, y se le pusieron los pelos de punta. Asustada,

abrió la primera puerta que encontró a su derecha y entró. No veía nada y extendió los brazos hasta que encontró una pared. Parpadeó varias veces y tardó unos segundos en poder ver la habitación. Entonces, se le encogió el estómago.

La habitación no era tan oscura como había creído al principio. Había una claraboya en el fondo de la enorme habitación y la luz dorada iluminaba a un hombre que estaba sentado en una silla parecida a un trono con tapicería dorada y patas con forma de garra, como si fuese un rey. Sintió un escalofrío por la espalda. Los ojos marrón claro miraron primero a los mocasines que llevaba en la mano y a los pies descalzos después.

–¿Por qué lleva los zapatos en la mano?

Amalia dejó caer los mocasines y el corazón le cayó detrás. Ese hombre, al contrario que todos los empleados que la habían atendido, hablaba inglés con un acento aristocrático y el tono de barítono hacía que las palabras cayeran sobre ella como gotas de agua helada sobre la piel recalentada. Podía notar su mirada clavada en la boca aunque no lo mirara directamente.

–Yo… Yo salí a este patio y hacía demasiado calor.

–Ya veo que está demasiado acalorada.

Ella levantó la mirada por el comentario irónico y vio unos ojos marrones, inteligentes, autoritarios y con un brillo burlón bajo unas tupidas pestaña y cejas negras.

–¿Por qué ha salido al patio? –añadió él.

La pregunta hizo que la lengua se le separara del paladar y se le desatara.

–Me cansé de esperar. Si hubiese seguido sentada, el trasero se me habría quedado plano de tanto…

–Espero que nuestro mobiliario no haya causado ningún daño irreparable a su… trasero.

Ella se llevó una mano a esa parte de su anatomía.

–Con mi presupuesto, ya me cuesta bastante encontrar ropa que me siente bien, por mi altura y, efectivamente, un trasero plano no está bien, pero no, no le ha pasado nada.

Entonces, justo después de decirlo, se dio cuenta de que la conversación era absurda. Sintió que el bochorno le subía por el cuello y le taponaba la garganta. Deseó tener un genio a mano, como en las complicadas historias de su padre, que le hiciera desaparecer o, al menos, que le permitiera volver a empezar esa conversación.

–No quería interrumpir…

–No hace falta que se disculpe –Amalia tuvo que morderse la

lengua para no replicar que no se había disculpado–. El proceso está alargándose más de lo que debería.

Lo dijo con cierto fastidio, y podría haber sido una disculpa, pero estaba segura de que él no había querido que lo fuera.

Se puso los mocasines, se llevó una mano al abdomen como si quisiera aliviar el cosquilleo que sentía ahí y se pasó la otra por el pelo. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando se dio cuenta de que la coleta seguía en su sitio. Levantó la mirada después de cerciorarse de que todo estaba intacto y, con el corazón acelerado, se dio cuenta de que ese hombre dominaba absolutamente todo lo que había en esa habitación, incluso el aire que tanto le costaba respirar a ella, pero su poder emanaba de su piel, no de sus ropajes, de la habitación o del trono. Parecía un rey porque era un maldito rey o, para ser exactos, su alteza real el jeque Zayn Al-Ghamdi de Khaleej. Un estadista brillante y, según *Celebrity Spy!*, un playboy al que le gustaban los coches veloces, la tecnología veloz y la mujeres veloces.

Lo primero que pensó fue farfullar una disculpa y salir corriendo de esa habitación. Si salía al pasillo interminable y llegaba a la zona de recepción, podría perderse y escabullirse fuera del palacio. Sin embargo, se obligó a serenarse y pensarlo mejor.

Era el jeque, el hombre todopoderoso, el hombre responsable, aunque fuese indirectamente, de que Aslam estuviese encarcelado injustamente. ¿Qué posibilidades tenía de que volviese a concederle una audiencia?

Se quedó sin respiración cuando él se levantó, cruzó la habitación a lo ancho y se apoyó en una mesa de roble inmensa. A su derecha tenía una zona de reposo con una *chaise longue*, aunque reposar parecía una actividad demasiado tranquila para él. La energía de ese hombre, su presencia imponente, llenaban la habitación y la presionaban por todos lados, como si exigiera reconocimiento y aceptación.

Vio un juego de té de plata en una mesilla y se dio cuenta de que tenía la garganta seca. Él, como si ella lo hubiese pedido en voz alta, fue hasta la mesilla, sirvió un granizado de menta y limón, y se acercó a ella. Se le multiplicó la sensación de estar abrumada. Olía a sándalo e irradiaba calor como si tuviera un horno por dentro. Aunque quizá ella estuviese sintiendo ese calor y él no irradiaba nada. No paraba de sentir sensaciones que no le gustaban y no podía dominar y se quedó quieta y estremecida por dentro. ¿Dónde estaba la Amalia superimperturbable de la que dependía Massi? ¿Dónde estaba la mujer que sus colegas y

compañeros de trabajo llamaban «la calma en medio de la tormenta»?

–Beba. Los forasteros se olvidan de que el calor es incesante aunque no estén sudando.

Su orden fue desdeñosa, arrogante y exageradamente paciente.

–No soy una forastera.

–No parece una mujer de mi país –replicó él, mirándola de arriba abajo.

Ella tomó el vaso y se bebió el granizado de un sorbo. Estaba frío y le refrescó la garganta. Incluso, sintió mejor la cabeza. Bajó el vaso y se preguntó si la teoría de ese hombre sería cierta. La verdad era que había estado dando vueltas durante casi veinte minutos. ¿Habría perdido la compostura por el calor que había pasado durante ese tiempo? Más segura por ese argumento, le tendió el vaso para devolvérselo.

–Gracias, lo necesitaba.

Él no se movió. Ni tomó el vaso ni dijo nada. Amalia levantó la mirada lentamente y vio al que tenía que ser el ejemplar de virilidad más imponente del planeta. Entonces, comprendió que sus teorías sobre el calor y la deshidratación que la alteraban eran solo eso, unas teorías con cierta parte de engaño a sí misma. Los ventanales que tenía detrás iluminaban su rostro con la cantidad justa de luz dorada, como si también cumplieran la voluntad de ese hombre.

Arqueó una ceja con la mirada clavada en la cara de ella. Fue un gesto cargado de sarcasmo sombrío. ¿Sería porque le había devuelto el vaso como si fuese un sirviente?

Tenía unas pestañas tupidas y curvas que le velaban la expresión, una táctica que, con toda certeza, emplearía para intimidar a la gente. La luz daba un tono dorado a sus ojos marrones, los ojos de un felino depredador. La mandíbula cuadrada, áspera por la barba incipiente, se acomodaba debajo de unos pómulos prominentes y de una nariz recta que le daba una dureza que no le gustaba. Su boca era grande y con labios finos, una boca entregada a la pasión. Esa idea tan rara hizo que sintiera un escalofrío por la espina dorsal.

Amalia era alta, medía casi un metro y ochenta centímetros, pero él le sacaba diez centímetros como poco y tenía el cuello del mismo tono resplandeciente que la cara, de un color dorado oscuro como el del metal que los habitantes de Khaleej habían empleado hacía varios siglos. Su padre había tenido un cuchillo pequeño con una empuñadura que brillaba como el tono de su

piel.

Le puso un dedo debajo de la barbilla y le levantó la cara.

–Su evaluación ha sido muy minuciosa después de haberse alterado tanto –comentó él.

Amalia notó el calor en las mejillas.

–No estaba alterada.

–¿No? –él volvió a arquear la ceja–. Muchas mujeres pierden la compostura cuando me ven.

–Además –siguió ella–, parece un hombre al que hay que mirar a los ojos, alteza.

Los ojos implacables de él dejaron escapar un destello burlón.

–Decir eso es una osadía. ¿Cómo se llama?

–Señorita Christensen.

–¿Sus padres no le pusieron un nombre de pila?

Ella no quería decírselo, aunque era la cosa más rara que había sentido en su vida. Él esperó y el silencio fue alargándose.

–Amalia Christensen –contestó ella por fin–. Estaba deshidratada. Ya me he repuesto otra vez.

Como una cobarde, se alejó de la imponente presencia de ese hombre, fue de un lado a otro por la habitación y le atenazó el recuerdo de una de las historias que le había contado su padre sobre la historia de Khaleej. Una daga curva, casi del tamaño de su antebrazo, estaba colgada de la pared por encima de una tela color beis y la luz del atardecer se reflejaba en su hoja metálica. Pasó los dedos respetuosamente por la empuñadura.

Efectivamente, no podía pasar por alto la presencia desquiciante de ese hombre. Era como intentar pasar por alto la presencia de un león que estaba sentado a seis metros y la miraba como si fuese su próxima comida. Tampoco podía dominar el pánico creciente porque sabía que cuanto más tardara en explicarse, más iba a costarle convencerlo para que ayudara a Aslam.

El olor y la calidez de él le acariciaron los sentidos.

–Es un *khanjar* del siglo quince, ¿verdad? –comentó ella para aliviar la tensión–. Los hombres lo llevaban en el cinturón y era un símbolo de categoría, de valor y destreza.

–Sí, entre otras cosas –contestó él con cierta ironía.

–Dicho con palabras modernas, un símbolo de su virilidad –añadió ella con doble sentido.

No tenían ni que mirarse para que esa cualidad casi tangible se creara alrededor de ellos. ¿Era atracción o el corazón se le había desbocado por el miedo a las consecuencias de su fingimiento?

–Ahora son objetos decorativos –concluyó Amalia.

Él la miró sin disimular la sorpresa, pero ella siguió mirando al frente. No podía librarse de la sensación que tenía en las entrañas.

–¿Ha estudiado la historia de Khaleej para preparar esta entrevista? –preguntó él con cierto tono de curiosidad en la voz–. Tengo que reconocer que me sorprende y admira. Conocer Khaleej y sus costumbres es un punto muy grande a su favor.

¿Una entrevista? ¿Era para un empleo con él?

Por primera vez en dos meses, la suerte le sonreía. Si era para un puesto de empleada en el palacio, más cerca del propio jeque, mucho mejor todavía. Quizá no tuviese que soltarle la verdad en ese momento con el riesgo de molestarlo, pero ¿esperar empeoraría las cosas para Aslam? ¿Qué era lo mejor?

–Sin embargo, la señorita Young no me ha mandado una carpeta de usted.

Amalia, que estaba poniéndose roja, sacó el teléfono del bolso.

–Puedo mandarle mi currículum en un minuto.

–No, eso es demasiado… raro hasta para mí.

¿De qué estaba hablando ese hombre?

–Hábleme de usted. Me produce curiosidad que la señorita Young la haya elegido cuando está claro que no tiene contacto con la realeza ni ninguna de las otras… características.

¿Contacto con la realeza? ¿Qué empleo era ese que las candidatas tenían que tener contacto con la realeza?

–La verdad es que no me he preparado para la entrevista.

Decidió que iba a decirle la verdad poco a poco para ver cómo reaccionaba. Tenía que hacerse una idea de qué tipo de hombre era, si era justo e imparcial o era como su primo.

–Nací aquí, en Khaleej, y viví aquí hasta los trece años. Mi… Mi padre es historiador en la Universidad de Sintar y experto en objetos antiguos. Él… –se le formó un nudo en la garganta y le costó seguir–. Aslam, mi hermano gemelo, y yo… Nuestro pasatiempo favorito era sentarnos en su despacho y escuchar sus historias largas y enrevesadas sobre Khaleej. Es… era un contador de historias fantástico.

Tan bueno que lo creyó a pies juntillas cuando le dijo que iría a buscarla enseguida. Eso había sido hacía más de diez años.

–¿Era?

–Hace tiempo que no sé nada de él.

–¿Quiere volver a vivir en Sintar para reencontrarse con él?

–No –él frunció el ceño y ella siguió–. No tengo intención de reencontrarme con él, tengo otros motivos para estar aquí.

–Pero no tiene un apellido de Khaleej.

–Mi madre y él se divorciaron –Amalia se encogió de hombros–. Mi madre recuperó su apellido, me preguntó si yo también quería llevarlo y acepté.

–Debería llevar el apellido de su padre. Debería conservar algo que hiciera referencia a esa parte de sus orígenes.

–No sé por qué, cuando él y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro –replicó ella.

Estaba enfadada con él y enfadada consigo misma por haber reaccionado. Debería estar enterándose de algo sobre su temperamento, no hablando sobre la relación inexistente con su padre.

–Lo que quiero decir es que conozco las normas culturales y aportaría mucho en cualquier puesto –siguió Amalia–. He olvidado un poco el árabe, pero también podría recuperarlo.

Él volvió a mirarla pensativamente. Ella jamás había tenido que esforzarse tanto para aguantar la mirada de un hombre.

–Eso está bien, pero es posible que no sea completamente necesario. Se podrían aprovechar las dos partes de sus orígenes, podría ser el contacto occidental que necesita Khaleej.

Entonces, ¿era un puesto cercano a él? La emoción y el miedo le atenazaron las entrañas.

–Cuénteme algo más de usted, señorita Christensen –le pidió él con una voz pausada.

Ella empezó a hablar con la vista perdida en un punto a la izquierda de la cara de él.

–He trabajado cinco años como secretaria de dirección del consejero delegado de una empresa multinacional. Domino cuatro idiomas y nunca pierdo la serenidad –él, maldito fuera, volvió arquear la ceja–. Además, trabajo extraordinariamente bien bajo presión y se me dan muy bien las relaciones públicas y con los medios de comunicación.

–Parece el colmo de la eficiencia y del trabajo arduo, señorita Christensen.

–Lo dice como si fuera algo malo.

Él sonrió y ella entendió, por primera vez, lo que significaba que a alguien le flaquearan las rodillas. Los dedos anhelaban acariciarle los surcos de la cara.

–Debería avisarle que este trabajo no se parece a ninguno que haya hecho antes. ¿Cuáles son sus pretensiones?

–Que se me compense bien y se me trate de una forma justa.

Él se rio. Efectivamente, su sentido de la dignidad era enorme,

pero también tenía sentido del humor. Las arrugas que se le formaban alrededor de la boca al reírse encajaban bien entre los rasgos duros de su rostro.

–Su descaro es estimulante. Sabe que, económicamente, se le compensará muy bien durante el resto de su vida. En cuanto a que se le trate de forma justa –él se puso serio–, siempre trato bien a las mujeres.

–Entonces, ¿lo he convencido de que soy apta para ese… puesto?

–Me reservo la decisión –contestó él con un brillo en los ojos que hizo que a ella se le acelerara el corazón–. Como entenderá, no puedo tomar esa decisión en media hora. Sin embargo, le alegrará saber que, en principio, la habría rechazado inmediatamente. La señorita Young se arriesgó con usted.

–¿Me habría rechazado cuando estoy más que preparada?

–Señorita Christensen, no puedo creerme que sea tan ingenua sobre su aptitud cuando rechaza desafiantemente sus orígenes de Khaleej. Khaleej está en su momento histórico más apasionante y convulso, está con un pie en las tradiciones antiguas y el otro en el mundo moderno. Todo el mundo que me rodea se refleja en mí.

Amalia se enorgullecía de la carrera profesional que tanto le había costado labrarse. Le había dedicado años y había cuidado de su madre hasta que falleció el año anterior, había pagado su tratamiento interminable… Le dolía que la rechazara.

–Dígame por qué –le pidió ella.

–Lo que menos necesito es una profesional con ideas propias sobre la independencia y la igualdad de sexos y con resquemor hacia su padre.

Esas sensaciones vibrantes e inútiles que estaba empezando a reconocer se apagaron repentina y afortunadamente mientras intentaba llegar a entender lo que acababa de decir el jeque. Si no quería una mujer profesional, trabajadora y con experiencia para ese puesto, ¿cómo esperaba que se hicieran las cosas? ¿De qué servía una mujer que no podía pensar por sí misma…?

El alma se la cayó hasta las suelas de los mocasines. No estaba haciendo entrevistas para un empleo. Además, si fuese para una bailarina del vientre o de barra, como había pensado disparatadamente, le habría preguntado algo sobre ese asunto, ¿no? Incluso, podría haberle pedido que hiciera una demostración. Sin embargo, hasta esa idea disparatada era mejor.

Se quedó clavada en el suelo con el pulso desbocado y los ojos como platos mientras la última pieza del rompecabezas encajaba

en su sitio. Por eso estaba tan vacío el palacio y por eso habían estado llevando mujeres toda la mañana. Esa señorita Young de la que no había dejado de hablar no era una cazatalentos, era una casamentera.

El jeque Zayn Al-Ghamdi estaba entrevistando a candidatas para ser su esposa, su jequesa, y ella, Amalia Christensen, profesional entusiasta y que apreciaba su independencia, había aspirado sin querer a ese puesto.

El pulso se le alteró y el miedo le corrió por la venas.

¿Esa peligrosa farsa habría acabado con las posibilidades de que liberaran a Aslam?

Capítulo 2

Amalia Christensen era el tipo de mujer que hacía que los hombres agradecieran ser hombres, que sacaban a relucir los instintos bárbaros y agresivos que los hombres fingían que ya no tenían para aplacar la susceptibilidad feminista moderna.

Jamás había sentido una atracción tan fuerte e inmediata.

Su forma de alterarse cuando la miró de arriba abajo había sido increíblemente interesante y había alterado su virilidad. No podía dejar de mirar cómo se sonrojaba ni la desazón y la confusión, seguidas del empuje y el atrevimiento, que se reflejaban en sus ojos. Casi podía ver cómo iba sacando pecho.

Khaleej siempre había sido un país progresista. Hasta él mismo estaba de acuerdo en que la igualdad de sexos y el movimiento feminista tenían razón de ser, pero no en su vida ni en su cama. Estaba seguro de que lo considerarían un machista o un demonio antifeminista porque en su vida no cabía otra personalidad fuerte, fuese una amante o una esposa.

Le gustaban y prefería a las mujeres que entendían y aceptaban que él era el dominante en la cama, que satisfaría todas sus necesidades siempre que confiaran en él, siempre que fuesen tan desenfrenadas como él lo era.

Le habían controlado todos los aspectos de su vida, primero su padre y luego él mismo, y seguiría siendo así hasta que se muriera, pero el desenfreno que llevaba dentro salía a relucir en su vida privada, en su vida sexual. Tenía poco tiempo y, al contrario de lo que decía el *Celebrity Spy!* sobre sus orgías y sus gustos depravados, quería que su vida sexual fuese sencilla y natural, no una batalla de sexos.

Por eso, Amalia Christensen, con su pelo largo, ondulado, color rubio ceniza y recogido en una coleta que resaltaba sus maravillosos rasgos, con su boca carnosa que alegaba que no estaba alterada cuando era evidente que lo estaba y con su cuerpo esbelto enfundado en una falda tubo y una camiseta de manga larga, no era el tipo de mujer con la que tendría una relación sexual.

Si era de esas tan inocentes que ni siquiera eran dueñas de su

propia sexualidad, él no tenía ni tiempo ni paciencia para enseñárselo. Si esa inocencia solo era una artimaña para llamar su atención, no quería entrar en ese juego.

Tampoco le gustaba esa vehemencia al afirmar que el origen de su padre no intervenía en su vida. Estaba claro que la habían educado para que no respetara a las figuras con autoridad, que la habían inducido a que rechazara una parte importante de su identidad. Estaba seguro de que su madre, quien le había dado esos ojos color marrón claro y ese impresionante pelo rubio, era la autora de ese desencanto.

Por eso, Amalia Christensen no era apta para ser su esposa.

¿Sería una especie de venganza de la señorita Young por haber herido su sensibilidad con los requisitos que había puesto para su esposa? No podía haber creído que él elegiría alguna vez a esa mujer para ser la jequesa.

Sin embargo, después de una mañana entrevistando a candidatas, a encantadoras mujeres virginales con contactos en las más altas esferas, que entendían perfectamente lo que significaba ser la jequesa Al-Ghamdi, que respetaban dócilmente las normas y tradiciones de su país y, lo que era más importante, que se plegaban incondicionalmente a lo que él representaba, esa mujer era una novedad enloquecedora y excitante. Su reacción a ella y la actitud casi insultante de esa mujer eran curiosas e irracionales.

Cuando miraba esos ojos color miel, no podía evitar pensar que le habría gustado haberla conocido hacía unos meses. Incluso, hacía un mes, antes de que hubiese salido el artículo del *Celebrity Spy!* y de que se hubiesen herido las susceptibilidades de sus ciudadanos. No se parecía nada a las mujeres con las que se acostaba, pero le intrigaba, era una novedad, y eso habría hecho que la persecución y la victoria final hubiesen sido mucho más emocionantes.

Se preguntó, durante un instante, si podría darle algún puesto en el palacio para conservarla cerca hasta que estuviese casado y su imagen se hubiese repuesto, hasta que Mirah estuviese felizmente casada, hasta que estuviese libre para perseguirla… No. Esa idea era profundamente desagradable hasta para un hombre que consideraba que el matrimonio solo era un paso ventajoso en una vida encauzada desde el principio. Se había resignado desde hacía mucho tiempo a la idea de que él, como su padre, encontraría la satisfacción sexual con otras mujeres después de unos años de matrimonio. Sin embargo, le parecía repugnante empezar su matrimonio con una amante ya prevista.

Debería despedirla, debería volver a pensar en las mujeres que había conocido esa mañana y debería pasar a la siguiente tarea de la lista interminable de obligaciones de Estado.

–¿Te he ofendido por lo que he dicho, Amalia? –preguntó él, en cambio, y empleando intencionadamente su nombre de pila.

Ella apretó los labios, como había esperado él, y sacó pecho. Él tuvo la sensación de que no habría hecho ese gesto si hubiese sabido lo provocativo que era.

–Me pregunto por qué no me despide si soy una candidata tan mala, alteza. También me pregunto cómo puedo sacar provecho de esta situación. Me parece que solo puedo salir perdiendo.

Vio algo en sus ojos, un conflicto o un titubeo, que hizo que pensara que ya no estaba discutiendo con él. Estaba molesta por el resultado de esa reunión y estaba haciendo acopio de defensas. ¿Tan segura había estado de que lo impresionaría? ¿Esa alianza significaría tanto para ella? ¿Acaso había conspirado con la señorita Young para atraerlo y formar una alianza de distinto tipo? ¿Por qué no? Las mujeres intentaban atraer su atención de cualquiera de las maneras. Se sabía que era un amante amable y generoso. Siempre había estado dispuesto a utilizar sus contactos y a hacer cualquier recomendación que permitiera a una mujer avanzar en su profesión. ¿Era eso lo que tramaba Amalia? ¿Había falseado esa invitación para presentarse como candidata pero por algo completamente distinto?

Las dudas se adueñaron de él.

No se olvidaba de que ella, aunque hubiese tropezado, había recuperado la compostura muy bien. Había sido la candidata más interesante que había recibido, había sido la mujer más interesante que había conocido desde hacía tiempo, pero ¿ese interés tenía algún propósito oculto?

–¿Existe algún cadáver en tu vida que deberías contarme?

Ella cerró los ojos y se quedó pálida. El remordimiento era evidente. Había acertado. Esa mujer había ido allí con una apariencia falsa y con motivos retorcidos.

Una vocecita le dijo que tenía que expulsarla, pero otra le dijo que le siguiera el juego.

–¿Estás ocultando algo o estás contando tus amantes? –le preguntó él sin poder dominarse.

–Eso no es asunto suyo –contestó ella con rabia en los ojos–. A no ser que esté dispuesto a hacer lo mismo por mí. ¿Saco el artículo de *Celebrity Spy!* y cotejo su cifra con la de usted para comprobar si es verdad lo que dice, jeque?

La pregunta era desafiante y dejaba patente un desprecio absoluto por él como hombre y por su cargo. Zayn sonrió en vez de enfurecerse. Se lo merecía por su comentario indagatorio. Aun así, no quería dejar esa pelea con ella. Cada ataque y contraataque le demostraba que estaba permitiéndose algo que iba contra sus principios, contra el poco respeto personal que había reservado para su esposa. Sin embargo, la necesidad era excesiva, el apremio era tan primitivo que no podía negarlo. Ella tenía algo que le provocaba cosas que no había sentido jamás.

–Sí es asunto mío, Amalia, si vamos a plantearnos esto. Además, no voy a disculparme por haber tenido amantes en el pasado.

Todavía no había elegido una candidata. Teóricamente, todavía no tenía pareja, aunque, en ese momento, la línea era muy fina. Le pasó la yema de un dedo por una mejilla. Su piel era de la seda más delicada.

–Todos los aspectos de tu vida pasada y presente tienen que estar limpios de polvo y paja. Ya ha habido bastantes escándalos en la mía y no quiero tener que lidiar con examantes celosos.

Amalia no le apartó la mano, y una leve tensión empezó a vibrar en ella.

–Eso es un doble rasero y lo sabe.

¿Por qué esa mujer enervante no se limitaba a hablarle de su pasado? ¿De dónde había salido esa curiosidad que lo impulsaba a saber más cosas sobre una mujer con la que no podía tener nada que ver?

–El mundo está lleno de ellos.

Ella lo miró con la barbilla levantada en un gesto desafiante.

–A ver si me queda claro. Si tengo mi himen intacto, ¿eso me daría más puntos en esa lista que tiene?

El destello ardiente de sus ojos, el leve temblor de sus labios… Todo eso hacía que Zayn pensara en noches fogosas y en extremidades húmedas y entrelazadas.

–Te diré cuáles son mis pretensiones. Se te dará cierta libertad. Tu papel principal será tener hijos y dar una imagen de un matrimonio sano. Una aventura con otro hombre tendría consecuencias desastrosas. La prensa nos haría trizas y el país se alzaría contra nosotros.

–Entonces, ¿su alteza me promete la misma fidelidad?

La partida que estaban jugando ya era una fantasía. Era una farsa que estaban representando aunque sabían que no llevaba a ninguna parte. Solo deseaban una cosa.

Amalia tenía que saber que no se casaría con ella, se lo había dicho, pero, aun así, allí seguía, provocándolo, encandilándolo. Entonces, ¿lo que quería de verdad era tener una aventura con él? Él no mentiría ni en una farsa.

–Al contrario, espero con toda mi alma que al cabo de unos años, la cruda realidad del matrimonio y las presiones de esta vida harán que seamos indiferentes el uno al otro, como mínimo. Además, cuando llegue ese día, pienso buscarme otra mujer. Estoy seguro de que te alegrarás de no tener que soportar mis… atenciones. Me gusta el sexo y no pienso renunciar a él.

–¿Esa es su idea del matrimonio? ¿Eso es lo que ha estado ofreciéndole a esas mujeres durante toda la mañana?

–No. Esas mujeres ya conocían las condiciones y las habían aceptado. Sabían, incluso antes de verme, que eso es la realidad. Solo contigo he sentido la necesidad de dejar claras mis pretensiones.

–¿Acaso cree que soy tan ingenua que creo en el amor y que creo que un hombre como usted me ofrecerá fidelidad, respeto y amor?

El brillo escéptico de sus ojos lo dejó impresionado. ¿Por qué, cuando era evidente que sus motivos para estar allí no era muy claros…?

–No, lo he explicado todo porque me ha parecido que te indicaría que yo sería tan poco adecuado como marido para ti como tú como esposa para mí. Si nos casáramos, sería la guerra, Amalia, y ya tengo bastantes en otros aspectos de mi vida.

–A ver si lo entiendo. ¿Cree que me quedaré desolada por su rechazo y esta es su manera de suavizarme la pérdida?

–Sí.

Zayn le tomó el cuello entre las manos antes de que pudiera alejarse de él por la rabia. La pequeña cavidad en la base del cuello era la parte más sexy que había tocado a una mujer. Se quedó anonadado por lo deprisa que se le despertó el deseo.

La respiración de ella se entrecortó y se puso rígida. La soltó lo bastante como para que no se sintiera amenazada y dejó que decidiera si se apartaba o no. Bajó una mano hasta la cintura y la acercó a sí. Abrió esos maravillosos ojos marrones con un gesto de inocencia. Probablemente, esa vulnerabilidad que se reflejaba en sus ojos estaba ensayada, pero, aun así, lo excitó increíblemente. Después de haber perseguido a una mujer sofisticada detrás de otra, después de haberse acostado con mujeres que sabían lo que hacían, se había olvidado, si lo había sabido alguna vez, de lo

excitante que era esa vulnerabilidad.

Quería besarla, quería alterarla otra vez. Quería saber si tenía un sabor tan dulce como había dejado entrever su suspiro o si lo tendría tan ácido como daban a entender sus palabras. En lo referente a las mujeres, siempre había conseguido lo que había querido y había perseguido sin tregua a modelos y a actrices. No iba a dejar que esa mujer sin pulir se le escapara entre las manos.

–Voy a besarte, Amalia. Es el momento de que te indignes conmigo y me llames de todo.

Ella se puso más rígida todavía, si eso era posible.

–Yo… me niego seguir sirviéndole de diversión. Tenía razón al pensar que sería tan fatuo y corrupto por el poder como…

* * *

Toda la indignación que había acumulado para contrarrestar las ideas despóticas de ese hombre y sus propios sentidos descontrolados quedó en nada en cuanto la boca de Zayn tocó la suya.

Su olor y su sabor eran un abordaje incontenible a los sentidos. Sabía a menta y a una potencia sombría que despertaba todo lo que tenía por dentro. Sintió una oleada abrasadora mientras la besaba con delicadeza por toda la boca. La delicadeza de su boca, ¿quién iba a haberse imaginado que un hombre tan implacable podía tener unos labios tan delicados? Era un contraste delicioso con la aspereza de su mandíbula y hacía que todos los sentidos se desequilibraran.

Si la hubiese besado con la agresividad que percibía dentro de él o con la maestría sensual que lo convertían en uno de los amantes favoritos de las mujeres, quizá se hubiese resistido. Sin embargo, la suavidad de su lengua entre los labios y los besos salpicados de palabras cariñosas en árabe hicieron que se derritiera como un cubo de hielo en un día de verano en Khaleej. La paladeó como si quisiera llegar al fondo de todos sus secretos, la besó como si fuera un tesoro que acababa de descubrir. Ese experto conocedor de las mujeres solicitó entrar en su boca como si fuese la mujer más cautivadora que había conocido y la sensata, racional e imperturbable Amalia se dejó arrastrar y abrió la boca con avidez.

Entonces, sin más, la intensidad del beso cambió. Pasó de ser una brisa agradable a una oleada de calor abrasador. Su lengua le recorrió hasta los rincones más recónditos de la boca, y tentaba a

la suya para que siguiera su ritmo. Sintió una humedad entre las piernas por esas caricias de su lengua. Era lo que también había hecho con palabras. La había provocado, había llegado a esa parte de sí misma que ni siquiera sabía que existía, había hecho que se deleitara con el momento, había hecho que alargara lo que solo era una farsa peligrosa.

Estaba seduciendo su cabeza.

Era como si supiera suavizar su agresividad por ella, atraerla lentamente en vez de exigirle, al menos, hasta que acudiera a él por voluntad propia.

Ella, con un vergonzoso gemido de deseo, introdujo los dedos entre su pelo y se acercó a él mientras succionaba su lengua como había hecho él con la de ella. Notó unas manos grandes que le recorrían los hombros y la columna vertebral, que le acariciaban cada centímetro del cuerpo con voracidad. Jamás se había sentido así y no sabía cómo pararlo, cómo recuperar el dominio de sí misma y acabar con esa locura que se había adueñado de ella.

Solo sabía que no quería parar.

Tenía los pezones duros y se rozaban una y otra vez contra los contornos pétreos de su pecho. Sus manos voraces se detuvieron por fin en la cintura y la estrecharon más contra él. Separó la boca y le dio la ocasión de respirar.

–Demostrado. Puedes resoplar y gruñir e indignarte, pero me deseas. Además, no puedes ver que todo tu dominio de ti misma y las reglas sobre el respeto y la consideración antes que la atracción se han esfumado. De eso se trata toda la cháchara feminista, ¿no? No se trata de mi rasero doble, se trata de tu conflicto al desearme cuando no quieres hacerlo.

Amalia no se habría aturdido tanto si la hubiese abofeteado. Fue como si la hubiese sumergido en un baño helado para sofocar sus sentidos recalentados. Aun así, seguía notando las palpitaciones en esos rincones que acababa de descubrir.

Se apartó de él con un gruñido y se dio la vuelta. Los pulmones le abrasaban como si hubiese corrido una maratón y tenía la cabeza en blanco por ese placer embriagador. Se pasó la palma de la mano por la boca como si así pudiese borrar su sabor. Dejó escapar un sonido de espanto, no podía creerse que se hubiese besado con el jeque de Khaleej. Sintió náuseas ante la idea de que hubiese estado jugando un juego ridículo con el hombre que tenía el destino de su gemelo en sus manos mientras este se podría en la cárcel. ¿Cómo podía haberse olvidado de Aslam hasta ese punto? ¿Cómo había podido pasar de pedir ayuda a una farsa inocente y a

estrecharse alrededor de él como una enredadera?

–Te sientes ofendida por el beso, pero no voy a disculparme por haber hecho algo que los dos queríamos hacer.

Ella se dio media vuelta. Sus palabras, tan seguras de sí mismas, le chirriaban, pero ¿podía reprocharle que creyera que era como plastilina en sus manos?

–No solo estoy ofendida, estoy asqueada conmigo misma.

Él volvió a reírse, pero esa vez fue un sonido que no disimulaba el sarcasmo.

–¿Porque has conseguido lo que habías venido a buscar o porque has disfrutado con el beso?

–¿Lo que había venido a buscar…?

–Los dos sabemos que no puedes ser mi esposa de ninguna de las maneras. La única explicación que puedo darle a tu presencia aquí es que estabas buscando una… aventura. Ya no es ningún secreto que trato bien a mis mujeres.

Qué insolencia tenía para creer que había ido expresamente para deslumbrarlo y que tuviera una aventura con ella. ¿Existía algo mayor que la vanidad de ese hombre?

–¿Quiere decir que les paga a cambio de relaciones sexuales? –le espetó ella.

Él apretó los labios y endureció la mirada.

–No me gustan los juegos, señorita Christensen. Esa indignación fingida que está mostrando no me parece nada atractiva. Si mi conclusión le parece tan ofensiva, ¿por qué no me dice a qué ha venido?

Eso significaba desenmascararse, pero si seguía ocultando la verdad, Aslam podría seguir encerrado indefinidamente. Aun así vaciló. Había algo en el brillo de sus ojos y en el rictus duro y sensual de sus labios que le indicaba que no iba a gustarle. No iba a perdonarle fácilmente y a ofrecerle ayuda con Aslam, pero también era posible que empeorara las cosas si el jeque creía que se había burlado de él. Estaba atada de pies y manos.

–No vine con la esperanza de casarme con usted. En realidad, creo que no existiría ninguna pareja en todo el mundo que fuese menos adecuada para casarse.

Él, con las manos a la espalda, la miró como si fuese súbdita suya.

–Creo exactamente lo mismo. Por eso, solo veo un motivo para que estuviese en la lista de la señorita Young.

–No, no soy una de las candidatas que ha seleccionado la señorita Young para su placer. Nunca permitiría que me hicieran

desfilar ante usted como si fuese ganado.

Él apretó los dientes y ella supo que estaba empeorando las cosas, pero no podía evitarlo.

–Yo mismo me lo había imaginado y por eso tengo que creer que ha venido para buscar un tipo de… alianza distinta.

–No he venido para tener una aventura con usted.

–¿No…?

–No y cien veces no. Vine para reunirme con un funcionario por el caso de mi hermano Aslam. Me he pasado dos meses yendo de despacho en despacho con la esperanza de que alguien me escuchara. Está en la cárcel por…

–Entonces, ¿es familiar de un delincuente? –preguntó él con una mirada gélida y un gesto de desprecio en los labios–. El hermano va a la cárcel y la hermana se cuela en el palacio mediante engaños. ¿Su padre es historiador? ¿Me ha dicho alguna verdad?

Amalia se encogió. No tenía ninguna credibilidad para él y era la única culpable. Suavizó el tono con la esperanza de llegar a su lado bueno, si acaso lo tenía.

–Solo dije una mentira piadosa. No, ni siquiera hice eso. Me limité a no aclararlo. Yo… no podía dejar pasar la oportunidad…

–¿Qué oportunidad? ¿La oportunidad de meterse en el salón del jeque? ¿La oportunidad de presentarse como una tentación?

Parecía tan amenazante que casi podía notar la fuerza que emanaba de él. Era completamente distinto del hombre que la había besado con tanta delicadeza, incluso del hombre que se había reído sin reparos.

–¡Claro que no! No quiero besarlo, y mucho menos tener una aventura con usted. Tengo una buena profesión y no necesito ningún favor de un hombre como usted, me lo haga libremente o a cambio de algo.

Se dio cuenta en ese momento de hasta qué punto le había engañado el artículo de *Celebrity Spy!* Al leer sobre las orgías y correrías del jeque había llegado a creer que era alguien a quien podía rogar y convencer. Sin embargo, el hombre que la miraba con esos ojos indescifrables era inconmovible. En ese momento, no se parecía al playboy juerguista y voluble que describía el artículo.

–No quería nada por el estilo –siguió ella–. Estaba cansada de esperar y entré aquí por pánico. Cuando me di cuenta de quién era, me olvidé por completo…

Amalia cerró los ojos un segundo. No podía decirlo todo aunque el jeque supiera cuál había sido su reacción a él. Volvió a

abrir los ojos y esperó que el tono fuese claro y conciso.

–Han encarcelado injustamente a Aslam por algo en lo que participó tangencialmente. Estaba rabioso con la vida, fue imprudente e irresponsable.

–¿Cuántos años tiene, señorita Christensen?

Ella no pudo entender adónde quería llegar él.

–Eso no viene a cuento.

–Puedo conseguir su historia completa en diez minutos.

¡Maldito tirano!

–Veintiséis, alteza.

–Es un poco tarde para ese tratamiento, ¿no?

Él cruzó las manos y se apoyó en la mesa. También cruzó los tobillos y los pantalones negros se le ciñeron a los muslos. Amalia tuvo que hacer un esfuerzo para mirar hacia otro lado. ¿Cuándo se olvidaría su cuerpo de que ese hombre era disparatadamente impresionante y un tirano arrogante que creía que todas las mujeres querían cazarlo?

–Entonces, su hermano tiene los mismos años. Sabe lo que estaba haciendo yo a esa edad, señorita Christensen?

Quiso contestar que estaría de juerga con sus amigotes, pero se mordió la lengua.

Él sonrió como si supiera perfectamente que estaba mordiéndosela.

–Durante tres décadas, ha habido escaramuzas constantes entre Khaleej y nuestro país vecino. Yo estaba en una cumbre que duró una semana y trabajé todos los días y todas las noches para firmar un tratado que acabara con ese derramamiento de sangre inútil. Una vez firmado el tratado, me fui de juerga. Su hermano no es un adolescente, tiene que apechugar con las consecuencias de lo que hace.

–No se merece pasar diez años en la cárcel mientras que el verdadero culpable…

–¿Por qué está su gemelo en la cárcel?

A ella le habría encantado poder dar una respuesta distinta y detener el rubor que le subía por el cuello…

–Por posesión de sustancias ilegales con la intención de venderlas.

Él frunció los labios con dureza y a ella se le cayó el alma a los pies.

–No puedo hacer nada. Las sentencias por posesión y distribución de drogas tienen que ser severas. Además, mandar a su hermana para…

Amalia le tapó la boca, dominada por la rabia, y se quedó impresionada cuando vio sus nudillos blancos sobre la piel dorada de él, como le impresionó la calidez de su boca en la palma de la mano.

–No vine para venderme y salvar a mi hermano.

Unos dedos largos le rodearon la muñeca y le apartaron la mano.

–¿No…?

–Vine con la esperanza de que su gobierno fuese justo. No dije nada cuando le vi y me di cuenta de quién era porque creí que sería justo, como había prometido.

Amalia contuvo las lágrimas que le rebosaban los ojos. No estaba dispuesta a llorar delante de ese hombre desalmado. Estaba eligiendo una esposa mediante una casamentera como podría estar eligiendo la ropa de la semana siguiente. Debería haber sabido que no sentiría compasión en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba claro que el jeque Zayn Al-Ghamdi no tenía corazón.

–Cuando hablé con su primo, debería haber sabido que usted no iba a ser mejor que él. Aslam está cumpliendo sentencia por lo que hizo su primo. Tomó el paquete que le dio porque, según él, no podía negarse a alguien «tan guay» y, efectivamente, porque mi hermano es un temerario necio que no sabía en quién estaba confiando. Su Administración está corrupta y no me extraña que *Celebrity Spy!* describiera así cómo es usted. No me extrañaría que toda la familia Al-Ghamdi fuese un puñado de hombres corruptos, traficantes de drogas y mujeriegos henchidos de poder.

Capítulo 3

Ya está bien, señorita Christensen –el tono dejó muy claro que no iba a tolerar más impertinencias–. Es mi familia, está hablando de la familia real de Khaleej.

–Y está por encima de la ley, ¿no?

–En mi familia hay parásitos y necios gandules, señorita Christensen… como en cualquier otra familia.

Él tuvo el placer de ver que ella se sonrojaba. Siempre había creído que su primo entraba de lleno en esa categoría, pero que era inofensivo.

Nadie le había hablado así en toda su vida. Había sido el príncipe, su alteza real, incluso cuando estaba aprendiendo a andar. Mirah había nacido diez años después y aunque habían tenido una relación muy afectuosa, ella jamás lo había desafiado o provocado. Jamás había tenido un confidente de verdad, ni siquiera después de haber ido a la universidad. Nadie había tenido las agallas de sacarle a relucir su vanidad, su arrogancia o su sentido de la dignidad. Hasta sus rivales, Xander, Benjamin y Dante, probablemente las únicas personas del mundo que no se sentían intimidadas por su título y todo lo que conllevaba, se dirigían a él llamándolo jeque.

Estaba furioso, pero no podía evitar darse cuenta de algo. La señorita Christensen creía que su hermano era inocente y su lealtad hacia ese hermano, por muy necio que fuera, parecía absoluta. Él se había entregado a la felicidad de su hermana y era algo que tenía que admirar de esa mujer, aunque solo fuera eso.

Como la furia estaba a punto de desbordarse, algo insólito, decidió que tenía que alejarse de ella y del fastidioso sabor que le había quedado.

Cuando volvió a pensar de una forma racional, se dio cuenta de que el beso de ella había sido algo inexperto. ¿Podía atreverse a pensar que la inocencia, la vulnerabilidad que había captado en sus ojos cuando lo miró era verdadera? Su cabeza quiso tomar demasiadas direcciones interesantes y que lo distraían del asunto principal, y tuvo que contenerla. Necesitaba una esposa que arreglara su imagen ante su pueblo, no a una intrigante errabunda

que se había metido en una misión de rescate mal entendida.

Descolgó el teléfono de la mesa sin dejar de mirarla. El servicio de seguridad vigilaría las dos entradas del despacho. No se fiaba, podía escaparse o embaucar a otro hombre para que la ayudara.

–Se quedará en este cuarto hasta que vuelva, señorita Christensen. Si intenta marcharse, los centinelas la agarrarán para retenerla y usted gritará por la brutalidad del jeque. Me encantaría no añadir nada más al dolor de cabeza que ya está provocándome.

La cabeza estaba empezando a dolerle de verdad. No debería haberla besado, no podía mostrar la más mínima debilidad, no podía permitir que ella tuviese ninguna bala en la recamara. Esa mujer parecía muy astuta al emplear sus recursos. Una cosa era haber perdido la cabeza y haberla besado, pero no haber seguido desde el principio su intuición de que había algo raro rozaba la estupidez. Una estupidez que podía costarle otro escándalo que no podía permitirse y, lo que era más grave, que podía poner en riesgo la felicidad de Mirah.

Ella casi se abalanzó sobre él. Zayn aspiró su olor antes de poder contener ese ridículo impulso y comprobó que olía a lilas.

–Espere, ¿va a encarcelarme aquí y a marcharse?

Él sintió una satisfacción inmensa al ver el pánico en sus ojos. Por fin, había encontrado otra manera de alterar a doña Suficiencia.

–No se ponga melodramática, señorita Christensen. Tengo que aplicar la pena capital al funcionario que la tuvo esperando y a los centinelas que no la capturaron antes de que se colara en mi despacho privado. Es posible que despida a todos los empleados por incompetentes y no quiero que se escape entretanto. Todavía no he decidido cómo voy a castigarla a usted.

Ella se quedó pálida y se retorció las manos. Le tapó el paso con su esbelto cuerpo irradiando tensión.

–¿La pena capital? Eso es bárbaro. Seguramente, estarían acompañando de arriba abajo a todas esas mujeres que ordenó que trajeran aquí. Probablemente, usted no puede ver más allá de su desmedida vanidad, pero este palacio es un laberinto, y no pueden estar en todos lados al mismo tiempo y…

El pecho le subía y bajaba y dirigió la mirada hacia esos pechos abundantes y turgentes que cubrían el fino algodón de la camiseta. El pañuelo que se había puesto alrededor del cuello y la parte superior del cuerpo estaba cayéndosele del brazo izquierdo y permitía ver lo que había estado ocultando todo el rato. La cintura era tan estrecha que podría rodearla con una mano, pero daba

paso a unas caderas redondeadas que hacían que la de falda tubo fuese más que provocativa. Alta y con curvas, esa mujer tenía el cuerpo de una modelo. Esperó mientras disfrutaba con la magnífica imagen de indignación que ofrecía.

–¡Me ha engañado! –exclamó ella con una indignación incontenible–. Me ha hecho creer que iba a castigar a esos hombres por mi culpa.

Él se rio y se sorprendió por haber encontrado algo gracioso en esa farsa.

–No es la única que guarda trucos en la manga, señorita Christensen. Ahora, quédese aquí hasta que vuelva.

Tardó veinte minutos en hacerse una idea de lo que había pasado, quince minutos más de lo que debería haber tardado, en su opinión.

Uno de los empleados, que conocía a alguien en el departamento legal, había concertado una reunión con la señorita Christensen. Cuando preguntó cómo era posible que esa mujer, una desconocida en Khaleej, hubiese podido ponerse en contacto con ese funcionario y, además, concertar una reunión con él para conseguir que liberaran a su hermano, todo el personal se había quedado helado por el terror.

Al final, el tembloroso hombre había dado un paso al frente y le había explicado que la petición de la reunión le había llegado de las altas esferas, más concretamente, por la recomendación de un tal Massimiliano Ricci.

Parecía ser que, al menos, esa parte de la historia que le había contado ella era verdad.

Recordaba vagamente haber conocido a ese empresario italiano, un hombre famoso por sus despiadadas tácticas empresariales. No le extrañaba nada que Amalia hubiese conseguido esa reunión mediante él.

Entonces, ¿era su novia? ¿Sabía ese hombre la amenaza que era para sí misma? Si Amalia hubiese sido suya, no le habría dejado que vagara sola por Sintar durante dos meses ni aunque hubiese nacido allí. Tampoco le habría dejado que buscara el rastro de esa gentuza con la que, al parecer, se juntaba su hermano. ¿Qué estaba pensando su padre?

Lo siguiente que hizo fue ordenar a alguien que le buscara el expediente del caso de su gemelo, lo que había significado que perdiera diez minutos, algo que no podía reprochar de verdad a

sus empleados. El olor de esa maldita mujer lo había obnubilado y se había olvidado de preguntarle el apellido de su hermano. Por fin, había conseguido el expediente sobre su hermano y, además, le habían encontrado la identidad de su padre. La parte sobre su padre también era verdad. El catedrático Hadid era muy conocido y respetado en su círculo.

Tenencia de drogas. Intento de venderlas. A la espera de sentencia.

Él sabía que serían siete años como mínimo. Había formado parte del comité que había pedido que se endurecieran las penas por el tráfico de drogas en Khaleej.

Cuando había intentado ponerse en contacto con su primo, su tía le había comunicado con un rodeo ambiguo que no estaba en el país. Lo cual, no le decía gran cosa. Su primo Karim nunca había hecho nada bueno en su vida, pero ¿permitiría que otro hombre cargara con la culpa de sus actividades? Era otro dolor de cabeza que no quería en ese momento.

Zayn volvió descontento a su despacho.

Amalia, no podía llamarla señorita Christensen cuando ya sabía lo potente que era el sabor de su boca, estaba ante una de las ventanas de color y miraba el patio. La luz del atardecer dibujaba un contorno provocativo de su cuerpo. Tenía los hombros rígidos y toda su actitud era defensiva y tensa. Él, a pesar de sus preocupaciones, no pudo evitar que la mirada le recorriera toda la espalda. Estaba completamente tapada, aunque era una costumbre que se había abolido durante la última década. Aun así, la curva de sus caderas y la redondez de su trasero hacían que la falda tubo fuese la cosa más provocativa que había visto sobre el cuerpo de una mujer.

Había conocido mujeres más hermosas, más atractivas, mujeres que sabían ser seductoras sin dejar de ser femeninas. Ella no era nada de todo eso y, sin embargo, jamás había perdido así la cabeza por una mujer. No le gustaba que hubiese nada aleatorio en su vida minuciosamente ordenada y tampoco le gustaba esa reacción tan rara hacia ella. Eso hizo que la voz le saliera áspera.

–He ojeado el expediente de tu hermano y he hablado con el funcionario con el que deberías haberte reunido.

Ella se dio la vuelta con las manos por debajo de los pechos, lo que se los levantaba involuntariamente.

–¿Y?

Zayn se obligó a concentrarse en la angustia que se reflejaba en sus rasgos.

–Las pruebas contra él son bastante sólidas y, además, no es la primera vez que tu hermano ha tenido… contratiempos con la ley.

–Lo sé, pero fueron menudencias.

–Difamación de cargos públicos, encabezar una huelga en la universidad, gamberrismo en un centro comercial… Parece como si hubiese estado haciéndose un currículum desde los catorce años. Incluso, hablé con el investigador de este caso concreto y me aseguró que había sido muy minucioso.

–No he dicho que las pruebas contra Aslam no sean condenatorias. Me pasé dos meses hablando con todos los que participaron en la detención. Busqué a todos los policías que tuvieron alguna relación, por mínima que fuera, con la detención. Aslam tomó el paquete de su primo unos minutos antes de que se presentara la policía, algo que, al parecer, su primo sabía.

–Hablas como si hubieses estado allí.

–Creo a mi hermano, y mi investigación también fue minuciosa. Localicé primero al tercer amigo y luego al cuarto. Sus relatos del incidente no fueron iguales, pero sí sospechosos. Parecía como si quisieran ayudar a Aslam, pero cuando les pedí que dieran un paso al frente, fueron escurridizos. Es evidente que tienen miedo de las relaciones de su primo.

–¿Nunca se te ocurrió que podía ser peligroso localizar y aguijonear a esos hombres? ¿Qué está haciendo tu padre al respecto?

–Está ocupado con su profesión y su familia, y tampoco le he pedido ayuda. Cuando le pedí que hablara con alguien del palacio, me contestó que creía en el sistema judicial. Además, siempre me acompañaba algún conocido cuando iba a sitios nuevos de la ciudad y nunca iba de noche. Soy independiente, no tonta. Usted, como muchos otros integrantes de su sexo, parece identificar las dos cosas.

–Dame los nombres de esos hombres.

Ella asintió con la cabeza. Le alegraba estar llegando a algún sitio por fin.

–Si me lo dice cuando los encuentre, es posible que pueda persuadirlos para que hablen. Parecían receptivos a mi…

–Te quedarás al margen de esta investigación y no seguirás con ella.

–Puedo ayudar.

–Lo comprobaré con mi primo aunque tus acusaciones no tienen fundamento, pero está fuera del país en este momento y no puedo hacer nada más.

–¿No puede ordenarle que vuelva? Usted es el jeque, ¿no?

Zayn tiró el expediente encima de la mesa y se dirigió hacia ella.

–¿Lo dice una mujer que no he dejado de mentirme desde el primer momento y que no para de insultarme a mí, a mi título, a mi gobierno y a mis jueces?

–No está siendo justo. Lo que yo haga no debería afectar a Aslam si quisiera de verdad que se haga justicia.

–Eso es verdad, pero, en este momento, tengo las manos atadas. Vuelve a tu trabajo, a tu país o de donde vengas. No puedes hacer nada más por tu hermano.

–Estoy dispuesta a disculparme por mi engaño si eso alivia el daño hecho a su vanidad.

–Me ofreces disculpas en la misma frase que vuelves a insultarme. Además, no has dañado mi vanidad, Amalia. Eres un incordio en un programa muy apretado y vas a dejar de serlo.

–Está obligándome, alteza.

–¿A qué? –él frunció el ceño porque no le gustó el brillo de firmeza de los ojos de ella–. Estoy facilitándotelo. A pesar de mis recelos, he hecho lo que has pedido. Hablaré con mi primo cuando vuelva, pero puede tardar meses.

–Y Aslam habría pasado más tiempo en la cárcel por algo que no ha hecho –insistió ella elevando la voz hasta que se le escapó algo parecido a un gruñido–. Muy bien, como diga, pero cuando salga de aquí, me dirigiré directamente a la prensa. Concretamente, a una revista sensacionalista que ya tiene cierta debilidad por usted.

–¿Y qué crees que puedes contarles? ¿Lo que has sentido al besarme? ¿Te sumarás a la legión de admiradoras? ¿Les contarás que intentaste seducir al jeque y no lo conseguiste?

Se quedó pálida, pero a él le dio igual. Estaba pasando de ser un incordio a ser un motivo de preocupación.

–No, les contaré por qué encontré el palacio tan vacío. Les hablaré de la señorita Young y de su lista de candidatas. Les daré una imagen muy descriptiva y esclarecedora de lo que está pasando aquí, que vi que traían mujeres al palacio para que usted las supervisara y entrevistara. Es posible que se me olvide decir que estaba celebrándose una especie de concurso de novias –frunció el gesto como si todo fuese una broma–. No lo sé. No sé si es peor que lo pase por alto para que saquen todo tipo de conclusiones, como me pasó a mí, o si es peor que les cuente que está eligiendo novia de una lista de candidatas.

–¿Qué conclusiones sacó tu mente calenturienta?

–Que estaba haciéndose un harén.

Hacía tiempo que no lo sorprendían, si lo habían hecho alguna vez. Había tenido muy pocas sorpresas en su vida. Una había sido al artículo de *Celebrity Spy!* y la cadena de desastres que había empezado a sucederlo. Esa era la segunda. Esa mujer pálida y esbelta lo amenazaba… La rabia fue desapareciendo poco a poco, era como una nota discordante bajo la sorpresa que lo dominaba. La sorpresa también fue desapareciendo lentamente y empezó a pensar racionalmente otra vez, y le pareció que solo podía hacer una cosa.

Esa mujer parecía un ángel. Era todo inocencia por fuera, pero, aun así, tenía las agallas de atacarlo, por su hermano. No había duda, jamás había conocido a una mujer como esa.

–Lo que estás haciendo se llama chantaje y estás chantajeando al jeque de Khaleej, el hombre más poderoso de este país. Si enredas conmigo, ni tus contactos en las altas esferas podrán defenderte de las consecuencias. Me bastaría con que susurrara una palabra para que tu futuro profesional acabara para siempre, si es que tienes una profesión de verdad. Podría hacer que ninguna universidad de Khaleej volviera a emplear a tu padre.

Ella palideció más todavía y sus ojos color topacio resplandecieron como piedras preciosas.

–Si me hundo, lo arrastraré conmigo, pero no voy a dejar que mi hermano se pudra en la cárcel si puedo hacer algo, no voy a dejarlo a su incoherente merced.

Zayn no podía correr el riesgo de que esa mujer anduviera suelta por ahí con todo lo que sabía. Él había soltado un farol y ella le había plantado cara. Además, la boda de Mirah estaba en juego, la felicidad de su hermana estaba en juego. Solo se le ocurría una manera de salir de aquello, pero la decisión no le gustaba nada. Tendría que posponer un tiempo sus planes y tendría que transigir con esa mujer obstinada, irreverente y descarada hasta que las cosas se calmaran. Incluso, era posible que tuviera que esperar hasta que Mirah se hubiese casado y todo el jaleo sobre su imagen y su escandalosa vida privada se hubiese serenado.

Esa mujer tenía agallas para chantajear a un jeque. Si bien no podía ser su amante, y mucho menos su jequesa, sí podía llevar a cabo esa farsa, sobreviviría entre las encarnizadas batallas políticas que se libraban en el palacio.

–Solo se me ocurre una solución para la situación que has

creado, Amalia.

–Vaya, ¿vuelvo a ser Amalia?

Una vez que había tomado la decisión, el tono beligerante de ella le hizo gracia. No podía creerse nada de esa descarada y astuta, pero sí tenía que reconocer que le distraía después del reciente fracaso publicitario.

–Dado que vamos a tener que estar muy cerca durante los próximos meses, quizá los próximos años, me parece apropiado llamarte Amalia.

Le tomó las manos, rígidas, y le dio un beso en el dorso de una. Tenía la mano fría y suave y el temblor de sus dedos le ayudó a sofocar la ira.

Ella retiró la mano como si le quemara y se tambaleó por la precipitación para apartarse de él. La agarró de la cintura y vio con tanta claridad, en su imaginación, la curva desnuda de la cintura, que volvió a soltarla un poco. Su respiración entrecortada y la feminidad delicada e inflexible a la vez lo excitaron más todavía.

–¿Quién está diciendo disparates, alteza?

–Tienes que llamarme Zayn. Si no, todo parecerá muy sospechoso. Independientemente de nuestras diferencias en privado, tenemos que hacer una buena representación para el público y los medios de comunicación. La… química que he notado entre nosotros debería ayudarnos.

Esa vez se soltó del todo y se apartó unos pasos de él. Él se rio y ella lo miró con rabia.

–Y usted tiene que contarme qué está maquinando su retorcida cabeza.

–Vaya, y yo que creía que tu inteligencia iba a ser un obstáculo insalvable en nuestra relación…

–¿Qué relación? Además, si está llamándome estúpida, hágalo con todas las letras.

–Tomo nota para el futuro. Estoy diciéndote que he tomado una decisión. Tú serás mi futura esposa durante…

Amalia se envolvió en el chal como si fuese una coraza y se dirigió hacia la puerta. Si él no hubiese estado tapándola, tenía la sensación de ella que habría desaparecido como la neblina de la mañana cuando el sol empezaba a calentar, y si no hubiese pasado de ahí, habría estado encantado de que se marchara. Sin embargo, estaba seguro de que no iba a abandonar a su hermano porque se sintiera atraída por el jeque, como lo estaba de que iba a correr un riesgo enorme con ella. Si la conservaba cerca, al menos podría

disminuir el riesgo que suponía para sus planes.

–Ni lo sueñe.

–Vas a tener que ser menos impertinente, *ya habibiti,* o nadie se creerá que es un matrimonio por amor.

–No soy su querida. ¿Piensa que la gente es tan tonta que va creerse que el jeque Zayn Al-Ghamdi es capaz de sentir amor?

–Me gusta que ya puedas entenderme tan bien. Como sería imposible convencer a nadie de que casarme contigo me supone una ventaja de algún tipo, tenemos que plantearlo como un amor a primera vista y que no podemos evitar casarnos.

Ella se acercó hacia él, pero la angustia y el pánico que vio en sus ojos sirvieron para apaciguarlo.

–No puedo casarme con usted.

–No estoy dándote esa posibilidad –él hizo una mueca de disgusto–. Mantengo mi palabra. Eres completamente inadecuada para ser mi esposa, pero has conseguido, muy astutamente, convertirte en una responsabilidad para mí, una responsabilidad de la que tengo que hacerme cargo cueste lo que cueste. Si te dejo suelta, prefiero no pensar lo que haría esa boca que tienes. Si te retengo en el palacio, a una mujer soltera y desconocida, se dispararían las habladurías. Solo hay una solución aceptable. Serás mi prometida, a todos los efectos, hasta que yo lo diga. Además, lo serás con elegancia y sofisticación, y serás un orgullo para la familia Al-Ghamdi y Khaleej. Cuando me parezca prudente que vuelvas al mundo, te marcharás de Sintar y Khaleej.

–Me niego a participar en esa farsa.

–La otra alternativa es que te encarcele. Es posible que pueda conseguir que te construyan una celda al lado de la de tu gemelo. Te aseguro, Amalia, que la idea me llena de placer.

–Eso es chantaje.

–Ya somos dos.

–Yo… Nadie se creerá que me ha elegido. Podría asfixiarme antes de que pasara la primera semana. Además, ¿qué le hace pensar que no acudiré a la prensa, que confiaré en que va a hacer lo que tiene que hacer?

–No estropearás la posibilidad de que lo libere –seguía sin poder creerse que su primo permitiría que otro hombre pagara por él–. Sé lo fuerte que puede ser la necesidad de garantizar la felicidad de tu hermano, sobre todo, si tú eres la fuerte.

–Aslam no es débil. Es que… Es que nunca se repuso de la separación de nuestros padres.

–Teníais la misma edad…

–Yo aprendí a defenderme.

–Puedo reaccionar con calma y buen juicio en situaciones extremas –él se rio al imitar el tono de ella–. Tómatelo como un objetivo en tu empleo.

–Muy bien, pero solo si me promete que se ocupará del asunto de Aslam, y no dentro de unos meses o años. Ordénele a su primo que vuelva y envíe a mi hermano a un centro… de mínima seguridad.

–Si es culpable, Amalia, no podrás hacer nada para ayudarlo.

–Sé que no es culpable.

La tozudez era algo que podría haberse descrito pensando en esa mujer.

–Muy bien, me ocuparé, pero acuérdate de que como te pases de la raya lo más mínimo delante de alguien, como seas mínimamente impertinente delante de alguien, me ocuparé de que Aslam no vuelva a ver la luz del sol. Nadie puede llegar a sospechar que esta farsa se produce porque has tenido la osadía de chantajear al jeque.

Ella asintió con la cabeza y con los ojos como platos. Zayn, desmedidamente enojado, se marchó del despacho antes de que la besara o la matara. No podía dejarse llevar por ninguno de los dos impulsos, al menos, en un futuro inmediato.

Capítulo 4

Su alteza real el jeque Zayn Al-Ghamdi ordena que lo acompañéis a cenar en su jardín privado.

Amalia tragó saliva mientras el centinela le transmitía la orden con un gesto inexpresivo y se quedó de pie en la sala de la suite donde la habían alojado hacía dos tardes. No le habían permitido ir al hotel a recoger sus cosas. No, la habían llevado directamente allí, a esa ala del palacio, y le habían llevado sus cosas tan deprisa que no había tenido tiempo de echarlas de menos.

Luego la habían dejado sola durante dos días completos para que le corroyeran las dudas y los nervios mientras los centinelas hacían guardia en la puerta de la suite. Por fin, cuarenta y ocho horas más tarde, él se dignaba a verla.

Se lo ordenaba, no se lo pedía ni la invitaba, se lo ordenaba. Le encantaría tirarle su orden a la cara, salir del palacio y marcharse de Khaleej. ¿Cómo era posible que se hubiese dejado enredar en esa farsa disparatada por… Aslam?

No. Estaba segura de que ni siquiera Aslam habría recurrido a chantajear precisamente al jeque. Sintió un nudo en las entrañas e hizo una pausa. No, esa conducta impulsiva, disparatada y descontrolada era más propia de su madre. Cada vez que había hablado de ir a Khaleej para ver a Aslam, a su madre la había dado una de sus rabietas. Jamás había conocido esa parte de sí misma que se había dejado llevar por la necesidad de besarlo y de mezclarse con un hombre como el jeque aunque fuese de la manera más inofensiva. Ella era Amalia, la firme y fiable, la imperturbable en medio de la tormenta.

Sin embargo, como había comprobado lo implacable que era el jeque, había hecho lo mejor que podía hacer, aunque el chantaje la ponía claramente al otro lado de la ley. Si se hubiese marchado en aquel momento, aunque él no estaba dispuesto a dejar que se marchara, estaba segura de que él no habría desperdiciado ni un segundo más en ella o en el caso de Aslam.

También decidió, mientras miraba la poca ropa que tenía, que en lo que se refería a ser su novia, lo mejor era tomárselo de una manera pragmática, como siempre hacía ella. Se lo tomaría como

si fuese el trabajo más complicado que había hecho y él fuese el jefe más irritante que había tenido. Eso dejaría claros los límites y pondría las cosas en su sitio. Jamás se había pasado de la raya con un compañero de trabajo o un jefe y si consideraba eso al jeque, podría mantener una distancia profesional. Jamás había hecho nada que pusiera en peligro su carrera profesional aunque hubiese tenido la posibilidad de construir algo. Eso tenía que ser igual. Efectivamente, tenía que ser una prometida profesional, tenía que dar un buen rendimiento y esperar un ascenso, en ese caso, una liberación.

Más dueña de sí misma, dio unas zancadas e hizo unas sentadillas para que le circulara la sangre. No le gustaba estar encerrada aunque estuviesen tratándola como a una invitada especial. Luego, se duchó, se puso otra camiseta de manga larga azul marino y una falda larga, se envolvió el cuello y el pecho con un pañuelo de colores que se había comprado en un mercado callejero y se pintó un poco los labios. Como la camiseta azul oscuro y la falda de tubo negra eran casi del mismo color, sacó las pulseras doradas que le había regalado Massi en Navidad y se las puso en la muñeca derecha. Además, el reloj dorado entonaba perfectamente con las pulseras. Se sentía suficientemente acorazada con ese aire de profesional consumada y un ligero toque personal.

Había sentido un arrebato de nostalgia cuando entró en la suite y vio la mesa con una caja dorada de pañuelos, un cepillo de pelo muy labrado y un espejo de mano de bronce que tenía cien años como mínimo. Era una costumbre de Khaleej y recordó que su madre tuvo una mesa así incluso muchos años después de que se marcharan de Khaleej. Se le habían disipado las dudas que había tenido durante dos días sobre si debería ponerse en contacto con su padre para contarle dónde estaba. Su madre había llorado durante años por su amor y nunca había vuelto a sentirse plena. Además, él no había preguntado por ella ni una vez desde que estaba allí. Endureció el corazón y salió al pasillo. El centinela la siguió inmediatamente. Salieron del palacio principal y del ala administrativa, cruzaron un patio abierto y recorrieron un pasillo de baldosas entre un jardín maravillosamente cuidado. Con cada paso que se alejaban del palacio, Amalia notaba el cambio de arquitectura, las sutiles diferencias incluso en los alrededores.

Hasta que acabaron llegando a una residencia que parecía brotar del suelo. No tenía pretenciosas escayolas doradas ni muebles compactos y pasados de moda. Era como si pasara de un

Sintar viejo a otro nuevo. Entonces, mientras el centinela la llevaba hacia donde la esperaba el jeque, tuvo aquella sensación otra vez. Había arcos y vidrieras, elementos típicos de la arquitectura de Khaleej, pero se usaban de una forma moderna, casi caprichosa, como si el arquitecto hubiese querido liberarse de las limitaciones de la tradición y se hubiese encontrado a sí mismo integrándolos inevitablemente en su proyecto. Resultaba ser una mezcla impecable de modernidad y tradición unidas por el diseño y el buen gusto.

Doblaron una esquina y se encontró con una piscina enorme que tenía un mosaico en el fondo que imitaba una alfombra persa. También había unas farolas de estilo marroquí alrededor de la piscina. Maravillada, se dio cuenta de que la piscina era el centro del edificio, o del hogar. El patio interior estaba rodeado por distintos niveles de madera tallada y plantas que colgaban. Había rincones oscuros y acogedores por todos lados con asientos de obra, almohadones, alfombras y tiestos. Se dio cuenta, con un abatimiento repentino, de que el azul del agua y el verde de las plantas creaban un paraíso privado. Era el espacio personal del jeque. Era difícil conciliar el contraste entre el hombre implacable que había conocido el otro día y el ambiente acogedor de ese sitio, pero estaba dispuesta a apostar cualquier cosa a que era la única mujer que había podido entrar allí.

El centinela desapareció.

Tuvo que reunir todas sus ganas de ver a Aslam libre para poner un pie delante del otro y seguir hacia el hombre que estaba esperándola.

Llevaba una camisa de manga larga sin cuello de color marrón oscuro que hacía que la piel le brillara como si fuese de oro pulido. Los vaqueros azul oscuro se le ceñían a las estrechas caderas de una forma demasiado sexy. Vestido así, debería haber pasado por un hombre normal, un hombre accesible, pero ella sabía que… el hábito no hacía al monje.

Al contrario, esa ropa sencilla solo resaltaba el poder que irradiaba de él. Al verlo después de dos días, durante los que había elaborado un centenar de teorías que reducían a la milésima parte la imponente virilidad de ese hombre, sintió verdadero asombro por su osadía. Tenía que haberse vuelto loca para haberlo besado, para haber estrechado su cuerpo contra el pétreo contorno de su…

Él levantó la mirada y sus ojos se encontraron.

Le miró la boca y recordó al instante el sabor y la calidez del beso. Tenía una boca suave y el labio inferior podía ser implacable

y apasionado, como lo era él. ¿Acaso no era eso lo que había conmocionado a Khaleej y a todo el mundo? El jeque, quien debería haber gobernado su vida política y su Gobierno con una mano de hierro implacable, llevaba una vida privada desenfrenada, desinhibida y casi lasciva.

¿Por qué la había besado de aquella manera? La pregunta le retumbaba en la cabeza. ¿Había sido para demostrarle algo, como había asegurado él, o había sido porque ella estaba allí en ese momento y los hombres como él no podían resistirse? El beso habría durado unos minutos, y ella ya se sentía como si le perteneciera en parte a él, como si bastara que él la mirara para que quedara reducida a un revoltijo de sensaciones.

Supo que él también estaba mirándole la boca porque le temblaban los labios y supo que también estaba recordando el beso. Hizo un esfuerzo para desviar la mirada a sus ojos y rezó para que se le enfriara el cuerpo. No vio solo deseo en sus ojos, había algo más. La miraba como si estuviese midiéndola otra vez. Naturalmente, él no perdía la cabeza por un beso, como le había pasado a ella durante dos días. Seguramente, si se tenía en cuenta lo ocupado que estaba, no habría pensado en ella ni una vez. Para él, había sido una demostración de poder, una táctica para reducirla a la altura de todas, y ella se había aferrado al beso como si fuese un salvavidas.

No supo cuánto tiempo se quedó así, mirándolo con la piscina entre los dos y los puños cerrados a los costados.

–Si estás pensando en tirarte a la piscina para enfriarte, te advierto de que el agua está muy fría.

Ella miró con recelo la tranquila superficie azul.

–¿Tiene una piscina cubierta y el agua no está caliente?

Él encogió esos hombros poderosos.

–Esta ala no está conectada a la red. Se nutre con un generador solar y, además, me gusta darme un baño fresco al final de un día caluroso.

El resplandor de su pelo negro como el ala de un cuervo le indicó que acababa de hacerlo. Entonces, se imaginó su cuerpo fibroso deslizándose por el agua impulsado por esos poderosos muslos y una oleada abrasadora se adueñó de su cuerpo. Una gota de sudor le cayó por la espalda y captó un brillo burlón en los ojos de él. Deseó poder conseguir que su mirada fuese tan inescrutable como la de él.

–¿No hay aire acondicionado? Será un horno en verano.

–La casa está proyectada para aprovechar al máximo los

vientos dominantes de Sintar, que llegan del norte y el oeste, y para que la corriente circule por toda la casa durante casi todo el año. Entre eso y la piscina, no echo de menos el aire acondicionado.

–Además, si lo echara, su palacio está muy cerca. No le faltan alternativas.

Él sonrió y enseñó los dientes. Tenía perfectos hasta los dientes.

–Algo así. ¿Qué te parece la casa? Eres mi primera invitada oficial. Bueno, aparte de Mirah.

La imagen de una impresionante belleza con la piel dorada le atenazó la garganta.

–¿Mirah?

–Mi hermana. Sin embargo, ella prefiere los pequeños lujos y las diversiones que proporciona la electricidad y no le impresionó. Cada vez que le pido que duerma aquí, se queja de que el pelo se le riza si no tiene un alisador.

Amalia sonrió y le gustó su hermana, le gustó saber que había alguien a quien no le impresionaba lo que dijera el jeque. Aparte de a ella misma, claro… y, al menos, casi todo el tiempo.

–Es impresionante, muy liviana y aireada. No se parece a nada de lo que he visto en Khaleej y, sin embargo, se aprovecha de sus elementos naturales.

Él sonrió con satisfacción y ella volvió a mirar alrededor. Él sabía mucho sobre una casa. Aunque, claro, podía ser uno de esos multimillonarios maniáticos que necesitaba todo en su sitio y estaba encima de todo el mundo que trabajaba para él.

–¿Quién es el arquitecto?

Ella ya había rodeado la piscina y se había quedado a unos metros de él. Todavía no estaba preparada para que la imponente presencia de él se adueñara de ella. Él ladeó la cabeza como si la pregunta le hubiese sorprendido.

–Yo proyecté la casa.

Ella se quedó boquiabierta, pero lo había intuido.

–¿Estudió arquitectura?

–Y economía internacional.

–Caray… Este plano abierto y no usar electricidad… Parece como si conservara el beduino que lleva dentro.

El asombro se reflejó en los ojos de él.

–Tu aspecto y tu actitud hacen que me olvide de que eres medio árabe. Es posible que sea el beduino que llevo dentro, pero nos soporto estar entre cuatro paredes hasta el punto de perder el

contacto con la naturaleza.

–Evidentemente, tiene buen gusto, jeque –ella lo dijo con una incredulidad exagerada y él la recompensó con una carcajada–. ¿Ha proyectado algo más? En mi modesta opinión, tiene mucho talento.

Una sombra le cruzó el rostro y le borró la sonrisa.

–No tengo tiempo. Tardé cinco años en ver este proyecto terminado.

–Entonces, si sabía que no iba a tener tiempo, ¿por qué lo estudió?

–Esa pregunta es muy pragmática, Amalia.

–Soy una mujer muy pragmática, a pesar de lo que hice la noche que lo conocí. Estaba desesperada y tomé medidas desesperadas.

–Pareces mi padre.

Hablaba de su padre con toda la dureza que ella percibía en él y se preguntó si él lo sabría. Seguramente, no. Parecía un hombre que no se traicionaba a sí mismo, que manifestaba la rabia o cualquier otra vulnerabilidad.

–Siempre ha tenido que saber cuál iba a ser su futuro.

–Sí, desde que pude entender el mundo que me rodeaba, pero siempre me ha interesado la arquitectura. Sintar tiene algunos edificios extraordinarios llenos de historias y leyendas. Hice un trato con mi padre, si me dejaba estudiar arquitectura, además de economía, no refunfuñaría por mis obligaciones y sería un buen jeque para mi pueblo.

Amalia sonrió cuando él la miró, pero también captó cierta melancolía en su voz. Desde la primera vez que lo vio, solo había visto lo que veía todo el mundo; un hombre que había nacido con una fortuna y un poder increíbles y que había disfrutado todo lo que eso conllevaba. Sin embargo, era difícil asimilar que hubiese estudiado arquitectura, cuando sabía que nunca podría cumplir su sueño. Era una contradicción absoluta con el hombre despiadado que la había amenazado, sin parpadear, con encarcelarla junto a su hermano. Le gustaría no haber preguntado nada sobre la casa, le gustaría no percibirlo de otra manera.

–Bueno, tiene una buena alternativa profesional si esta le sale mal –ella no se atrevió a mirarlo a los ojos–. Parece que aquel artículo dañó su… ¿cómo lo llamaron? La evaluación de su rendimiento laboral para su Gobierno y sus ciudadanos, ¿no? Supongo que es triste tener una profesión tan expuesta al público.

El brillo burlón de los ojos de él no disimuló la mirada fija que

le dirigió.

–¿Mi pueblo y mi país, Amalia?

–Sí –contestó ella sin titubear–. Este no ha sido mi país desde hace mucho.

–Sin embargo, aquí estás, para luchar con uñas dientes por la liberación de tu hermano. ¿Cuántas veces lo has visto durante los últimos diez años?

–Eso es lo de menos, lo que importa es que necesita mi ayuda.

Zayn sirvió té de menta con una *dallah* de plata y Amalia dio un sorbo apresurado.

–¿Qué vamos a comer? –preguntó ella sin mirarlo y avanzando un poco.

–Guiso de cordero, brochetas de pollo y *pulao* de arroz salvaje… y pudin de pan de postre.

La boca se le hizo agua al oír uno de sus postres favoritos de toda la vida y se dio la vuelta.

–No irá de decirme que también es un cocinero fantástico…

Él se quedó delante de ella, como si supiera lo que había hecho ella para mantener la distancia entre los dos.

–No, el cocinero acaba de traerlo. ¿Y tú?

–Y yo, ¿qué?

Él la agarró del codo y la llevó hacia unos de esos rincones oscuros y acogedores. El contacto de su muslo en el de ella hizo que el corazón se le acelerara.

–Tienes la costumbre de ponerte a la defensiva cada vez que te hago una pregunta personal.

Él esperó a que ella se acomodara en un asiento y luego se sentó justo a su lado. Cuando Amalia fue a moverse hacia la derecha, él acercó la boca a su oreja y la detuvo.

–Eso hace que me pregunte qué secreto grande y sucio estás ocultando.

Ella cometió el error de levantar la barbilla sin acordarse de lo cerca que estaban. Pudo ver el reflejo dorado de sus pupilas y pudo aspirar el olor a sándalo que tenían sus mejillas recién afeitadas.

–No oculto nada –replicó ella con un susurro estridente–. Solo creo que mi vida no ha sido interesante en comparación con la de alguien tan ilustre como usted, por ejemplo.

–Sin embargo, a mí me parece que eres una contradicción interesante, en el mejor de los casos.

Su voz fue más potente que sus palabras y el tono profundo y aterciopelado la cautivó.

–¿Y en el peor? –le preguntó ella para romper el hechizo.

–Una delincuente astuta con la cara de un ángel –él sonrió cuando ella lo miró con el ceño fruncido–. Tú lo has preguntado.

Zayn le puso una servilleta sobre las rodillas como si fuese incapaz de hacer algo por sí misma.

–Come.

Amalia tomó el tenedor y se llevó un poco de arroz a la boca. El aromático arroz con pasas y nueces le devolvió el equilibrio. Atacó el cordero sin que él tuviese que decirle nada. Estaba suculento, y entonces se dio cuenta del hambre que tenía. Se hizo un silencio tenso mientras se concentraban en la deliciosa comida. Una vez terminado el último bocado, se limpió la boca y se dejó caer sobre el respaldo con un suspiro de placer. Él hizo lo mismo sin dejar de mirarla. Amalia no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos.

–Si como así todos los días, voy a necesitar un guardarropa nuevo –comentó ella, por decir algo, aunque fuese una sandez.

–Hablando de guardarropas… –él la miró de arriba abajo– ¿cuántas faldas de tubo y camisetas de manga larga tienes?

–Las necesarias para dar una impresión profesional –contestó ella con un fastidio infinito.

¿Acaso tenía que encontrar algún defecto en todo lo relativo a ella?

–Tengo la sensación de que no te vistes tan recatadamente porque estés visitando el conservador país de tu padre diez años después. Creo que siempre te vistes así, abotonada hasta arriba y pulcramente tapada.

Amalia se levantó, pero aunque tuvo que mirarla desde abajo, no parecía en desventaja. Parecía un pachá que inspeccionaba los regalos que le habían llevado y los desaprobaba. ¡Maldito fuera!

–¿Qué le pasa a mi guardarropa…?

–Elegirás uno nuevo, naturalmente.

Ella se quedó allí mientras él terminaba su bebida. El cuello abierto de la camisa permitía vislumbrar una piel dorada que se pegaba a los músculos fibrosos. Tenía la sensación de que tendría la garganta seca siempre que estuviese cerca de él.

–Mañana te verás con una estilista. Hazme caso y deja que ella te vista. Vamos a celebrar nuestro compromiso, no a escondernos del mundo. Mi prometida tiene que ser estilosa y sofisticada, no una mujer que hace ostentación de su feminidad ni que la oculta.

–Yo no oculto nada, yo…

Él la miró con tanto detenimiento de arriba abajo que ella

sintió un cosquilleo en cada centímetro de la piel.

–Yo estoy perfectamente vestida, podría ser su prometida o la de cualquiera.

–Pero yo no soy cualquiera. Nadie se creería que me enamoraría de alguien como tú…

–Es la segunda vez que me lo dice, y no estoy de acuerdo. Aunque es posible que tenga que haber alguna diferencia entre las mujeres con las que se… ha acostado estos años y su adorable prometida. Es posible que lo que le gusta a su paladar hastiado sea que estoy sin pulir.

–No va a ser tu lengua ponzoñosa. Qué sensualmente besas cuando tus palabras son todo lo contrario. Ahora, dime si hay algún esqueleto en tu armario.

–¿Aslam es un esqueleto?

–¿Examantes celosos? –preguntó él con seriedad–. ¿Exprometidos? ¿Algún novio despechado que podría aparecer de repente?

–Eso no es asunto suyo.

–Al cabo de unas horas de aparecer conmigo, te convertirás en el objetivo de una prensa ávida, Amalia. O me cuentas lo que tengo que saber o mis asesores lo averiguarán. Además, te aseguro que leer sobre el impresentable pasado de tu amante actual o sobre sus perversos motivos es francamente desagradable.

–¿Investiga a las mujeres con las que se acuesta?

–No si no hay nada que ocultar. Mi reputación y esta farsa que estamos empezando no son un juego, no dejaré que las pongas en peligro.

–¿Hay algo más que ensuciar?

–¿Qué me dices de Massimiliano Ricci?

Amalia apretó los dientes para tragarse la ira.

–¿Qué pasa con Massi?

–¿Lo llamas Massi?

–Lo llamo como me da la gana. No va ni a diseccionar ni a dictar ni mi trabajo ni mi vida.

–Lo haré de ahora en adelante –replicó él rezumando arrogancia por cada poro–. Que hiciera aquella llamada para que utilizaras sus contactos incluso dos meses después de que no diera resultado dice algo sobre la relación que tenéis.

Él parecía tener la costumbre de sacar conclusiones precipitadas sobre ella, o quizá fuese lo que les pasaba a las mujeres que no hacían inmediatamente lo que él quería.

Eso hizo que se pusiera más rígida. Le gustaría poder contarle

una mentira convincente, le gustaría poder darle lo que estaba pidiendo, pero siempre había sido sincera hasta la médula. La pequeña mentira piadosa que le contó hacía unos días debía de haber sido la mentira más grande que había contado en toda su vida.

–No entendería la relación que tenemos y no voy ponerle una etiqueta para que se quede contento.

Quizá no supiera contar mentiras, pero estaba aprendiendo a ocultar la verdad. Había algo que se negaba a contestar lo que ese hombre desquiciante estaba preguntándole, que se negaba a reconocer que nunca había sentido nada por Massi aunque hubiese querido.

Él le soltó un poco el brazo y bajó sus tupidas pestañas para velar su expresión.

–Solo quiero saber si creará algún problema durante los próximos meses, sobre todo, cuando se entere de nuestro compromiso.

El alma se le cayó a los pies solo de pensar en los meses que le esperaban pegada al jeque, luchando intelectualmente con él y con su propia fuerza de voluntad… La reacción de Massi era la menor de sus preocupaciones.

–¿Los próximos meses?

–Lo que tarde en celebrarse la boda de Mirah.

–¿Hace todo esto por su hermana? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Sí.

–¿Por qué? ¿Qué tiene que ver su prometida con la boda de ella?

–La familia de su prometido es muy conservadora. No les gustaron los detalles que dio *Celebrity Spy!* sobre mi vida amorosa. Mi madre oyó que hablaban de cancelar la boda porque no querían estar relacionados con una familia como la mía.

Amalia habría disfrutado con la presión que estaba sufriendo él si no afectara directamente a su propio porvenir.

–¿Se atreverían a romper una alianza con el jeque?

–La familia de su prometido tiene una fortuna muy antigua. Le preocupan más las apariencias que la verdad.

–Entonces, es posible que lo mejor para Mirah sea que no se case con alguien de esa familia.

Él sonrió y se le formaron unos hoyuelos en las mejillas.

–Yo pensaría lo mismo si no supiera que Farid es sincero, que ama incondicionalmente a Mirah. –Su padre tendrá alguna

autoridad, ¿no? ¿No puede convencerlos de que Mirah no tiene nada que ver con sus correrías? Ella no va a tener una especie de defecto genético.

–Si dependiera de mi padre, habría roto la alianza por completo. El creer que este… asunto del amor de Mirah está causándome demasiados perjuicios.

–¿Porque un hijo está por encima de una hija? –preguntó ella en tono cáustico.

–No, los deberes de un jeque están por encima del amor –los rayos del sol poniente dibujaron una sombras en su rostro e hicieron que pareciera más adusto–. El amor no cabe en ninguna de nuestras vidas.

–Sin embargo, usted está llegando hasta este punto por ella…

–Sí, porque quiero que Mirah conozca esta felicidad. Mi vida no debería perjudicarle.

–No lo entiendo.

Él había dicho que ella era una contradicción, pero se le suavizaban los ojos cada vez que hablaba de su hermana.

–Estaba mirando a las mujeres que le había mandado esa misteriosa señorita Young como si fuesen verduras en un mercado. En cambio, quiere que su hermana se case por amor. Hay algo que no cuadra.

–La vida de mi hermana y la mía son distintas, Amalia, siempre lo han sido.

–Entonces, todo esto fue para minimizar los daños.

–Yo pensaba casarme, claro. El artículo aceleró el proceso, eso es todo. Tú representarás el papel de mi prometida. Tengo que hacer un viaje de dos semanas a Europa, lo cual debería venirnos muy bien para hacer nuestra primera aparición en público. Parecerás cautivada y convencerás a todo el mundo de que estás enamorada de mí.

–Eso podría ser mucho pedir ahora que sé lo inflexible que es.

–Entonces, acuérdate de cómo gemías cuando nos besamos. Si quieres repetir, yo estaré encantado.

–¿Por qué no podemos limitarnos a comunicarle a su familia que estamos prometidos? ¿Por qué tiene que durar meses?

–Tienen que vernos juntos. El anillo en tu dedo y tus miradas de arrobo deberían convencer al mundo de que estoy prendado de tus encantos.

Entonces, de repente, él sacó una serie de documentos de algún sitio.

–¿Qué es eso?

–Es un contrato de confidencialidad. Más vale tarde que nunca.

Amalia, atónita, le arrebató los documentos.

–¿Qué haría si lo rompiera? ¿Me demandaría? Solo tengo faldas de tubo y una cuenta de ahorro que está menguando a pasos agigantados.

–Te ataría a los tribunales de Khaleej para el resto de tu vida.

–Entonces, contaría…

–Parece que crees que estamos equilibrados. Esta reunión era para fijar las reglas. Que haya contestado tus preguntas o que me haya reído con tus chistes no quiere decir que haya perdido de vista cuál es nuestro objetivo. No vuelvas a amenazarme, Amalia. Tengo más poder en esta relación y siempre lo tendré. Si me complace tu representación durante estos meses, me ocuparé de que liberen a tu hermano si es inocente.

–Es un matón… jeque.

–Si tienes que llamarme eso para que entiendas la situación, me parece bien –si las miradas pudiese matar, él ya sería ceniza–. ¿Te has puesto en contacto con tu padre?

Amalia notó que una tensión distinta se adueñaba de ella y apretó los labios.

–No.

¿No crees que deberías contarle alguna versión de la verdad antes de que la vea plasmada en algún medio de comunicación? Al fin y al cabo, eres su hija.

–Le dará igual.

–Estoy seguro de que él…

–Nadie va a decirme lo que tengo que hacer en esto, jeque. Me da igual que me encarcele el resto de mi vida. No tengo que darle explicaciones y a usted se las daré solo mientras Aslam esté en la cárcel. Hablando de todo un poco, tengo que verlo antes de marcharme.

–Imposible. No voy a arriesgarme a que cuentes todo lo que estoy intentando mantener intacto en un momento emotivo con tu hermano. Créeme, Amalia, tu hermano no está sufriendo casi donde está. En realidad, podría servirle de lección para el futuro.

–Usted no es quién para decidir eso.

–Yo seré quien decida si tu representación no está a la altura –tiró de ella hasta que cayó sobre él, conteniendo la respiración–. Deberías empezar a entrenarte a llamarme Zayn. Exijo respeto de mi futura esposa, pero no quiero que el mundo crea que está aterrada de mí.

Los ojos de Amalia dejaron escapar un destello de indignación

y esbozó una sonrisa despectiva.

–Te odio, Zayn. ¿Qué te parece?

Zayn la soltó y se rio. Lo único que tenía que recordar ya era que Amalia era imprevisible, la apuesta más disparatada que había hecho en su vida. Estaba completamente seguro de que le contaría toda la historia a un periodista si creía que eso le beneficiaba, si todo el asunto de su hermano no se solucionaba a su gusto. Representaba una amenaza tal que apagaba su interés como si se hubiese metido en esa piscina de agua fría. Tendría que ocuparse de que no siguiera siendo una amenaza para su reputación, para la felicidad de Mirah e, incluso, para la estabilidad de Khaleej.

–Creo que debería contarle la verdad a Massi.

–¿Qué le has contado hasta el momento?

–Le escribí un correo y le conté que algunas cosas estaban escapándoseme de las manos, que no podría volver durante un mes.

Él sentía un nudo en las entrañas cada vez que ella hablaba de su jefe.

–¿Y?

–Y si conozco a Massi, y lo conozco, no va a gustarle –ella suspiró–. Tampoco va a creerse que me haya enamorado de ti de repente. Es mejor que le cuente la verdad, que solo es una farsa.

–Ni hablar –Zayn se acercó más a ella–. Eso tiene que quedar entre nosotros, Amalia. Ni mi asesor más cercano va a saber que tu aspecto recatado esconde a una astuta chantajista. Fuera cual fuese la relación que tenías con Massi, terminó en cuanto se te ocurrió chantajearme.

Acostarse con ella no era una posibilidad, por mucho que su cuerpo ya estuviese fantaseando con ello. Además, con la prensa ávida de rumores, no podía acercarse a una mujer hasta que todo eso estuviese bien atado. Le gustase o no, iba a tener que resignarse a la abstinencia durante dos meses como mínimo. Desde pequeño le habían enseñado a que no podía ceder a la debilidad o a la voluntad de otro. Era implacable porque necesitaba sentirse libre, sobrellevar las presiones de su vida, no porque le faltase fuerza de voluntad.

Unos meses con una prometida falsa e increíblemente fastidiosa era un precio bajo por la felicidad de Mirah.

Capítulo 5

Diez días después, mientras Zayn y ella volaban a París, Amalia intentó recuperar la serenidad mediante sus ejercicios respiratorios habituales, pero ese ritual, que le había ayudado durante dos años a mantener la calma ante los cambios de humor de su madre y su salud menguante, no le sirvió de nada.

Estaba nerviosa por Aslam, por la farsa que se avecinaba y por la atracción que sentía hacia el hombre que estaba sentado en el extremo opuesto de la nave. La habían dotado de todos los medios para hacer frente al mundo y a la prensa como la adorable prometida del jeque playboy, pero seguía estando igual de nerviosa.

Una estilista y una esteticista la habían puesto a punto durante diez días. No se lo habría reconocido a Zayn ni bajo amenaza de muerte, pero le había encantado la estilista parisina y su idea de estilo chic. En vez de imponer la idea del jeque sobre el aspecto que tenía que tener su prometida, la había ayudado a elegir ropa y accesorios que encajaban con su gusto. No se había reparado en gastos para su guardarropa nuevo, en el que solo había vestidos, zapatos, bolsos e incluso sombreros de las marcas más exclusivas. Todo estaba cuidadosamente guardado en la parte trasera del lujoso avión. También le habían llevado a su suite un diamante con un corte cuadrado engarzado sobre un solitario. Ella había esperado que le quedara mal para poder devolverlo, pero, para su decepción, le había quedado perfectamente.

En ese momento, su peso en el dedo era como una cadena alrededor del cuello, un recordatorio constante de que iba a representar un papel en una farsa peligrosa.

También se negó a obedecer la posesiva orden de Zayn para que se cortara el pelo y le había preguntado a la estilista si un pelo más corto le favorecería. La mujer respondió en tono airado y casi ofendida. Tomó entre los dedos sus mechones y le dijo que era como oro rizado y que cortarlo sería una blasfemia a los dioses del pelo. En cambio, lo cortó a capas para que las más cortas enmarcaran su rostro. Una vez más, se dio cuenta de que era algo que llevaba años queriendo hacer y que no había hecho.

A partir de ese momento, se había dado cuenta de que protestar era una pérdida de tiempo y de energía y se había entregado, al menos, a la parte de ponerla a punto con buen gusto. Le habían dado un baño de barro, le habían dado un tratamiento facial y le habían hecho la manicura y la pedicura. En resumen, la habían mimado de los pies a la cabeza como no habían hecho jamás.

Las sirvientas, siguiendo las órdenes del jeque, se habían llevado su ropa de trabajo. Fue como si le hubiesen arrebatado su coraza. Le dolió su comentario de que siempre se vestía para ocultarse. Se preguntó por enésima vez si eso sería verdad.

Lo único que recibió cuando se montó en el avión fue una mirada fugaz de Zayn, quien asintió con la cabeza como si la encontrara aceptable.

Evidentemente, había perdido un tornillo porque esa mirada fugaz la había decepcionado. Ávida de más, había vuelto a buscar aquel artículo de *Celebrity Spy!* y, al parecer, al jeque le gustaban las mujeres sofisticadas y seguras de sí mismas que sabían lo que hacían, mujeres que, seguramente, no tenían sudores fríos ante la idea de un beso y mucho menos eran presas del pánico por ser su pareja aunque solo fuese un rato.

Si había tenido alguna duda sobre si se sentía atraído por ella de alguna manera, su encuentro con su hermana Mirah se la había disipado por completo. Mirah se había quedado atónita cuando él la presentó como su prometida. Aunque, claro, en parte había sido por lo repentino del compromiso.

–Eres una profesional. Caray, mi hermano no se da cuenta de lo que le ha pasado, ¿verdad? Siempre me había dado pena que no pensara en el amor como un factor para casarse, pero tú… Evidentemente, solo ha podido elegirte por amor.

Mirah lo había dicho con una sonrisa resplandeciente y Amalia se había encontrado rumiando esas palabras. ¿Por qué era triste que ese jeque macho alfa no quisiera casarse por amor? Seguramente sabía que cualquier mujer saldría corriendo ante la idea de amarlo y había adaptado sus expectativas a su medida.

Como si un hilo invisible hubiese tirado de ella, su mirada se dirigió hacia él. Afortunadamente, tenía la cabeza inclinada sobre el ordenador portátil, y pudo observarlo con detenimiento. Sintió una oleada de calidez al mirar sus anchos hombros sobre el respaldo ergonómico del asiento y el poderoso contorno de sus muslos. Tenía remangada la camisa azul claro y dejaba ver unos brazos de piel morena con abundante vello. La mesa que tenía

delante estaba llena de papeles y unos dedos largos, unos dedos que le habían acariciado el pelo y las mejillas, tecleaban en el ordenador de una manera un tanto torpe, como si no supiera teclear bien. Tenía el ceño tan fruncido que sintió un placer perverso. Al parecer, ese jeque no era perfecto en todo. Se levantó y se sentó enfrente de él. Sus rodillas se chocaron, a pesar de lo espaciosos que eran los asientos.

–¿Necesita un poco de ayuda, jeque?

Él levantó la mirada y, por una vez, fue una mirada un poco afable.

–Una de mis secretarias se puso enferma en el último minuto, otra tuvo que quedarse en Sintar para ocuparse de mis asuntos, y la tercera es una inútil. Solo se sonroja y farfulla incoherencias cada vez que me ve. La habría despedido si el resto de los empleados no me hubiesen asegurado una y otra vez que trabaja mucho y es muy eficiente cuando yo no estoy.

Parecía muy malhumorado.

–Ser un ejemplo tan perfecto de masculinidad tiene que ser un tormento –comentó ella con cierta acritud.

–Eres más un incordio que una ayuda. Vuelve a tu asiento, habla poco y ten un aspecto impecable durante el resto del vuelo. Podríamos decir que es la descripción de tu empleo para los próximos meses –él apartó la mirada con cierto desdén–. Ese traje pantalón está bien, pero no lo bastante para la recaudación de fondos.

Amalia se tragó el gruñido que quería salir de lo más profundo de su ser. ¡Ese pedante desdeñoso!

–Me da pena la mujer que acabe casándose con usted, jeque.

–Que no te la dé. A algunas mujeres les gustan los hombres que se ocupan de todas sus necesidades.

Una parte de ella quiso dejarlo a su suerte, pero otras partes, la parte que se había aburrido como una ostra durante los últimos diez días y que sabía que todavía quedaban seis horas y ocho minutos de vuelo y la parte que quería obstinadamente demostrar algo, dijeron…

–Nosotros usamos ese mismo programa para gestionar la agenda de Massi, el programa con el que está peleándose.

–No es solo la agenda. Necesito que me resuman y me coloquen por orden de urgencia e importancia estos informes. No hace falta que todo acabe en mi mesa. Casi todo esto puede dirigirse a distintos departamentos.

–Se lo aseguro, jeque, también puedo hacer eso.

–¿Por qué me ofreces tu ayuda?

–¿A pesar de que ha sido un… –él arqueó una ceja y ella cambió la palabra que iba a decir– bárbaro conmigo?

–¿También le hablas así a… tu Massi?

Ella se encogió de hombros para no reconocerlo ni negarlo. Nunca debería haberle dado a entender que había algo más.

–Ofrezco mi ayuda porque faltan millones de minutos hasta que lleguemos a París y llevo diez días mano sobre mano. Está muy bien que te vistan y te recompongan sin tener que pagarlo, pero nunca había estado tan ociosa tanto tiempo. Estoy aburrida como una ostra y los centinelas que me puso ni siquiera sabían jugar a las cartas.

–No están para entretenerte, Amalia –ella lo miró con un brillo desafiante en los ojos–. Aquí hay muchas cuestiones de Estado y te negaste a firmar el contrato de confidencialidad. ¿Cómo puedo saber que no quieres reunir más material para el próximo chantaje?

Ella no pudo saber por qué le molestó esa falta de confianza. En realidad, era como si estuviera en un sueño. ¿Por qué le sorprendía una y otra vez que ese hombre fuese tan implacable? ¿Por qué se sentía tan débil con él cuando ningún otro hombre había conseguido nada ni parecido? Se dejó caer sobre el respaldo para que esa reacción emocional se pasara antes de que volviera a hablar.

–Jeque, o confía en mí durante los próximos meses o no. Como tuvo el detalle de recordarme, yo no tengo ningún poder en esta relación y sí tengo todo que perder. Puede vestirme con la ropa más elegante y puede amenazarme con encarcelarme, pero nadie se creerá esta farsa hasta que confíe en mí y me trate, mejor dicho, finja, que me trata como si valorara el lugar que ocupo en su vida.

–Naturalmente, te sentías descuidada. Te organizaré unas vacaciones en cuanto volvamos.

Dejaría de incordiarlo, bajo vigilancia. Se felicitó a sí mismo por la idea, era la mejor manera de minimizar los daños que podía hacer con su bocaza.

–No va a mandarme a Siberia con dos perros guardianes. Lo único que quería hacer era visitar a Aslam y lo vetó –Amalia resopló–. He trabajado durante cinco años para un hombre que controla una empresa de mucho millones. Usted… Usted dirige un país y creo que puedo imaginarme lo que es un día de trabajo para usted. No estoy quejándome, estoy informándole.

–Amalia, eres distinta a todas las mujeres que he conocido.

Si tenía que oír eso otra vez, gritaría.

–No para de recordármelo, jeque, y ya he tomado nota. ¿Podemos pasar a otra cosa?

–Me ocuparé de que puedas visitar a Aslam en cuanto volvamos a Sintar, si me prometes que no le dirás nada de nuestro… trato.

Le tocó a ella quedarse atónita.

–Buena jugada, jeque. Pone la zanahoria delante del pobre burro. Lo hace para que no me desmande.

–¿Quién desconfía ahora?

Se hizo un silencio tenso y cargado de muchas cosas que Amalia pasó por alto.

–¿Eres así de beligerante por mí y lo que te provoco o lo eres con todos los hombres, incluido tu Massi?

–No es mi Massi y en mi trabajo dicen que soy imperturbable en la tormenta. ¿No lo sabía?

–Entonces, se trata de mí.

Sus palabras transmitían una satisfacción tan necia que Amalia quiso hacer algo violento, lo cual confirmaría su arrogante teoría. También tenía un poco de miedo de ponerla a prueba.

–Efectivamente, empezamos con mal pie, y por eso creo que es el momento de declarar una tregua.

Amalia se reconoció a sí misma que había estado provocándolo desde la primera vez que lo vio. Además, si era completamente sincera, él se había portado como un caballero, aunque había tenido motivos sobrados para dudar de ella. Salvo el beso. Seguía sin tener ni idea de lo que había significado.

Le tendió la mano por encima de la mesa que los separaba.

–Como no soy rencorosa, ondeo la bandera blanca… Zayn.

Su nombre dicho por ella retumbó por todo el avión como si se hubiese derribado una barrera invisible y hubiese quedado algo distinto alrededor de ellos.

Amalia lo miró a los ojos y captó que se abrían unas milésimas de milímetros antes de que los bajara para mirarle la mano y estrechársela lentamente. Entonces, de repente, con una sensación de vértigo en las entrañas, deseó no haber forzado el asunto. Hasta ese momento, cuando ya era demasiado tarde, no se había dado cuenta de que si el jeque y ella discutían todo el rato, se tapaban muchas cosas que no quería afrontar, como que él la atraía cada vez más.

De repente, le pareció que podía leerse en su rostro y en el silencio que se había formado entre ellos. Justo cuando iba a

levantarse, él se inclinó hacia delante y le sujetó las piernas entre las suyas.

–No sé si prefiero que me llames por mi nombre, Amalia.

–Eso es exactamente lo que estaba pensando. Creo que seguiré llamándole jeque.

Amalia, retenida en el asiento por el cuerpo de él, se estremeció. La respiración le quemaba en la garganta y el pulso se le había desbocado mientras él le pasaba los dedos por las venas de la muñeca. Nunca había tenido tanto miedo de mirar a un hombre a los ojos y ver lo que había en ellos, nunca había tenido tanto miedo de lo que estaba escrito en los suyos.

Él le dio la vuelta al ordenador portátil y puso la pantalla hacia ella. El programa que, según ella, dominaba podía estar escrito en árabe, porque no lo entendía.

–Repasaré todo eso y dictaré notas sobre quién debería ocuparse y los pasos que hay que dar. Empieza a teclear.

Ella lo miró sin poder decir nada por el pasmo. Él arqueó las cejas con una mueca en los labios.

–¿Ya hay problemas?

Amalia se quitó el reloj y las pulseras, las dejó en un rincón de la mesa y se puso recta. Estiró la cinta de goma con la que había estado jugando, se echó el pelo hacia atrás y se lo sujetó con una mano. Sintió una vibración por todo el cuerpo por el brillo de los ojos de él y la forma de mirar sus movimientos. Era difícil estar con un hombre tan atractivo como el jeque y no sentir un estremecimiento femenino, no imaginarse toda serie de ilusiones románticas aunque intentaba ser sensata. Amalia se dijo a sí misma que permitirse un momento de debilidad no quería decir que fuese a intentar algo. Además, el jeque no quería nada con ella, no confiaba casi en ella…

Se aferró a lo que sí tenía sentido. Abrió una ventana de notas nueva y le sonrió.

–Estoy preparada, jeque.

Capítulo 6

Tres... El traje pantalón rosa de Amalia tenía tres pequeños botones color perla que estaban distrayéndolo. Cada vez que se movía en el asiento, y se movía constantemente, la fina blusa que llevaba debajo de la escotada chaqueta se ceñía sinuosamente a sus pechos.

Todos los días pasaba lo mismo, cada vez se fijaba más en ella.

Cerró los puños a los costados para evitar la tentación de llenar las manos con otra cosa. Había visto mujeres con muy poca y provocadora ropa que, sin embargo, le habían parecido menos sensuales que la mujer que estaba trabajando con su ordenador portátil y el ceño fruncido por la concentración. El traje pantalón era lo más chic que se podía diseñar y favorecía la longitud de sus piernas. Cuando subió al avión, él había sentido otra oleada de excitación asombrosa. Había escuchado los informes de su asesor y había decidido evitarla mientras se decía que estaba muy ocupado.

En ese momento, sabía por qué la había evitado.

El atractivo de ella no había disminuido lo más mínimo en diez días. Desde los botones al estrecho cuello y la seda que no envolvía del todo sus curvas, era Amalia de cabo a rabo; recatada, abotonada hasta arriba y, aun así, increíblemente provocativa.

No debería sorprenderse por nada de lo que hiciera esa mujer, pero se sorprendía. No sabía muy bien qué esperar de ella. ¿Cómo había llamado a su casa? ¿La mezcla perfecta de tradición y modernidad? Ni Mirah había captado sus contradicciones reflejadas en el proyecto. Ni él mismo se había dado cuenta, y se preciaba de conocerse y de conocer su cabeza.

Su vestimenta era la combinación perfecta de sofisticación y recato que le parecía consustancial a ella. Que hubiese conseguido conservar una parte considerable de su propio estilo y de su esencia a pesar de la presión que tenía que sentir por ser su prometida y por ser el centro de atención de la prensa cuando siempre había llevado una vida normal y corriente decía mucho sobre la personalidad tan fuerte que tenía.

A esas alturas, ya habría despedido a cualquier otra mujer con unos puntos de vista tan firmes, pero Amalia seguía presente en su

cabeza y en su cuerpo. Aunque llevaba tapado hasta el más mínimo trozo de piel, se había desconcentrado más de una vez. La piel que se le veía tenía un bronceado que había conseguido, con toda certeza, al recorrer las calles de Sintar y abordar a hombres para que le contestaran preguntas sobre su gemelo.

Incluso en ese momento, solo podía pensar en desabotonarle lentamente la camisa y besarle cada centímetro de piel que quedaba a la vista. Siempre había separado por completo su vida privada de la pública, y por eso todo el mundo, su padre y la familia de Farid entre otros, se habían escandalizado tanto por algunas de las espantosas cosas que *Celebrity Spy!* había dicho de él. Eso tenía que ser igual. Amalia era parte de su vida pública, aunque los motivos fuesen personales, y, por lo tanto, no podía permitirse fantasías sobre ella.

–Muy bien, ¿qué le parece? –le interrumpió en un tono pensativo.

Entonces, le leyó el comunicado de prensa que se había ofrecido a redactar sobre una donación que iba a hacer él al Hospital General de Sintar.

–Perfecto.

Volvía a sentirse un poco desconcertado por la eficiencia sin aspavientos con la que hacía sus tareas. Al parecer, hacía su trabajo tan bien como había dicho… ¿Podía creer su promesa de que podía confiar en ella?

–Descansaremos para comer y seguiremos dentro de media hora.

–No, quiero terminar el resumen de por qué rechaza la propuesta del Centro de Arte y Educación.

Zayn se encogió de hombros y se arrellanó en el asiento. Miró el reloj y se dio cuenta de que habían estado tres horas sin parar. Después de darse cuenta de lo extraordinariamente competente que era, no había encontrado motivo para no aprovechar sus dotes. Además, siendo Amalia como era, no trabajaba en silencio. Daba su opinión, que algunas veces era exactamente la contraria a la de él y que, para sorpresa mutua, coincidía al milímetro con la de él en política exterior. Un montón de asuntos que le parecían menores y aburridos se habían liquidado de la forma más llevadera gracias a su eficiencia y a sus interesantes opiniones.

Ella, fiel a su palabra, ni siquiera había parpadeado por el exigente ritmo que había marcado él. Para ser una mujer que no sabía nada de los entresijos del palacio, había aprendido a toda velocidad las prioridades administrativas y sus principios

personales sobre algunos asuntos administrativos.

Aunque, claro, él se había olvidado de que conocía muy bien la historia y la política de Khaleej. El rechazo a todo lo que era legado de su padre no lo engañaba. Su rabia solo ocultaba un dolor profundo, pero él no quería ni entender ni saber su origen. No le interesaban los problemas que tuviera con su padre, salvo que afectaran al resultado que buscaba.

Era increíble que hubiese surgido de ella, pero tenía razón. Necesitaban una tregua si quería salir airoso, pero la tregua no podía implicar que se contaran todos sus sueños y miedos. Aquel día, cuando estaba en su ala, lo había sorprendido, pero no volvería a desviarse de su curso. No había tenido un confidente jamás, y tampoco lo quería en ese momento.

Pidió comida y bebidas para los dos justo cuando Amalia terminaba y levantaba la mirada. Vio que tenía el ceño un poco fruncido y que lo miraba directamente a los ojos y supo que iba a discrepar otra vez. Jamás había conocido a una mujer con opiniones tan firmes. Levantó una mano y tomó la iniciativa. Ella frunció los labios y él sonrió.

–Sé que estás a punto de emitir una de tus interminables opiniones sobre lo anticuada y mortecina que es Sintar y su política administrativa, pero estoy muerto de hambre.

–Su país es una contradicción, jeque. Como lo es usted.

¿Acaso esa mujer no conocía sus límites o su objetivo era desquiciarlo tanto que acabaría soltando a su hermano?

–¿Mi país, Amalia?

Ella arqueó una ceja con despreocupación aunque su barbilla levantada delataba su intención desafiante.

–Solo tardaré un minuto y la comida no ha llegado todavía. La verdad, jeque, no me había dado cuenta de que su vanidad necesitase tanto el refrendo que se rodea solo de hombres que le dan la razón.

Él suspiró. Parecía un espectro angelical, pero esa mujer era como un perro de presa cuando hincaba los dientes en algo.

–Sigue. Tienes tres minutos hasta que deje de hacerte caso.

–¡Eso no es bastante!

–Es lo que la gente suele tener para convencerme.

–Es un…

–Dos minutos y contando.

Ella miró la pantalla y volvió a mirarlo con expresión de firmeza.

–Creo que no debería rechazar la financiación de la Fundación

de Artes y Educación de Sintar. Khaleej necesita el desarrollo humano que promete la fundación.

Esa pasión le recordó a sí mismo cuando era más joven e idealista. Aunque parecía altiva, tenía una ingenuidad encantadora.

–Ese dinero será más útil si se dirige a la sanidad. Le reforma educativa llegará en su momento.

–Pero solo ha aprobado… –ella frunció el ceño y él hizo una mueca con los labios– el equivalente a diez millones de dólares durante los próximos tres años en reformas de la sanidad.

–Solo lo he propuesto. El Gobierno tendrá que aprobarlo. Además, tú estás interesada en esa fundación porque promueve la libertad educativa para los dos sexos que se da en Occidente. Por muy progresista que sea yo, y que lo haya sido mi padre, las cosas avanzan despacio aquí. Me encontraré con la oposición de parte del Gobierno si doy luz verde a eso.

–Sé que la evolución social, de la educación y de la investigación científica son necesarias para Sintar. He visto que las infraestructuras y la sanidad han evolucionado durante los dos meses que he estado aquí y sé que todo se debe a ti, Zayn, pero Khaleej se quedará rezagado en el mundo global si no adopta un planteamiento más global de las artes y la educación. La riqueza de Khaleej por las reservas de petróleo y gas no va a durar eternamente. Si Khaleej quiere seguir con su sólido crecimiento económico, va a necesitar trabajadores muy bien formados de los dos sexos y esa fundación parece ser el paso acertado en esa dirección.

–¿Por qué eres tan apasionada sobre esto?

–¿Tiene que haber un motivo para lo que es mero sentido común?

–Cuanto más importante es algo para ti, más frívola te pones. Si esa es tu respuesta…

–El único motivo es que las mujeres deberían poder recibir una educación como los hombres.

–¿Por eso se separaron tu madre y tu padre?

La pregunta se le escapó, a pesar de que quería mantenerse al margen de los asuntos personales, y los preciosos ojos de Amalia reflejaron una tristeza que a él no le gustaba ver.

–Que yo recuerde, discutían por todo incluso antes de que se divorciaran. El prestigio y el reconocimiento eran muy importantes para mi padre y su familia, y le prohibió que volviera a su profesión. Su papel en la vida era el de esposa y madre. Si sus

ambiciones o sueños no interferían en sus obligaciones, podía tenerlos.

Sus ojos resplandecieron con rabia cuando dijo «prohibió». La eficiente secretaria se había convertido en una tigresa en cuestión de minutos.

–¿Cuántos años tenías cuando se divorciaron?

–Trece.

–Eras una niña, Amalia, y a esa edad las cosas parecen blancas o negras. ¿Cómo puedes estar segura del motivo para que su matrimonio se rompiera?

–Porque yo viví las consecuencias. Oí durante años cómo lloraba ella por haberlo perdido.

–¿Cuál era su profesión?

–Era una modelo en la cúspide de su carrera cuando lo conoció.

–Entonces, hizo bien en prohibírselo.

–Por todos…

–No vamos a pelearnos por esto, Amalia, pero soy realista. El catedrático Hadid es un historiador respetado, un hombre con una imagen pública muy fuerte. Tu madre tenía que saber los sacrificios que le esperaban cuando se casó con él. No entiendo que creyera que podía seguir con una profesión tan controvertida y ser su esposa.

–Creo que no le importaba tanto ser modelo como sentirse encajonada en el poco espacio que él le concedía en su vida, en lo poco que le permitía hacer. Además, estoy segura de que tampoco ayudó que tuviesen personalidades fuertes y procedieran de culturas distintas. Me extraña que llegaran a enamorarse.

–Muchas parejas confunden el deseo con el amor. Es posible…

Ella adoptó una actitud desafiante, pero que ocultaba vulnerabilidad y dolor.

–Ella no dejó de amarlo hasta que murió el año pasado. Él jamás… –Amalia cerró los ojos para dominarse–. Ella fue debilitándose por amarlo mientras que él volvió a casarse y formó una familia nueva.

Hubo algo en su tono que quebró su principio de no tocarla y le tomó la mano que tenía sobre la mesa. La descarga eléctrica fue instantánea. Jamás había sentido un contacto como ese. Cuanto más intentaba pasarla por alto, más intensa era su presencia. Su mano era suave y fina en comparación con la de él, pero, aun así, era fuerte.

Unos ojos muy abiertos y rebosantes de emoción lo miraron.

Era una mirada tan descarnada que lo atravesó como un rayo. Su mano se acomodó a la de él, con cierta confianza y cierta curiosidad, y notó que un rincón helado, un lugar que ni siquiera sabía que tenía dentro, se derretía un poco. Ese sentimiento que brotaba dentro de él, que lo apremiaba a tomarla en brazos, ¿era cariño por ella?

–¿Su fallecimiento fue doloroso para ti?

Ella se encogió de hombros y retiró la mano. Cuando volvió a mirarlo, él no vio esa vulnerabilidad en sus ojos y, curiosamente, sintió alivio y algo parecido a una pérdida, como si hubiese podido vislumbrar algo verdadero, algo que no había conocido antes, pero que se lo habían arrebatado antes de que pudiera entenderlo del todo. Aunque tampoco estaba seguro de que quisiera volver a ver esa vulnerabilidad en sus ojos, porque conseguía que se olvidara de que no podía confiar en ella.

–Había renunciado a la vida hacía mucho tiempo –una sombra de remordimiento cruzó su rostro–. ¿Es espantoso que diga que sentí alivio cuando llegó el final?

Zayn no pudo contestarle. ¿Por qué su padre no compartió la responsabilidad con ella? Si no por su esposa, sí seguía conservando algunas obligaciones hacia su hija. Hasta sus padres, que fueron fríos y pragmáticos con sus hijos y no tuvieron ni tiempo ni ganas de ejercer de padres de Mirah y de él, se ocuparon de que otros los cuidaran como era debido.

Le habían enseñado muy pronto que no podía sentir vulnerabilidad sentimental y estaba completamente de acuerdo con ese principio para alguien de su posición. Amalia, en cambio, solo lo había visto en su padre.

–Que volviera a casarse no quiere decir que no la amase.

Apretó los dientes al darse cuenta de lo sentimental que había sonado y no tenía ganas de hacerse el paladín, el paladín de ella. Además, estaba completamente seguro de que Amalia no quería uno.

–Ahora dudo mucho que la amara lo más mínimo –replicó ella con un brillo desafiante en los ojos–. Me temo que los hombres poderosos, los hombres que están acostumbrados a tener el mundo a sus pies, dirán o harán cualquier cosa para conseguir a la mujer que les apetece. ¿Sabías que mi padre es un amante de los objetos bellos? Recuerdo que nuestra casa estaba abarrotada de ellos y que personas de todo el país venían a visitarlo. Estoy segura de que la consideraba otro objeto hermoso que tenía que poseer en su colección. Cuando ella se negó a sentarse en la vitrina que le había

preparado, él la desechó.

Y a ella… Aunque no lo dijo, las palabras quedaron flotando en el aire llenas de un dolor que no iba a reconocer nunca. Cuando más sabía de ella, más seguro estaba de que Amalia era una de esas mujeres complejas que no le convenían. Aun así, la profundidad de su amargura lo asombró.

–Es una visión retorcida para ser tu propio padre…

–Es una visión realista de mi padre y de lo que puede hacer el amor cuando no es correspondido. No me dirá que en el fondo es un romántico, jeque, que, en el fondo, sufre por tener que elegir una novia dócil y tradicional.

Ella esbozó una sonrisa fría con un brillo de firmeza en los ojos, pero su comentario le rebotó en el caparazón.

–Estoy completamente de acuerdo contigo en que el concepto del amor solo complica el matrimonio. El matrimonio de mis padres ha salido bien porque no han esperado nada el uno del otro, y así tampoco hay quejas.

–¿Qué quiere decir eso?

–Se casaron porque era un matrimonio ventajoso para los dos. Mi padre conseguía una esposa de una familia aristocrática y mi madre conseguía dar órdenes a su propio círculo de personas poderosas. Su único objetivo común era tener un heredero, y cuando me tuvieron, siguieron sus propias vidas. Mi padre tenía su amante y la política y mi madre tenía sus propios… pasatiempos. Todo lo demás, hasta Mirah, fue un subproducto del objetivo principal del matrimonio.

Zayn se rio al ver la expresión de los ojos de ella. Era estimulante y un poco adictivo que una mujer no cediera ante su personalidad o su categoría, pero estaba seguro de que pronto dejaría de gustarle. Antes o después, Amalia perdería el atractivo para él. Estaba demasiado acostumbrado a las mujeres dóciles y complacientes que no cuestionaban el papel que tenían en la vida de él. Al fin y al cabo, ni una sola mujer había hecho que su dominio de sí mismo se tambaleara.

–¿Por qué pareces tan… beligerante, incluso cuando estoy de acuerdo contigo?

–Porque eso no es lo que he dicho ni mucho menos. Eso no se parece lo más mínimo a un matrimonio. Eso se parece a… un acuerdo aséptico en una novela de ciencia ficción. Eso también es lo que quiere de su matrimonio, ¿verdad?

–Su matrimonio sigue bien en todo los sentidos. Entonces, ¿por qué no?

–¿Para qué casarse si ni siquiera quiere uno la compañía de su esposa?

–Para tener herederos legítimos.

–¿Y luego dejas a un lado a tu esposa? –ella no esperó a que él asintiera con la cabeza–. ¿A su madre no le importó, jeque? No puedo creerme que una mujer se case voluntariamente cuando sabe que le espera eso.

–La cantidad de mujeres que me encontró la señorita Young indica lo contrario –él se encogió de hombros–. En cuanto a mi madre, si no lo sabía al principio, estoy seguro de que lo supo enseguida.

–Yo no podría casarme con un hombre así.

–A mi esposa no le faltará nada. No tendrá que trabajar ni un día de su vida, tendrá una independencia económica como no puede ni imaginarse y vivirá por todo el mundo comprándose la ropa más exclusiva y comiendo los manjares más exquisitos. Encima, me tendrá a mí en la cama, mientras me desee, para satisfacer hasta la más mínima fantasía que se le haya pasado por la cabeza.

Zayn no tenía ni idea de por qué estaba provocándola de esa manera ni por qué quería que ella reconociera que lo deseaba. ¿Solo era por vanidad como había dicho ella o esas confidencias, esa conversación sobre el matrimonio y el amor, habían despertado algo dentro de él y le habían causado cierta sensación de inquietud en las entrañas? Solo sabía que quería trastornar esa suficiencia de Amalia, abrirse paso entre sus púas y ver de qué estaba hecha por debajo.

Podía imaginársela. Podía hacerle realidad sus ardientes fantasías. Podía imaginársela mirándolo con un anhelo indisimulado, con sus extremidades largas y sedosas extendidas por su cama, con ese genio vehemente y ese corazón de acero entregados a él.

–Dime que no estás un poco tentada.

Se quedó asombrado por lo ronca que le había salido la voz por la avidez y porque esa calidez indolente que había brotado dentro de él le alteraba el dominio de sí mismo del que tanto se preciaba.

Ella levantó la barbilla y lo miró de arriba abajo de una manera que le pareció increíblemente excitante, como si estuviese sopesando las ventajas de acostarse con él contra todo lo demás, como si estuviese imaginándose la misma escena increíblemente erótica… ¿De verdad era tan ingenua que no sabía el mensaje que estaba lanzando? Aun así, aunque sus ojos color topacio

resplandecían y le temblaba el sensual labio inferior, ella no lo reconocería.

¡Qué desquiciante podía llegar a ser esa mujer! Sin embargo, cada vez la deseaba con más intensidad.

Le quedaban meses de farsa, meses para discutir con esa mujer antes de que pudiera alejarla de su vida, antes de que pudiera volver a la senda que le habían trazado, antes incluso de que hubiese nacido. Su mirada descaradamente ávida indicaba que estaba más que tentada al menos por él, si no por su fortuna, aunque su voluptuosa boca dijera otra cosa.

–No, ni lo más mínimo. No me hago ilusiones románticas, pero sí quiero un matrimonio entre iguales. Quiero respeto y afecto, quiero a un hombre que considere que mis ambiciones son tan importantes como las suyas.

–Eso no daría resultado en la realidad. Aunque mis deberes hacia Khaleej no fuesen por delante de mis deseos personales, yo siempre sería el dominante en mi relación con una mujer.

Él captó el estremecimiento en sus esbeltos hombros y que su mirada se aclaraba al volver a la realidad.

–Afortunadamente, no todos los hombres son tan dominantemente masculinos que exigen una sumisión absoluta en todos los aspectos de la vida, incluido…

–¿Incluido?

Ella lo miró y desvió la mirada inmediatamente, aunque él había visto que estaba abochornada. Su risa retumbó por todo el avión y no pudo contener la satisfacción mientras ella se ponía roja como un tomate, fruncía los labios, lo miraba con ascuas color topacio en los ojos y todo su cuerpo irradiaba una indignación que no podía contener, lo cual, para él, era una imagen deliciosa. Nunca le había gustado tanto que su masculinidad dominante pudiera sacar de sus casillas a una mujer. Además, el dichoso artículo solo le había dado dolores de cabeza hasta ese momento.

–¿Cuántas veces has leído la parte sobre mi… apetito insaciable?

Zayn llegó a preguntarse si ella echaría humo por las orejas si le tomaba más el pelo.

–No es un halago, jeque –contestó ella en un tono inexpresivo–. Es… una descripción de los hechos.

–¿Qué harás si nunca encuentras ese hombre ideal?

Ella se encogió de hombros, pero Zayn supo, porque frunció ligeramente el ceño, que nunca había pensado en eso. Se preguntó si el veneno de su madre la habría apartado para siempre de los

hombres o si solo era una excusa para no comprometerse con uno. Eso significaba o que estaba intacta o que era una de esas mujeres modernas que tenían relaciones sexuales solo por el placer que le proporcionaban, como él. Era muy hipócrita por su parte pero, en lo referente a Amalia, prefería mucho más la primera posibilidad que la segunda. Él, quien siempre había preferido a mujeres sofisticadas y con experiencia sexual en su cama, mujeres que sabían lo que iban a conseguir de él. Sin embargo, lo que más le molestaba era que el interés por ella no decaía, y darse cuenta de que podía ser inocente debería haberlo disuadido. Las mujeres no podían esperar flores, besos delicados y carantoñas de él, su fuerte eran las joyas, la ropa exclusiva, la palabra acertada al oído y las relaciones sexuales devastadoras. Por primera vez, tuvo la sensación de no estar a la altura porque Amalia quería algo que no podía darle.

–En este momento, estoy demasiado ocupada con mi profesión, y si no conozco a un hombre así, supongo que me quedaré soltera.

¿Se daba cuenta de lo deprimente que sonaba y de que sus ojos lo desconsolaban aunque estuviese desafiándolo?

Volvió a inclinarse hacia delante y la atrapó en el asiento. Ella tuvo que separar las piernas para dejarle sitio y la calidez de su cuerpo fue como una caricia provocadora en el de él.

–Trabajas a todas horas y quieres casarte con ese ideal imposible de hombre. ¿Qué haces entretanto?

Ella se pasó la punta de la lengua por el voluptuoso labio inferior mientras lo miraba a los ojos.

–¿Entretanto? –preguntó ella con la voz un poco ronca–. ¿Qué quiere decir?

–¿Qué pasa con la pasión, Amalia? ¿Qué haces cuando te quedas sola por la noche o cuando tu cuerpo te pide una satisfacción que solo puede darte un hombre?

Él se inclinó un poco más, hasta que le acarició la oreja con el aliento. Ella volvió a estremecerse y se agarró con fuerza a los brazos del asiento. Se había puesto algo en el cuello y la calidez de la piel hizo que se evaporara con un olor increíblemente excitante. ¿Olería así por todo el cuerpo?

–¿Estás diciéndome que nunca has sentido el más mínimo apetito sexual o tomas los amantes solo para eso y los desechas cuando estás satisfecha?

–La pasión está sobrevalorada.

Ella lo susurró y su aliento le acarició la mejilla. Además, y en contraste absoluto con sus palabras, levantó una mano y le pasó

los dedos por la línea de la mandíbula.

–Toda mi vida… –siguió ella mientras las puntas de sus dedos, pintadas del rosa más claro, le recorrían el labio inferior– he visto el efecto tan tóxico que puede tener, no en una o dos personas, hasta en cuatro.

Zayn se sintió como un depredador enjaulado y obligado a esconder las garras mientras su presa favorita lo rodeaba olisqueándolo. Quería sentir sus manos en la piel ardiente, en sus muslos. Quería que esos dedos curiosos tomaran la parte de su cuerpo que estaba endureciéndose por su contacto.

–Sin embargo, ¿qué me dices de la pasión que disfrutan dos personas que solo esperan darse placer mutuamente?

La pregunta se le escapó de la boca antes de que se diera cuenta de que estaba haciéndola. Un anhelo puro se reflejó en la cara de ella mientras lo miraba a la boca.

–Nunca… Nunca he tenido la tentación de olvidarme de la cautela.

Hasta ese momento. Ella no lo dijo, pero la respiración entrecortada y los labios temblorosos lo dijeron por ella. El pecho le subía y bajaba deprisa y la boca se acercaba cada vez más a la de él. Él sabía que si respiraba una vez más, se deleitaría con el sabor de su voluptuosa boca. Le levantó la barbilla hasta que sus ojos se clavaron en los de él. Los tenía velados por el deseo.

–Si te beso, Amalia, no pararé. Acude a mí cuando estés preparada, cuando puedas reconocer que me deseas.

Zayn se levantó antes de que cayera en la tentación de lamerle el pulso que le palpitaba a toda velocidad en el cuello. La sangre le bullía por la emoción de la cacería y tenía los músculos tensos por la oleada de calor que lo dominaba por dentro. Jamás había seducido así, jamás había sido como una cacería que no sabía cómo iba a acabar.

No sabía qué quería hacer con Amalia, solo sabía que quería domar, solo un poco, esa vehemencia que tenía, poseer una parte de ella, quizá, como habían hecho sus antepasados beduinos con los caballos salvajes. Al fin y al cabo, criaba caballos y sabía muy bien lo arriesgado y complicado que era dominar el temperamento nervioso de una potranca sin que perdiera ese carácter que la distinguía. No se trataba de sumisión, sino de dejar claro su dominio sobre el caballo salvaje hasta que se convertían en uno. Se trataba de poseer algo salvaje durante unos minutos de la vida de uno, se trataba de vivir. Estaba seguro de que Amalia le daría un garrotazo si se enteraba de que la había comparado con un

animal. Amalia, con ideas inflexibles e ideales imposibles, necesitaba que le enseñaran a vivir un poco.

Todavía le quedaban unos meses con ella, le susurró una vocecilla diabólica. Sin embargo, la sofocó por el momento y se dio la vuelta cuando llegó a la entrada de la cabina posterior. Ella seguía sentada donde la había dejado, y el pecho todavía le subía y bajaba.

–Amalia…

–Mmm…

Ella lo miró como si se hubiese sobresaltado y se sonrojó. Él esbozó una sonrisa burlona y supo que eso la irritaría más todavía. Le gustaba así, vulnerable y tan aturdida que no podía mantener sus erizadas defensas. Le gustaba mucho, y se imaginó fugazmente cuánto la saciaría entre sus brazos, bajo su anhelante cuerpo, en su cama y con su pelo dorado extendido sobre la almohada.

–No te olvides de terminar la correspondencia, ¿de acuerdo? Pareces un poco distraída.

No esperó a ver su expresión, pero pudo notar su mirada de rabia clavada en la espalda, pudo imaginarse que sus hombros recuperaban la firmeza de acero. Silbó una melodía que ni siquiera recordaba que sabía y se sintió como hacía mucho tiempo que no se sentía de liviano.

Capítulo 7

Amalia se pasó casi toda la semana conociendo a más gente de la que había querido conocer en toda su vida. El hotel en el que estaban alojados Zayn y ella, en la misma suite, tenía vistas del Sena y de la torre Eiffel.

Llevaban una semana allí y habían ido al estreno de una película y a la recepción posterior con estrellas de primera fila; habían tomado un vuelo meteórico a Dublín para que él pudiera visitar un criadero de caballos a las afueras de la ciudad y que comprara una potranca que se llamaba Noche del Desierto porque, al parecer, su prometido, además de ser un brillante arquitecto, era un experto criador de caballos y tenía una yeguada de fama mundial en Sintar; habían asistido a una cumbre comercial con algunos líderes europeos y el remate de la semana iba a ser una recaudación de fondos benéfica en el Four Seasons de París.

Naturalmente, la prensa seguía todos sus pasos y las noticias empezaron dejando constancia de que Amalia había sido la primera pareja que le había durado más de dos días seguidos al jeque. En la recepción de la película dijeron que era la nueva acompañante del jeque. Cundo volvieron del criadero de caballos, la había llamado su nueva amante. Durante la cumbre comercial se elucubró con que podía ser su secretaria y amante. «Naturalmente, qué príncipe tan trabajador no querría ahorrarse dinero con una mujer que pudiera servirle de secretaria y amante…». Ella hizo ese comentario sarcástico al sentirse completamente abrumada por el interés de la prensa en él… y en ella.

–Entonces, ¿debería pagarte el doble? –había preguntado él con una mueca maliciosa en esa boca que había hecho que a ella le temblaran las rodillas.

Cuando sonreía así, con ese brillo burlón en los ojos, su rostro cambiaba por completo y a ella le flaqueaba la resistencia que podía oponerle. Sin embargo, había conseguido encontrar las suficientes neuronas en activo y le había tirado una almohada en la habitación.

–¡No me paga ni por uno de los papeles, jeque! –había

replicado ella.

Él la había mirado con indolencia de arriba abajo; Amalia llevaba su sencilla bata, que no le cubría las rodillas temblorosas, tenía el pelo despeinado por haberse levantado de la cama, y el corazón le había dado un vuelco.

–Me informarás si prefieres trabajar como empleada o en mi cama, ¿verdad?

Amalia, con el corazón desbocado, le había tirado la siguiente cosa que había encontrado a mano, el cepillo de pelo. Él, entre risas, lo había esquivado con un elegante movimiento.

–Amalia, eres como Noche del Desierto. Susceptible y con mal genio.

Ella se había quedado en silencio y se había hecho la pregunta más absurda que se había formulado jamás. ¿Había estado bromeando? ¿La deseaba de verdad? ¿Por qué no era lo bastante mundana como para preguntarlo?

Sin embargo, la mera idea de mostrar interés por él hizo que tuviera sudores fríos. ¿Qué pasaría si la rechazaba y se reía de ella? ¿Qué pasaría si le decepcionaba a él, que era tan sofisticado en la cama? Lo peor de todo, ¿qué pasaría si se acostaba con ella, acababa con ella a la mañana siguiente y esperaba que siguieran con la farsa como si no hubiese pasado nada?

Afortunadamente, tuvo muy poco tiempo para darle vueltas a esos pensamientos tan desesperantes, pero la impresión por haberlos tenido siquiera le duró todo el día.

Seguían tan de cerca cada movimiento de él, y de ella, claro, que no pudo respirar por el torbellino durante los tres primeros días. Zayn, sin hacer caso de sus quejas, había contratado a una experta en relaciones públicas y medios de comunicación para que la asesorara todos los días en cómo reaccionar y cómo sobrellevar que se hubiese convertido de repente en la favorita de la prensa porque, al parecer, después de haber aparecido tres veces del brazo de Zayn, su estilo era único y estelar. Incluso, le había enseñado a presentar el mejor perfil ante la prensa.

Gracias a sus estudios, a los años de experiencia en un empleo especialmente ajetreado y a haber lidiado con el deterioro de la salud de su madre, ni siquiera había parpadeado ante las interminables lecciones de etiqueta y protocolo y ante el curso acelerado de política de Khaleej.

–Para ser una mujer que irrumpió en mi despacho hace solo dos semanas, se te da muy bien todo esto –había comentado Zayn con admiración cuando ella había cortado con delicadeza a un

periodista que le había preguntado por las distintas mujeres con las que se había acostado su prometido.

La pregunta le había despertado una inquietud en las entrañas, pero había aprendido a disimularla. Cuando lo repasaba en la relativa tranquilidad de su dormitorio, sentía esa inquietud, muy conocida ya, por todo el cuerpo. La mera idea de la variada vida sexual de Zayn, las imágenes que producía su calenturienta imaginación, empezaban dejarle un regusto amargo y una sensación sombría por dentro.

Zayn ni siquiera parpadeaba por el seguimiento de la prensa y tampoco le habría importado aquel repulsivo artículo si no hubiese afectado a la boda de Mirah. Además, de no haber sido por la presión de aquel artículo, ella no habría vislumbrado su mundo, las diferentes caras del hombre que había debajo del jeque. Se daba cuenta de que había algo que la cautivaba cada vez más.

Además, cuando no estaba asistiendo a una cena o a un almuerzo, ese hombre trabajaba como un demonio. Naturalmente, ella lo había sabido y había seguido su ritmo frenético sin rechistar. Nunca le había faltado confianza en su capacidad para hacer su trabajo, pero el respeto que ese hombre tan brillante iba teniéndole hacía que se sintiera como si pudiese conquistar el mundo.

Todas y cada una de las noches le había preguntado si estaba dispuesta a trabajar con él unas horas, y siempre había dicho que sí a trabajar con él. Incluso, había empezado a pedirle su opinión imparcial y descarnadamente sincera. Esos momentos que habían compartido, habían acabado siendo sus favoritos, porque aunque él seguía siendo el jeque y ella su secretaria extraoficial, enseguida empezaron a encontrar una buena comunicación y sintonía entre ellos.

Cuando él dio todos los datos sobre el centro de negocios y comercio de Sintar, ella se había quedado deslumbrada por las dimensiones. Cuando le había preguntado quién iba a proyectarlo, su expresión se había contenido antes de contestar que lo haría un estudio de Londres.

Sin embargo, los momentos más difíciles eran cuando no estaban trabajando ni en público, aunque eran pocos y espaciados.

No se había hecho ninguna declaración pública, le habían dicho que dirigirse a la prensa era demasiado vulgar para el equipo personal del jeque, pero después de una semana en París, la ciudad más romántica del mundo, el destello del diamante que

llevaba en el dedo y que apareciera con el jeque en todos los actos surtió efecto. Amalia Christensen ya era la prometida del jeque Zayn Al-Ghamdi. Ella no pudo concentrarse la noche que la noticia había llegado a la prensa.

Zayn había levantado la mirada del ordenador portátil cuando ella le había pedido que repitiera algo por segunda vez. Ella se regañó a sí misma por ser tan débil después de tantos años.

–Esta noche estás inquieta.

Ella se encogió de hombros e intentó restarle importancia.

–Yo…

Los penetrantes ojos marrones de Zayn no habían dejado de mirarla mientras ella intentaba levantar sus defensas.

–¿Esperabas que te llamara tu padre?

–¡No! –exclamó ella delatándose.

–Estás decidida a odiarlo el resto de tu vida, pero podría haber un centenar de motivos para que no se haya puesto en contacto contigo ahora. Además, tú también puedes llamarlo cuando quieras.

Su comprensión era insoportable ante la esperanza necia e infantil de que su padre la llamara para interesarse por ella al menos en ese momento, cuando era la prometida del jeque. Tomó aire para tragarse el nudo que tenía en la garganta. Lo miró y su entereza estuvo a punto de desmoronarse por el cariño que vio en los ojos de Zayn.

–La semana pasada ha sido un torbellino disparatado, Zayn. ¿Podrías sacar el trabajo sin mí esta noche? –se obligó a preguntarle.

Estaba segura de que si la hubiese obligado a hacer frente a sus sentimientos, se habría arrojado en sus brazos y habría sollozado, y no quería ablandarse, y menos delante de un hombre tan impasible como él.

–Claro –contestó él con frialdad.

Ella llegó hasta la puerta y él volvió a hablar.

–Me has llamado Zayn –ella oyó sus pasos en la moqueta antes de sentir la calidez de su cuerpo como una caricia en la espalda–. Sin embargo, Amalia, tengo que reconocer que mi título nunca ha sonado tan bien como cuando sale de tu impertinente boca.

Ella no se dio la vuelta porque un ataque repentino de vergüenza la dejó clavada en el suelo. Parecía que se había derribado la última y sólida barrera. Él no lo sabía, pero ella sí sabía lo que significaba. Había visto el hombre que había detrás del jeque y lo había visto por mucho que él intentara eliminar

quien era de verdad para ser quien tenía que ser. Peor todavía, estaba empezando a gustarle una barbaridad.

Esa fue casi la única conversación personal que habían tenido en toda la semana.

Sin embargo, a medida que la primera semana dejaba paso a la segunda y se sentía plenamente integrada en todos los aspectos de la vida de él, empezó a sentir una tensión distinta, como si fuese un hilo de seda demasiado estirado.

Lo que no le habían enseñado los asesores, los estrategas y las especialistas en relaciones públicas era a sobrellevar los leves toques y las miradas íntimas del propio jeque, a no derretirse y a dejar un charco por las atenciones que le dispensaba.

Cuando su muslo granítico rozaba el de ella, cuando su brazo le rodeaba la cintura y se convertía en el centro de atención de todas las células de su cuerpo, cuando, sin darse cuenta, le pasaba los increíblemente abrasivos dedos por el brazo porque ella había contestado a alguna pregunta sobre Sintar… todo era un asalto continuo a sus sentidos.

Los límites que había estado segura de que acudirían en su ayuda estaban borrándose bajo su mirada oscura y penetrante. Sin embargo, él parecía impertérrito por el maremoto de sensaciones que parecían arrasarla. Después de horas sincronizando sus actos a la perfección, representando sus papeles de enamorados un poco demasiado bien, volvían a su suite y se quitaban la careta, la camaradería natural que desplegaban durante el día desaparecía al instante, la tensión vibraba en el ambiente y se había preguntado más de una vez si era la única que la sentía. Él no le hacía ni el más mínimo caso y por eso, por el contraste, empezaba a sentirse corroída por los pensamientos de él, y de ellos.

Se recordaba que no encajaba en ningún aspecto de su vida, pero eso no impedía que se imaginara que eran una pareja.

Sus comentarios sobre su aspecto siempre eran corteses, impersonales, y eso hacía, perversamente, que prestara más atención todavía a su ropa, a su maquillaje y a su peinado, y que volviera a decepcionarse una y otra vez por su cambio de actitud hacia ella durante la última semana, mientras los detalles que iba reuniendo sobre él hacían que la atracción que sentía fuese cada vez más devastadora.

Que era un jefe implacable, pero también justo.

Que bajo el manto de poder que llevaba por Khaleej, todavía era un soñador en el fondo.

–¿Por qué crees que tengo tanta prisa por tener hijos? –le había

preguntado él cuando ella había comentado que estaba obsesionado con tener un heredero–. En cuanto estén preparados, dejaré el poder de Khaleej en sus competentes manos y empezaré mi profesión y a vivir mi sueño.

Amalia no había tenido el valor de decirle que no se lo imaginaba cediendo esas obligaciones y que, seguramente, serviría a Khaleej de una forma o de otra hasta el último aliento. Entonces, mientras un joven arquitecto describía el proyecto de un edificio, ella había captado cierta melancolía en su mirada y se había dado cuenta de que él también sabía que el jeque poderoso y siervo de sus obligaciones iba primero y que Zayn, el hombre, iba muy detrás, que si había sentido alguna atracción hacia ella el día que se conocieron, ya la había sofocado por completo porque Amalia Christensen no encajaba en la vida del jeque Zayn Al-Ghamdi.

Había sido doloroso presenciar ese momento. Estaba segura de que Zayn ni siquiera se daba cuenta de lo bien que lo entendía ya, un momento que, para ella, definía su relación con él, el momento que había hecho que cayera en la cuenta de que había empezado a creer en la farsa, que había pasado de la atracción a la admiración y a sentir algo mucho más aterrador y poderoso por el jeque Zayn Al-Ghamdi, el hombre que la consideraba inadecuada para todo menos para posar como su prometida falsa durante el día y como su secretaria eficiente por la noche.

La última noche del itinerario de dos semanas iban a asistir a una gala benéfica para recaudar fondos. La organización benéfica, que se llamaba Esperanza, financiaba a jóvenes profesionales que procedían de ambientes desfavorecidos. A Amalia le había parecido interesante que cuatro de sus patrones más importantes y generosos fuesen los cuatro depravados que habían salido en el artículo de *Celebrity Spy!*, Zayn entre ellos. Cuando lo había provocado y le había preguntado qué sabía él de ser desfavorecido, Zayn le había dirigido una mirada demoledora.

Efectivamente, su comentario había sido irrespetuoso, pero su curiosidad había sido sincera. ¿Cómo era posible que un hombre que lo tenía todo, poder, belleza e inteligencia, entendiera a otros? ¿Cómo podía esperar una simple mujer estar a la altura de un hombre como ese?

Eso era lo que había estado haciendo ella y, sin embargo, él le había demostrado que estaba equivocada. Había estado hablando con la patrona y había estado haciéndole todo tipo de preguntas sobre el candidato que habían elegido ese año para que recibiera la beca y ella se había dado cuenta de que no era un acto

impersonal donde él enseñaba su cara y desaparecía.

Entonces, cuando les presentaron a un arquitecto recién licenciado antes de que empezara la velada, ella se había dado cuenta de lo importante que era el acto y la organización benéfica para Zayn, que esa organización benéfica era una obra de Zayn, no del jeque.

Cuando le preguntó al becario qué era lo que más le emocionaba, él contestó que el proyecto que le habían encargado en Sintar. Ella había visto la sonrisa agridulce de Zayn y, por primera vez, había sentido vergüenza por sus prejuicios. Zayn podría haberse amargado por lo que le habían denegado, pero había encontrado una manera distinta de encontrar la satisfacción.

¿Por qué no había hecho lo mismo la madre de ella? Durante todos los años que pasaron desde que abandonaron Khaleej, había oído a su madre contarle todas las cosas que le había prohibido hacer su padre, pero solo había malgastado su vida con esa amargura. Podría haber intentado hacer todo lo que su padre no le había dejado hacer, podría haberla amado y cuidado a ella, podría haberle pedido a Aslam que las visitara… Sin embargo, se había regodeado con ese dolor y había perdido el interés por la vida. ¿Cuánta amargura de toda esa le había pasado a ella?

Había presupuesto muchas cosas sobre Zayn y él le había demostrado siempre que estaba equivocada. ¿Cuántas cosas se había negado a sí misma porque había presenciado el dolor y el fracaso de su madre.

Esa noche se vistió con un vestido ceñido de color azul hielo que le llegaba a media rodilla. El corte perfecto resaltaba la curva de su cintura, de sus caderas y de sus piernas. Era moderno y elegante, no se cansaba nunca de ese estilo. Unos zapatos bajos color púrpura le daban color a la vestimenta y había tardado dos horas en secarse y recogerse el pelo en un moño en la nuca.

Al contrario que durante las dos últimas semanas, le había gustado arreglarse para esa noche. La emoción hacía que sus movimientos fuesen un poco bruscos mientras se maquillaba como le habían enseñado a maquillarse el artista del maquillaje para conseguir ese glamour que solo había visto en las portadas de las revistas.

Cuando se reunió con Zayn en la entrada del salón donde iba a celebrarse la recaudación de fondos, tenía todo el aire acumulado en la garganta. Con el esmoquin negro que le envolvía las anchas espaldas parecía sacado de una revista de moda masculina. Irradiaba poder y atractivo. Él se separó de la pared y ella notó un

escalofrío de excitación por toda la espalda.

Oyó el ligero murmullo de los invitados que ya estaban allí, los músculos se pusieron en tensión y notó una opresión el pecho por lo que podía llegar a pasar.

–Cada día la haces mejor –comento él mientras la miraba casi con indolencia.

Amalia se tragó la decepción, lo miró fijamente y se maravilló de que pudiera hablar.

–¿El qué?

–Esa imagen de princesa gélida de mírame y no me toques, hacerme creer que eres tú de verdad.

Su tono tuvo algo que ella no identificó del todo. Entonces, él llamó a su ayudante más novato y este apareció con un estuche en la mano. Zayn, con esa arrogancia que parecía llevar en la sangre, esperó mientras el otro hombre abría el estuche de terciopelo y se lo tendía, todo mientras sus ojos marrones la observaban con detenimiento.

Una oleada abrasadora se adueñó de ella sin que pudiera evitarlo. Notaba la piel tensa y los pezones erectos mientras le palpitaba el bajo vientre. Se quedó boquiabierta cuando se dio cuenta de que él estaba haciéndolo a propósito. Aun así, no podía evitar la reacción. No permitiría, por nada del mundo, que utilizara como un arma la atracción que sentía hacia él. Levantó la babilla y lo miró con el ceño fruncido.

–Si no te importa decirme lo que he hecho para…

Zayn chasqueó los dedos y su ayudante desapareció. Acto seguido, la rodeó con sus poderosos brazos y se encontró sumergida en la calidez de su cuerpo. Se le erizó cada centímetro de piel mientras sus pechos se rozaban contra el pétreo pecho de él y sus muslos se frotaban con los de él. La tensión era tanta que se estremeció cuando los dedos de él le tocaron la nuca.

Bajó la cabeza al notar algo frío en el cuello. Unos diamantes, tantos que no podía ni contarlos, colgaban de un delicado hilo de platino y descansaban sobre su acalorada piel. Acarició esas piedras deslumbrantes sin poder contener el placer que sentía por dentro. El regalo no importaba tanto como que se lo hubiera puesto él. Parecía un gesto romántico, aunque ella era la persona que menos sabía de esos gestos.

–Gracias. Yo… Me cercioraré de…

Sus dedos subieron por la nuca y se introdujeron entre el pelo mientras mantenía la otra mano en la cadera. La intimidad de su caricia le desbocó el pulso.

–Es tuyo –le susurró él al oído–. Lo vi y pensé en ti.

Dejó escapar un suspiro y él la miró a los ojos.

–Estás temblando. Hasta esta noche, habría apostado mi reino a que era yo.

El tono gélido de Zayn se abrió paso entre el aturdimiento de sus sentidos y, de repente, el regalo y la forma posesiva de ponérselo tomaron un significado distinto.

–¿De qué estás hablando?

–Tu… Massi está aquí.

–¿Aquí?

–Sí, misteriosamente –él le pasó la punta de un dedo por el borde de la mandíbula–. Esta noche y en la exclusiva recaudación de fondos con una lista de invitados que se cerró hace meses.

¿Massi estaba en París? Amalia esbozó una sonrisa de placer porque había alguien que conocía bien, una sonrisa que disimuló su asombro absoluto. Que ella supiera, Massi no tenía ninguna relación con la Fundación Esperanza.

Estaba allí por ella… y eso era exactamente lo que estaba pensando el hombre que tenía delante. Aunque él había ido algo más lejos y también había sacado otra conclusión. No dijo nada, pero ella podía ver el recelo en los dientes apretados, en la firmeza de sus labios y en el brillo distante de sus ojos.

El collar y su forma de ponérselo había sido una representación. El abrazo tan íntimo había sido su forma de reclamarla ante un hombre que no conocía siquiera. Amalia sintió una punzada dolorosa en el pecho. Ella tenía la culpa, por haber contestado con vaguedades cada vez que le había preguntado por Massi. En ese momento, quería que él le exigiera respuestas, que reclamara su lugar en la vida de ella… pero podía esperar sentada.

Zayn la consideraba la mujer que lo había chantajeado, la mujer que no era apta para ocupar ningún lugar en su vida. Esas dos semanas, y sus conversaciones, no significaban nada para el jeque. Para él, solo era un medio para conseguir la felicidad de su hermana. Sintió náuseas por el frío de los diamantes en la piel.

–Zayn, si tienes algo que decir, dilo.

Amalia quiso gritar por la firmeza impasible de él.

–¿No? Entonces, déjame que me marche para que pueda acabar con esta farsa y podamos volver a nuestras vidas.

Unos camareros uniformados repartían una cantidad ilimitada de copas de champán. Amalia había dado algunos sorbos sin llegar a terminarse una copa aunque, por primera vez en su vida, había estado tentada de emborracharse y dar un espectáculo. Eso le

habría demostrado al arrogante jeque lo inadecuada que podía llegar a ser.

Sin embargo, muchos destinos estaban en juego, y decidió que su gesto de rebeldía no merecería la pena.

Miró alrededor, vio su cabeza morena y volvió a sentir el escalofrío que había sentido cuando él la había visto llegar. Como si tuviese telepatía, él también la miró y levantó su copa de champán. Ella esbozó una sonrisa forzada con una sensación de vacío en las entrañas. Se dio cuenta de que su pequeño enfrentamiento no había terminado, de que ni siquiera había empezado. Él lo había pospuesto porque, naturalmente, el jeque no podía mostrar la más mínima debilidad en público. Dominaba hasta su rabia por la teórica traición de ella, mientras que ella no había podido disimular nada. ¿Qué pasaría cuando volvieran a la suite que compartían?

Capítulo 8

Le agradecería mucho que soltara a mi prometida.

Zayn no supo cómo había conseguido que su advertencia pareciera amenazante, cuando tenía el corazón en la garganta. Había pasado dos horas atroces mientras buscaba a Amalia por las calles de París con su equipo de seguridad, y mientras ella…

Jamás había tenido tanto miedo. La idea de que le hubiese pasado algo a Amalia le había atenazado las entrañas con todas sus fuerzas.

Había jurado que despediría a todo su equipo de seguridad cuando la hubiesen encontrado y se había llamado de todo a sí mismo por no haberles advertido de que, al ser su prometida, también podía ser un objetivo para distintas facciones.

Ella, sin embargo, estaba allí, en brazos de su amante.

–Deje de acariciarla también antes de que algún fotógrafo saque una foto y mañana aparezca en todas las revistas de chismorreos.

–Zayn, yo quería…

Su mirada color topacio lo miró desafiante, pero se ablandó lentamente, aunque eso no lo tranquilizó. Intento soltarse poco a poco de los brazos de ese hombre.

–Massi quería ponerse al día y pensé que estaríamos más tranquilos lejos de…

–Me lo explicarás más tarde, *habibiti,* en la intimidad de nuestra suite –le interrumpió él en un tono áspero por el miedo que no había sofocado todavía–. No quiero ofrecerle a tu jefe, o a algún periodista escondido, una pelea de enamorados. Eres la prometida de un jeque, Amalia, y escabullirte con un hombre es precisamente el tipo de cosas que busca la prensa.

–Aunque sea para charlar con un viejo… –empezó a replicar Amalia con la barbilla levantada.

–Amigo, exnovio o tu jefe, da igual –le interrumpió Zayn–. Creía que ya lo habías entendido después de las dos últimas semanas. Vámonos a la suite.

El otro hombre se dio la vuelta y miró a Zayn con una inclinación chulesca de la cabeza, lo que indignó más al jeque.

–Todavía no estoy seguro de que Amalia no esté contigo por algún tipo de coacción –intervino el italiano con un acento levísimo.

Ella intentó apartarse, pero su jefe no le soltó la cintura.

–Ya te he contado toda la historia. Sé que lo haces con buena intención, pero Zayn tiene razón.

Massi esbozó una sonrisa cariñosa que dejó patente la sintonía que había entre los dos.

–No tienes a nadie más que te cuide y…

Los celos hicieron que le hirviera la sangre y Zayn tuvo que recurrir a todo el dominio de sí mismo que le quedaba para no arrancar a Amalia de los brazos de su jefe. Así debieron de sentirse sus primitivos antepasados cuando alguien les discutía la posesión de sus mujeres. Siempre había creído que un hombre podía emplear el cerebro con más eficacia que los puños, pero, en ese momento, podía entender a los primitivos.

–Amalia sabe perfectamente lo que significa para mí, Massimiliano, y siempre me ocupo bien de todo lo que me pertenece.

El otro hombre frunció el ceño en vez de recular.

La risa de Amalia, forzada y destemplada, resonó en el tenso silencio. Evidentemente, no sabía que los hombres arrogantes, poderosos y acostumbrados a salirse con la suya se comunicaban entre sí en una frecuencia distinta.

Massimiliano estaba haciendo todo lo posible para demostrar que la conocía mejor que Zayn, pero daba igual, era de él, al menos, por el momento.

–¿No te dije que vernos en secreto no era la mejor idea, Massi?

Sus ojos color topacio lo miraron fugazmente y acabó acercándose a Zayn, quien sintió una euforia incontenible, una satisfacción primitiva, como si hubiese ganado una guerra. Se quedó a su lado aunque tenía todo el cuerpo rígido como un poste y esbozaba una sonrisa temblorosa, como si le costara mantenerla en su sitio. Zayn creyó que podría hacerse añicos si la abrazaba con demasiada fuerza.

–Zayn es un poco posesivo.

–Sé cómo es el jeque, Amalia, y a ti te conozco desde hace cinco años. Por eso me cuesta creer que te hayas enamorado de un hombre como él –replicó Massi desde detrás de ella.

Los ojos de Amalia dejaron escapar un destello de vulnerabilidad cuando lo miró antes de darse la vuelta hacia el italiano.

–Mi prometido tiene cosas que nadie conoce y, al parecer, soy tan susceptible como cualquier mujer al atractivo de un poderoso jeque –explicó ella en un tono curiosamente inexpresivo.

Zayn, sin embargo, estaba demasiado enfadado como para que le importara. Solo le importaba saber si había traicionado el pacto que tenían… Ella tenía motivos para acudir a la prensa, podía, mediante su paladín, crear un revuelo por Aslam y su liberación, no le debía lealtad a él… ¿Por qué iba a tenérsela cuando no sabía inspirar confianza en las mujeres? Sabía atraerlas, seducirlas, chantajearlas…

Lo que le importaba en ese momento tampoco era la felicidad de Mirah, eran, para su propia sorpresa, los sentimientos que lo atosigaban por todos lados.

La rabia que lo abrasaba por dentro seguía cubierta por una capa de miedo. No sabía que había bajado la mano hasta la cintura de ella ni que estaba reteniéndola a su lado con el cuerpo rígido y los labios apretados.

Ella se soltó lentamente de su brazo, se acercó a su jefe y le dio un beso precipitado en la mejilla.

–Massi, estoy con Zayn porque quiero.

Amalia lo dijo con convicción, pero, aun así, el desasosiego seguía atenazándole las entrañas a Zayn. Con un fastidio creciente, se daba cuenta de que quería que Amalia eligiera estar con él, que quisiera pasar el tiempo con él, que se dejara llevar por la atracción entre ellos que se había desbordado durante las dos semanas anteriores, que lo eligiera, aunque sabía muy bien que solo podía ofrecerle una aventura pasajera.

Nunca había pensado algo tan ridículo y enervante.

Se sobresaltó al darse cuenta de hasta qué punto se había acostumbrado a ver su cara todas las mañanas mientras desayunaban y su ayudante les explicaba el programa del día, durante el día, cuando ella representaba a la perfección el papel de su prometida, y por la noche, cuando trabajaba con él hasta altas horas sin desfallecer ni un instante. Había empezado a considerarla suya. Siempre había sido posesivo con las mujeres con las que se acostaba y les había exigido fidelidad mientras estaban con él. Con Amalia, ese sentimiento era más profundo todavía.

Se había acostumbrado a su humor irreverente y a su paradójica visión del mundo, escéptica e ingenua a la vez. Se había acostumbrado incluso a la sonrisa que esbozaba cuando él le preguntaba su opinión sobre algo y a cómo se mordía el labio

inferior cuando estaba nerviosa o emocionada.

Era una relación que jamás había tenido con una mujer y jamás había pasado tanto tiempo con una… y estaba entendiendo muy bien cómo funcionaba su cabeza. Esa era su fascinación. Jamás había esperado para acostarse con una mujer a la que deseaba… esa era su frustración, el desasosiego que le bullía en la sangre.

No podía perder la cabeza y la frialdad por una simple mujer, pero esa declaración le sonaba vacía y rebosante de esa seguridad en sí mismo tan arrogante y que tanto crispaba a Amalia.

–Te agradezco que te preocupes por mí, Massi. Siempre has sido un buen amigo –añadió ella con una sonrisa delicada.

Miró al italiano con cariño en los ojos y en la sonrisa, pero la expresión se convirtió en cautelosa cuando se dio la vuelta hacia Zayn.

–Entonces, ¿debo considerar que es tu dimisión? –preguntó Massimiliano mirándolo a los ojos por encima de la cabeza de Amalia.

Sus esbeltos hombros se hundieron y a Zayn le dio un vuelco el corazón. ¿Qué era lo que le importaba a Amalia? ¿Era ese hombre o era el empleo? Ella apretó la mano de su jefe.

–Hablaremos pronto, y lo haremos largo y tendido, pero Zayn tiene razón. La prensa nos persigue implacablemente. Tengo que marcharme.

El italiano no dejó de mirarla cuando le dio un beso en las dos mejillas.

–Recuerda que puedes contar conmigo, Amalia. Contra quien sea o lo que sea.

Amalia asintió con la cabeza y tomó el brazo que le había ofrecido Zayn, pero, por una vez, le ocultó la expresión.

–Tienes sangre en la rodilla.

Las palabras de Zayn resonaron en el silencioso pasillo y ella contuvo la respiración mientras él abría la puerta con la tarjeta magnética.

Notó el escozor en la rodilla al recordárselo él, entró en la suite y se estremeció. La habitación era un batiburrillo con papeles, ordenadores portátiles y *walkie-talkies* por todos lados. Le pareció que incluso habían montado un centro de comunicaciones en la habitación y se sonrojó por la vergüenza. Era como si una tormenta hubiese arrasado la lujosa suite en solo un par de horas.

–¿Cómo te has herido la rodilla? El resto de tu cuerpo… –la

miró de arriba abajo con un detenimiento que hizo que se derritiera por dentro– parece que está bien.

–Me resbalé por la escalera que subía a la azotea. Me golpeé la rodilla con un costado de la escalera –el tono no disimulada un remordimiento que ella no quería reconocer–. No estoy acostumbrada a los tacones.

–¿Tanta prisa tenías para escapar con tu amante? ¿Yo no te ofrecía bastantes… alicientes para que te quedaras?

Él se lo preguntó en un tono ligeramente provocador antes de que saliera de la habitación. ¿Cómo podía parecer tan sereno, tan frío incluso, cuando era evidente que estaba furioso? Ella misma se sentía como si estuviesen andando por la cuerda floja y sin saber hacia dónde. Jamás había sentido esa confusión, como si estuviese en una encrucijada y no supiese qué camino seguía su vida.

Cuando Massi le pidió que se encontraran en la azotea, ella dio esquinazo al equipo de seguridad de Zayn, aunque la sensación de remordimiento se adueñó de ella todo el rato, como si estuviese engañando de verdad al hombre con el que, en teoría, iba a casarse, como si hablar con un hombre que había sido su amigo y confidente durante años fuese una traición a Zayn. El remordimiento le había sorprendido y había hecho que se diera cuenta de que estaba demasiado implicada en la farsa, demasiado… implicada con Zayn…

Por eso, en vez de hacer lo que era sensato y comunicárselo al equipo de él, había dejado que la sorpresa la llevara con Massi, aunque sabía que Zayn se daría cuenta enseguida de que había desaparecido y que empezaría a buscarla.

De repente, cuando se encontró con la mirada de Zayn en el salón, se había sentido como si estuviese perdiéndose a sí misma, como si una corriente estuviese arrastrándola y cambiándola demasiado deprisa. Solo había querido escaparse un rato de la complicada farsa que estaba representando y tener un ligero contacto con su vida de verdad, al margen de ser la prometida de Zayn. Había sentido la necesidad acuciante de luchar contra sus propios sentimientos.

Una charla breve se había convertido en dos horas de discusión obstinada con Massi, de discusión consigo misma por la lealtad que sentía hacia Zayn. Había sido irresponsable, alocado, temerario incluso, porque sabía cómo iba a reaccionar Zayn. La mezcla de ira y miedo que había visto en los ojos de Zayn le había recordado otra cosa de hacía años. Su madre había hecho algo parecido y había enloquecido a su padre por la preocupación. No

sabía cómo había podido olvidarse de aquella noche.

La rabia que había podido sentir por las hirientes palabras de él se había disipado al instante por la vergüenza que le había dado su comportamiento. Por muy en desacuerdo que estuviese con él, no tenía motivos para haber actuado como una niña alocada y temeraria.

En ese momento, estaba segura de que los dos hombres tenían que haber dudado de su cordura.

Se había distanciado de Massi, quien siempre había sido amable y justo con ella, había quemado los puentes con el hombre que la había ayudado en el momento más complicado de su vida… y todo por un hombre que no iba a servirle para nada en la vida…

No la gustaba haber perdido toda la credibilidad que se había ganado durante el último mes. ¿Por qué le importaba tanto la opinión de él? Ni siquiera podía contestarse eso en el caos de sus pensamientos.

–Amalia, estás pálida. ¿También te golpeaste la cabeza?

No sabía bien quién era. Se sentía débil, como si estuviese boca abajo o del revés, pero no podía decírselo.

–No.

La miraba con intensidad y la calidez de su cuerpo era una caricia hipnótica. Todavía no podía mirarlo a los ojos. Por algún motivo, era como si su seguridad en sí misma la hubiese abandonado y se hubiese quedado temblando.

–La pregunta no ha merecido tu respuesta airada de rigor. O yo estoy perdiendo facultades o te pasa algo grave.

El tono sarcástico no ocultó la rabia de fondo.

–Mi cabeza está bien. Es que… Es que no me ha gustado cómo te has puesto con Massi. Él no tiene la culpa de que no le dijera al equipo adónde pensaba ir.

–No, reconozco tu rebeldía, pero el enfrentamiento era inevitable desde que decidió presentarse aquí y hacerse el caballero andante contigo.

–¿Qué significa eso?

–Los hombres tienen sus maneras de comunicarse. Sobre todo, cuando se trata de una mujer que los dos… pretenden.

–Eso es ridícu… –el corazón se le aceleró tanto que se mareó–. Massi me pretende tan poco como tú.

Él apretó los dientes con una expresión de furia y desesperación. Ella jamás se había sentido tan insegura. No podía entender qué sentía.

–Entonces, tu ingenuidad con los hombres es sincera.

¿Podía saberse qué quería decir con eso? ¿Por qué no le decía claramente lo que quería de ella?

Estiró la pierna y la rodilla volvió a dolerle. Suspiró, se la miró y vio sangre. Algo le atenazó la garganta y se sintió como una hoja a expensas del viento, o aplastada por el pie de un hombre arrogante e insensible.

Se llevó la mano al abdomen, se apoyó en la pared e intentó entender el embrollo de sentimientos que se le acumulaban.

Había sido muy fácil y natural convencer a Massi de que se había enamorado de Zayn Al-Ghamdi. El convencimiento iba adueñándose de ella a medida que decía las palabras. No había actuado por su amigo ni había mentido porque no quería traicionar a Zayn. No había pensado ni en Aslam ni en Mirah ni en nada más.

Solo había visto el brillo de los ojos de Zayn cuando la había provocado, la encantadora sonrisa que le suavizaba la boca cuando discutían. Solo había sentido ese contacto de su mano en la espalda que hacía que se derritiera… Se había enamorado del jeque Zayn Al-Ghamdi. Si el amor de su madre por su padre había sido un error, el de ella era un disparate descomunal. Habían pasado dos meses bajo el mismo techo trabajando, hablando y discutiendo, pero, en ese momento, la intimidad de la suite que compartían la dejaba en carne viva.

–Hay un botiquín en mi cuarto de baño –Amalia quería escapar de su mirada y analizar sus sentimientos en la soledad de su dormitorio–. Me la curaré. Buenas noches, Zayn.

–Siéntate ahí –le ordenó él como si tuviese tres años.

–No soy una niña –replicó ella enfadada otra vez.

–Entonces, deja de portarte como si lo fueras. Jamás he pegado a una mujer por muy furioso que me haya puesto. Mejor dicho, no he conocido a ninguna mujer que me ponga tan furioso, y he conocido a unas cuantas mujeres en mi vida.

Ella no tenía ningunas ganas de oír habla de las mujeres que había conocido en su vida. Se apartó de la pared para ir su cuarto, pero él la tomó en brazos con un movimiento sorprendente.

Se quedó boquiabierta. Tenía su mano debajo de los pechos y no quiso resistirse. Sus hombros eran como un muro de acero y su boca era tan inexorable como el desierto de sus antepasados… de los antepasados de los dos. Por primera vez en su vida, quería reclamar su legado, quería pertenecer al mismo mundo que había forjado a ese hombre. ¿Por qué habían tenido que enamorarse precisamente de ese hombre implacable y distante? Un hombre

que ya había decidido que tendría una amante en cuanto hubiese tenido hijos, un hombre que había decidido que no podía abrirse ni siquiera a su esposa. Aunque habría preferido otra cosa, se había enamorado del jeque y sabía que no podía conseguir al hombre, a Zayn.

Le tomó la nuca con una mano y escondió la cara en su pecho. Su olor se adueñó de ella y su calidez hizo que el anhelo le oprimiera en el pecho. Le asustó que lo necesitara tanto.

Zayn la dejó en el *chaise longue* con una delicadeza que se contradecía con su ceño fruncido.

–Amalia, si valoras en algo tu independencia, hoy no me fustigues con tu lengua afilada.

–¿Qué podría pasar? ¿Ibas a encerrarme y a devolverme a Khaleej como una deshonra? ¿Ibas a construirme esa celda al lado de la de Aslam?

La miró con las manos en las caderas. Ella también lo miró. Era la primera vez que lo miraba detenidamente desde que había aparecido en la azotea. Tenía unos surcos a los lados de la boca y sintió anhelo en el corazón. La miraba desde el metro y noventa centímetros de músculos y furia, la tensión de sus labios dejaba claro el esfuerzo que estaba haciendo para dominar esa furia. A ella se le aceleró el corazón y le bulló la sangre en vez de enfadarse o tener miedo.

También quería su pasión…

En ese momento, había parecido como si no tuviese dominio de sí mismo. Nunca le había parecido tan peligroso. ¿Seguía preocupado porque se consideraba responsable de ella o la emoción que se reflejaba en el tono de su voz era más personal?

Él volvió con el botiquín antes de que pudiera aclarar las ideas y se quedó sin respiración cuando se arrodilló delante de ella y se puso su pierna encima del muslo. Dio un respingo al sentir el músculo debajo del pie, por lo que sintió con ese contacto, y tuvo que hacer un esfuerzo para que los dedos del pie no se dirigieran hacia su… entrepierna.

–Zayn, ya puedo hacerlo yo…

El pelo moreno le resplandecía y sus dedos anhelaban acariciarlo, acariciar cada centímetro de su cuerpo y compartir una intimidad que nunca había deseado antes.

–Amalia, te propongo, por el bien de los dos, que esta noche te olvides de esa independencia tozuda. No soy tan manejable como los otros hombres que…

–¿Propones? Tú nunca propones. Tú ordenas… Tú… Además,

que Massi respete mi opinión no quiere decir que sea menos hombre que tú, arrogante majadero.

Él la miró con un destello de rabia en los ojos dorados, pero no la llamó impertinente…

–Amalia, soy lo que tengo que ser. Nunca seré sensible ni cariñoso ni seré civilizado cuando la mujer que deseo se escabulle para arrojarse a los brazos de otro hombre.

Así, sin más, la dejó sin argumentos, la dejó sin respiración y sin voluntad. Con una delicadeza que se contradecía con su vehemencia contenida, le quitó el zapato de tacón de aguja.

–¿Por qué te los pones cuando no estás acostumbrada? Eres lo bastante alta para mí sin ellos.

–No hago todo para complacerte –replicó ella conteniendo el ligero arrebato de placer que sintió en el pecho.

Se quedó helada cuando le levantó el vestido por encima de la rodilla.

–¿Qué haces? No me levantes así el vestido.

Él se puso rígido.

–Bájate despacio los pantis. La sangre se ha secado y va a dolerte.

Ella agarró el borde del vestido y lo miró. Le costó respirar al percibir el olor de él.

–Date la vuelta.

–Ya he visto las piernas de otra mujeres –replicó él con una mirada maliciosa.

–Pero no has visto las mías.

Ningún hombre las había visto. Él ladeó la cabeza con una mueca desafiante en la boca.

–Ya me he fijado en que son muy largas, y he soñado con ellas. Sobre todo, con lo que sentiría al tenerlas alrededor de mi cintura mientras yo…

Amalia se inclinó hacia delante con un estremecimiento por la oleada abrasadora que había sentido por dentro.

–Zayn… Por favor…

Él le acarició la mejilla con sus largos dedos.

–Eres muy tímida –él lo afirmó como si la conociese desde hacía años–. No he conocido a ninguna mujer hermosa que no supiera lo que valía o que no sacara provecho de su belleza.

–A mí me enseñaron lo contrario. Mi madre me repetía una y otra vez que no le diera importancia a la belleza, que en su caso había sido una maldición que había atraído al hombre equivocado. Ella…

–Amalia, sabes que… –le interrumpió él tomándole una mano.

–Lo sé –susurró ella–. Ella me quería, Zayn, y quería que fuese feliz pero, efectivamente, me doy cuenta de que, seguramente, no era objetiva con los hombres y los asuntos del amor. Sin embargo, empecé a trabajar en cuanto pude. No tuve ni tiempo ni energía para llevar una vida social, y Massi y mi madre acabaron siendo todo mi mundo.

Sus ojos se ensombrecieron y pareció peligroso, casi salvaje.

–No quiero volver a hablar de Massi –le pasó el pulgar por la vena de la muñeca–. En algún momento tendrás que salir de su sombra y empezar a vivir, Amalia.

Él se levantó y fue a la pequeña cocina que había en la suite mientras ella se metía las manos debajo del vestido y empezaba a bajarse los pantis. Como había previsto él, la tela se pegó a la herida cuando llegó a las rodillas. Resopló y Zayn le puso una mano en el muslo y tiró con la otra. La tela se separó y ella notó el escozor de las lágrimas. Inclinó la cabeza mientras él terminaba de bajarle los pantis. Luego, le limpió la herida con delicadeza y le puso crema antiséptica.

Amalia sintió un arrebato de sentimientos al ver su arrogante cabeza inclinada con preocupación. El corte no había sido gran cosa, pero hacía mucho tiempo que nadie la cuidaba con tanto esmero. Nadie desde que se fue a vivir con su madre.

Era como si ese pequeño gesto de cariño hubiese despertado un recuerdo que había bloqueado por completo.

Su padre siempre había sido protector con ella, aunque la había animado para que fuese más juguetona; y a Aslam, que tenía un temperamento opuesto al de ella, para que fuese más prudente. De la noche a la mañana, se había convertido en la estable, en el padre y la madre de la relación. Enterró el dolor por lo fácilmente que la había abandonado su padre y el dolor de estar con Aslam volvió a formarle un caparazón para que pudiera seguir adelante.

¿También había dejado de vivir ese día?

No, eso había llegado más tarde, después de que viera a su madre sufriendo día tras día, de que añorara a su padre año tras año. Se había endurecido tanto que ni siquiera quiso hablar con su padre cuando Aslam la incitó. No se había arriesgado. Sin embargo, había algo que clamaba por dentro. Si no lo hacía en ese momento, ¿cuándo iba a hacerlo? ¿Quería renunciar a ese momento con Zayn cuando sabía que era posible que no volviera a tener la ocasión?

En ese momento, le daba igual que él le conviniera o no o que

fuese precisamente el tipo de hombre del que había jurado que no se enamoraría. Le daba igual que cuando hubiesen pasado esos meses y ya no la necesitara para la farsa, él se limitaría a eliminarla de su vida… o, peor todavía, que volviera con esa señorita Young y sus candidatas a esposa, que no tuviese porvenir con él. Solo quería sentir sus caricias, sentirse la mujer que se suponía que era, vivir la vida lejos de la sombra de la historia de amor de su madre.

Cuando él intentó levantarse, ella lo detuvo con las manos en los hombros, tomó aliento e introdujo los dedos por debajo del cuello de la camisa. Los tendones del cuello se tensaron. Su piel era como seda salvaje y tan cálida que notó su calor en las entrañas. ¿Qué sentiría si estuviese desnudo sobre la piel desnuda de ella y toda esa fuerza y pasión se concentrara en ella? Sintió una palpitación entre los muslos y se sonrojó.

–Observo que te has puesto sentimental al ver a Massi, y es posible que nostálgica, pero si me provocas esta noche, yo…

Amalia se inclinó hasta que tuvo la cara sobre la de él y le apartó un mechón de la frente con los dedos temblorosos. Luego, los pasó por los orgullosos rasgos de su cara y solo se oyó el susurro de su respiración.

–¿Elegiste a alguna de las mujeres que te mandó la señorita Young?

–En este momento, no quiero hablar de eso –contestó él con un brillo de advertencia en los ojos.

Ella volvió a introducir la mano por debajo del cuello de la camisa para acariciarlo con un deseo que su cabeza no había asimilado todavía.

–Quiero saberlo –Amalia intentó hablar, aunque tenía la garganta cerrada–. ¿Tienes pensada alguna candidata, una que será la idónea cuando te hayas deshecho de mí y de mi… situación?

–No –Zayn se pasó los dedos por el pelo con un gesto de desasosiego que ella no le había visto nunca. Las manos de los dos se agarraron con fuerza–. Con el panorama que tengo, no puedo deshacerme de ti y pasar a la siguiente mujer de la lista. En este momento, solo me importa cerciorarme de que tú… de que Mirah se case con Farid. Después… –Zayn hizo una mueca como si los dos fueran unos conspiradores–. Tu chantaje me ha dado un poco de tiempo. Estoy seguro de que ni mi oponente más obstinado ni los conservadores de Sintar esperarán que me case al poco tiempo de romper el compromiso contigo.

Ella dejó escapar un suspiro. Mientras no hubiese dado ningún papel a una mujer, era suyo y aprovecharía la ocasión, el momento con el hombre que amaba. No desperdiciaría su vida como había hecho su madre.

–Zayn –la emoción y la excitación hicieron que la saliera la voz ronca–, ¿me harás el amor?

Capítulo 9

Me harás el amor?».

No podía olvidarse esas palabras ni aunque estuviese dándose una ducha de agua fría, como tampoco podía borrar las imágenes de película X que se le pasaban por la cabeza. Era lo último que había esperado que dijera Amalia, pero la había mirado y había visto la firmeza en sus ojos.

Lo deseaba.

Toda la vida se había rodeado de mujeres atrevidas y con experiencia que querían tener relaciones sexuales y buscaban el placer mutuo o de mujeres como su tercera secretaria o las candidatas que le había mandado la señorita Young, mujeres que solo veían el resplandor y el poder de su posición en el mundo.

Amalia no entraba en ninguna de las dos categorías y en las dos a la vez. Siempre habían dicho a todo el mundo que él era el príncipe, el futuro jeque, no Zayn, jamás había sido solo Zayn. Sin embargo, se sentía distinto cuando ella lo miraba con esos ojos cautivadores, cuando lo miraba con el ceño fruncido o, incluso, cuando discutía con él.

Apretó los dientes y se dio cuenta de que era posible que no fuese inocente de verdad, pero estaba claro que no tenía experiencia. Era una mujer a la que había empezado a entender y a admirar, una mujer a la que no podía seducir y abandonar cuando cayera el telón de su farsa.

Maldita fuese, le había parecido que se quedaba chafada cuando dijo que tenía que darse una ducha y se marchó del cuarto sin contestar su pregunta. Como si no caer en esa tentación no hubiese sido lo más difícil que había hecho en su vida.

Salió de la ducha y se secó con la toalla. Compartir la suite con Amalia mientras estaban en París había sido la peor idea que había tenido, casi tanto como decidir que iba a tenerla cerca y acompañarla como su prometido. Saber que estaba en la habitación de al lado y que era posible que se hubiese duchado como él… la mera idea hizo que su cabeza recalentada empezara a ver imágenes. La piel era sedosa y estaba húmeda, la toalla se le pegaba a esos pechos turgentes que esa noche había lucido en todo

su esplendor con ese vestido. Sus piernas largas estaban desnudas debajo de la toalla y rodeaban su cintura mientras él…

Apretó los dientes, se envolvió las caderas con la toalla y salió a su dormitorio. La vista de París a través de la cristalera era preciosa, pero esa noche no se deleitó con ella.

El ruido de la puerta hizo que todos los músculos se le tensaran por el deseo. Se dio la vuelta y la vio apoyada en la puerta cerrada con las manos a los costados. Parecía irradiar tensión sensual, pero lo que le llamó la atención fue su cara. No tenía ni el levísimo maquillaje que había llevado antes. Se había recogido el pelo en una coleta para apartarlo con firmeza de la frente. Llevaba un albornoz que le llegaba a las rodillas y estaba atado con fuerza a la cintura y, como había imaginado, las piernas interminables asomaban por debajo. Ver por primera vez las piernas desnudas de una mujer nunca la había parecido algo tan íntimo. Una cadenita de oro le colgaba del cuello, donde el pulso le palpitaba con tanta fuerza como le palpitaba a él el corazón en el pecho.

–Seguramente, estarás acostumbrado y esperarás transparencias y esas cosas –ella se sonrojó un poco–, pero no tengo… ropa sexy.

Él, absurdamente, tuvo ganas de reírse, y ella no esperó a que dijera algo. Se apartó de la puerta y miró alrededor sin fijarse en nada concreto. Se detuvo al llegar al centro de la habitación y se quedó con los pies descalzos hundidos en la mullida moqueta.

–Amalia, yo no…

–Lisa, la estilista, me preguntó si quería ver lencería y camisones y yo… bueno, en este viaje no iba a… tener relaciones sexuales. Ella me miró de una forma rara. Yo no lo dije, claro, pero solo elegí un par de pijamas muy bonitos.

Se soltó el cinturón del albornoz y se encogió de hombros para que le cayera al suelo. Zayn se quedó sin respiración.

–Yo no diría que es… bonito –consiguió comentar él.

Ella arrugó la nariz y él sintió una necesidad apremiante de besarle su obstinada punta. Ya lo habían seducido antes, sí, pero había sido un juego al que había jugado voluntariamente. Eso… fuera lo que fuese lo que estaba haciendo Amalia, lo desarmaba en todos los sentidos. Todas sus palabras y todos sus actos tenían una mezcla de inocencia y decisión. Ninguna mujer lo había cautivado de esa manera.

Un top azul marino con tirantes muy finos contrastaba con su piel blanca. Con la boca seca, miró los pezones erguidos bajo la seda. Los lamería y succionaría, se ocuparía de que nunca se

olvidara de él. El top dejaba ver una franja del abdomen y los pantalones cortos no le cubrían casi los muslos. Se aclaró la garganta con la sangre bulléndole en cada terminación nerviosa.

–No puedo ofrecerte nada aparte de los próximos dos meses.

Él, con los puños cerrados a los costados, vio que eso no hacía mella en su firmeza y se dio cuenta de que iba a perder esa batalla de voluntades.

–Por eso he intentado no dejarme arrastrar por las fantasías que tenía contigo todas las noches.

Ella tragó saliva y asintió con la cabeza. A él se le aceleró el corazón y cada segundo le parecía interminable.

–¿Has tenido fantasías conmigo? –ella lo preguntó en un tono de cierta queja–. Todos estos días, he estado preguntándome, volviéndome loca…

–No me parecía… –Zayn notaba la piel tensa sobre los músculos ávidos– una buena idea que supieras el poder que podías tener…

–¿Eso es lo que también será para nosotros, Zayn? –le preguntó ella con cierta decepción–. ¿Una batalla por el poder? ¿Un acuerdo?

–No, pero ¿por qué esta noche, Amalia? No voy a ser el sustituto de otro hombre.

Ella levantó la cabeza bruscamente y él se quedó sin respiración.

–No deseo a Massi. Jamás he sentido esto por él, ni por ningún otro hombre.

Una corriente le levantó un poco el top y pudo ver la preciosa hendidura de su ombligo. Lamería y exploraría hasta el último centímetro de su sedosa piel.

–Tenías razón. Tengo que empezar a vivir mi vida y esto, tú y yo, es lo que quiero.

Las ganas de pasarle los labios por la palpitación del cuello y de saborear la gota de agua que tenía allí hicieron que se endureciera. Ella se pasó la lengua por al carnoso labio inferior y toda la sangre se le acumuló en los bajos.

–Sin embargo, no me miras.

Ella, por fin, lo miró a los ojos y la decisión mezclada con deseo hizo que él perdiera el poquísimo juicio que le quedaba.

–Suéltate el pelo –le exigió él en un tono áspero y con la voz ronca por la sensación de derrota.

¿Sentía esa derrota porque estaba concediéndose ese placer y porque estaban borrándose las líneas entre su vida pública y su

vida privada? Le habían dado un respiro en el asunto del matrimonio, ¿por qué no iba a aprovecharlo? ¿Por qué no iba tener, por una vez en su vida, una relación valiosa, aunque breve, con una mujer a la que admiraba? Una mujer que le despertaba algo más que deseo.

–¿Qué…? –preguntó ella sonrojándose.

–El pelo. Siempre está recogido así o escondido en un peinado muy complicado.

–Tardé dos horas en peinármelo así –se quejó ella.

Él sonrió por ese arrebato de genio tan típico de ella.

–Me espanta. Quiero verlo suelto.

Casi podía sentir sus mechones sedosos entre los dedos mientras la besaba en la boca y acometía dentro de ella. Amalia no se parecía a ninguna de las mujeres con las que se había acostado, y no solo por su inexperiencia. Era una mujer a la que se podía amar y cuidar. Era leal hasta las últimas consecuencias y tenía un fondo férreo, era una mujer hermosa por dentro y por fuera que se merecía un hombre que la adorase, no que la utilizase para tener una aventura tórrida encubierta como un compromiso fingido… Sin embargo, esa noche no iba a echarse atrás ni por todas las recriminaciones del mundo. Podía darle una cosa a Amalia y se la daría: placer.

Ella lo miró tanto tiempo que él llegó a creer que iba a quejarse y el deseo iba aumentando a medida que esperaba. Ella levantó las manos lentamente y se quitó la cinta que sujetaba los mechones ondulados. Como aquel día en el avión, el movimiento hizo que le subieran los pechos y él notó una tensión en las entrañas.

El pelo, del color del oro pulido, cayó en olas lustrosas y enmarcó los delicados ángulos de su cara. Ella introdujo una mano entre el pelo y se lo sacudió. Fue un gesto tan femenino que a él se le secó la boca. Cayó hasta la cintura por detrás y hasta debajo de los pechos por delante, tapándole el contorno de los pezones.

Entonces, la costumbre que tenían los beduinos de que sus mujeres se taparan el pelo menos cuando estaban con sus maridos le pareció una idea muy buena. No quería que otro hombre la viese así, no quería que otro hombre supiera cómo era con solo el pelo tapándole el cuerpo…

–Es mucho pelo y tardo casi una hora en lavarlo y secarlo. Voy a pedirle a la peluquera que me lo corte. Es posible que algo corto y divertido ahora que…

–No –le interrumpió él en tono tajante.

Ella se quedó parada con el pelo entre las manos y los ojos muy

abiertos.

–No, ¿qué?

–No te lo cortes, y es una orden.

Ella se rio con un brillo desafiante en los ojos, como si fuera un viejo amigo.

–Lo digo en serio, Amalia. Sería un crimen que te lo cortaras.

–Zayn, no puedes ordenarme… Quiero ser tu amante, no tu… tu…

Él arqueó una ceja y esperó con una mueca en la boca.

–Cuando me miras el cuerpo, algo que has estado evitando desde que entraste en la habitación, ¿te da placer, *habibiti*?

Las largas pestañas se levantaron y le miró el torso. Recorrió con la mirada su pecho y su abdomen con la toalla alrededor de la cintura. Entonces, se detuvo en la hilera de pelos que desaparecía por debajo de la toalla.

–No lo veo entero, jeque.

Él dejó escapar una risa ronca. Ella se llevó una mano a la nuca con un nerviosismo que hizo que a él se le tensara toda la piel del cuerpo.

–Quítate la toalla y podré decirte si tu cuerpo me complace.

Él arqueó una ceja. Ninguna mujer le había dado órdenes como ella ni había exigido lo que le correspondía. Amalia lo miró, mordiéndose el labio inferior.

–¿Qué? No puedo ordenarle… Mejor dicho, no puedo pedirle a mi amante…

Él se quitó la toalla y ella se quedó con la boca abierta. Zayn se imaginó esa boca alrededor del miembro y la lengua que se lo lamía…

–¿Le parezco bien a mi prometida?

Ella se sonrojó y los pómulos le parecieron más prominentes todavía. Resopló y los pechos le subieron y bajaron. Se llevó la mano al abdomen y Zayn sonrió por lo elocuentes que eran sus gestos, por lo ingenua que era aunque lo provocara con las palabras.

–Creo que no sería una mujer si no me gustaras –ella tragó saliva y él se acercó un paso–. Además, me he olvidado de a dónde vamos con todo esto.

Él se rodeó unos dedos con su pelo y tiró de ella para acercarla más. Ella acudió con una sonrisa y vibraciones por todo el cuerpo.

–Tu pelo… –él le pasó un dedo por los labios–. Todo tu cuerpo me vuelve loco aunque lo escondas–. No querría perderme ese placer como tú tampoco querrás que me tape en este momento,

¿verdad?

–Mi placer estimula el tuyo y el tuyo estimula el mío –susurró ella.

–Sí.

Zayn, con las manos en sus hombros, la acercó, hasta que sintió la seda de su top en el cuerpo. Ella apoyó la frente en su pecho con el cuerpo tembloroso.

–Estás temblando. No te preocupes, jamás te haría daño.

Sabía que no le haría daño físico, pero ¿qué iba a pasar con su corazón? Miró a Zayn y perdió la capacidad de respirar. Ese rostro impresionante era duro por su voluntad e implacable por sus obligaciones… pero, en ese momento, ella solo podía ver el deseo. ¿Cómo había podido dudar que la deseara? Se sentía como si colgara de una nube de anhelo, como si tuviera una cuerda atada al vientre y la elevara cada vez más, aumentara las sensaciones…

Lo besó al ver sus ojos velados por el deseo y sintieron una descarga eléctrica cuando los labios se fundieron y sus pechos se rozaron con el pecho granítico de él entre gruñidos, entre unos sonidos eróticos rebosantes de anhelo y avidez.

Él tomó las riendas del beso casi inmediatamente y a ella le maravilló que esos labios tan inexorables pudiesen besar con esa delicadeza.

–Sabes como una baya, Amalia. Es un sabor punzante y dulce, increíblemente erótico, y voy a paladearte de arriba abajo…

Ella dejó escapar un gruñido. El contraste de su cuerpo contra el de él hacía que sintiera oleadas de sensaciones. Eran muy distintos en muchos sentidos, pero parecía como si sus cuerpos estuviesen hechos para eso y cada susurro de la piel al rozarse aumentaba el anhelo.

Amalia introdujo los dedos entre el pelo de su nuca y se estrechó contra él. Sintió la calidez y dureza de su miembro en el vientre mientras él le saqueaba la boca, agarrándola de la mandíbula. Le devoraba el labio superior y el vaivén de su lengua la incitaba a que hiciera lo mismo. Sin embargo, se apartó cuando lo hizo. Hasta que ella titubeó y empezó otra vez desde el principio.

Al cabo de unos minutos, notó que tenía los labios inflamados y los pechos aplastados contra el pecho de él, y que le abrasaban los pulmones.

Era un beso posesivo, de una virilidad primitiva que le exigía

que se entregara. Ella se entregó de buena gana y le pasó los dedos por el pecho desnudo. Los músculos se tensaron y los vellos le hicieron cosquillas en las palmas de las manos. La piel bronceada estaba tirante sobre los pectorales bien definidos y fibrosos. Él introdujo la lengua en su boca y bajó las manos a las caderas. Amalia se estremeció mientras su lengua le invitaba a un baile erótico que hacía que se le encogieran los dedos de los pies sobre la moqueta.

Además, la presión de su erección en el vientre…

Cuando introdujo una mano por debajo del top y le tomó un pecho, ella quiso hacer lo mismo. Su titubeante caricia le recorrió con avidez el pecho y descubrió enseguida que lo afectaba tanto como él a ella.

Le tomó el lóbulo de la oreja con su boca ardiente y la bajó hasta la palpitación en el cuello, donde le mordió la piel con suavidad. Amalia se estremeció entre sus brazos y sintió una oleada ardiente que le bajaba por el cuerpo. Sus caricias expertas le despertaban tantas sensaciones en tantos rincones del cuerpo que se le entrecortó la respiración.

Sin embargo, a pesar de todo, le quedaba un rastro de duda en el fondo de la cabeza. Él había hecho eso mismo infinidad de veces con infinidad de mujeres. Aunque no se creyera las cifras que daba al artículo, sus caricias y que ya hubiese aprendido a excitarla de esa manera indicaba que era un amante muy experto. En realidad, ya conocía su cuerpo mejor que ella misma.

No quería ser otra mujer en la cama del jeque playboy para satisfacer su apetito insaciable, un alivio muy bien recibido después de la presión agobiante de las dos semanas pasadas.

–Zayn…

Ella le bajó la cara. El pecho de él subía y bajaba con un ritmo acelerado y estrechó las caderas contra las de él.

–No me has preguntado si le he contado nuestro trato a Massi.

–¿Me preguntas eso ahora? Amalia, si piensas…

–¿Cómo sabes que no lo he hecho?

Volvió a introducir una mano por debajo del top y a tomarle un pecho. Sus dedos eran ásperos, eran las manos de un hombre trabajador… Entonces, le pasó las palmas de las manos por los pezones endurecidos y se llevó uno a la boca. Dejó escapar algo en árabe, pero ella, deslumbrada por el deseo, no lo entendió. Le temblaba todo el cuerpo y lo miró mientras le pasaba la punta de la lengua por el pezón endurecido. Una descarga de placer le recorrió todo el cuerpo y lo arqueó, con el anhelo atenazándole las

entrañas.

–Me olvidé de todo el verte en sus brazos; de Sintar, de mis obligaciones, de la felicidad de Mirah, de tu hermano y la prensa… Me olvidé de todo.

Zayn subrayó las palabras con pasadas de la lengua hasta que se introdujo el pezón en la boca y lo succionó. Amalia juntó los muslos por las punzadas de placer que sintió alrededor del sexo.

–Dímelo ahora, ¿le has contado nuestro trato, Amalia?

Ella contuvo la respiración cuando él le soltó el pezón y todo su cuerpo se puso tenso como la cuerda de una guitarra. Él le tomó el borde del top, se lo quitó por encima de la cabeza y le acarició la carne que acababa de destapar. Esas manos tan grandes le recorrieron el cuerpo hasta que solo pudo entregarse. Luego, se las puso en los hombros y la empujó con tanta virilidad que ella solo pudo dejarse arrastrar.

–¿Lo hiciste, *habibiti*? ¿Ver a Massi te recordó que soy una bestia arrogante en comparación con él?

Amalia no quería darle la razón, quería recordarle lo cariñoso que había sido cuando creyó que se había hecho daño, la preocupación que había visto en sus ojos porque había tenido miedo por su bienestar. Sin embargo, se olvidó de lo que había pensado en cuanto él le tomó los pezones entre los dedos. No había llegado a sacudir la cabeza cuando él ya había vuelto a introducirse uno de los pezones en la boca.

Se concentró en sus pechos hasta que sus puntas estuvieron duras y sensibles, hasta que la sangre le bulló. Parecía como si el dolor y el placer se hubiesen unido y le palpitaran al unísono por todo el cuerpo.

Cuando dejó de acariciarla y le bajó las manos por todo el cuerpo, Amalia sintió como si se estuviese abrasando, como si hubiese pasado la vida esperando ese momento con ese hombre. Las palpitaciones que le había provocado entre los muslos se mitigaron tanto que tuvo que suplicar…

–Zayn, por favor, necesito…

–Todavía no, *habibiti* –replicó él en un tono burlón–. Primero, tengo que cerciorarme de que estás preparada para recibirme, ¿de acuerdo?

Ella se quejó con un gemido. Ya estaba agarrándola, aunque las piernas temblorosas no le servían de nada. Le pasó una mano por debajo de una rodilla y se la levantó para que le rodeara la cintura con ella. El roce de su cadera y la musculatura contra el interior de su muslo hicieron que se le formara un gemido por dentro y la

presión de su miembro en la hendidura hizo que se estremeciera.

Ella ocultó la cara en su pecho porque se sonrojaba por la forma de abrirse paso.

–Zayn, esto… La cama…

La besó con un brillo malicioso en los ojos y ella gruñó cuando Zayn le introdujo dos dedos mientras el pulgar le acariciaba ese punto que anhelaba sus caricias. La miró con los dientes apretados y con la pasión reflejada en todos sus rasgos.

–Estás húmeda, aquí, Amalia –él le tomó la pequeña protuberancia con dos dedos y ella se retorció por la oleada de placer–, estás muy… receptiva. ¿No quieres que te tome así, *latifa*?

Amalia supo que debería decir algo, pero su quedó sin palabras al ver su cuerpo poderoso y fibroso. Mientras lo miraba con los ojos abiertos y la respiración entrecortada, él rasgó el envoltorio de un preservativo y se lo puso.

A ella se le secó la boca y se dejó llevar cuando volvió a tomarla entre los brazos e introdujo los dedos en la hendidura húmeda como si nunca hubiesen debido salir de allí. La presión y las caricias insistentes de sus dedos le producían unas oleadas de placer tan deslumbrantes que se aferró a él. Estaba tan cerca de la cima, y anhelaba tanto alcanzarla, que le clavó los dientes en la carne y jadeó contra la piel.

Acto seguido, la levantó como si fuese una pluma para que le rodeara las caderas con las piernas. Notaba la pared en la espalda mientras los músculos de él la presionaban por delante. Sacó los dedos justo cuando estaba al borde del clímax y entró con una poderosa acometida… Sintió un dolor desgarrador e intentó contener el gemido, pero no lo consiguió y se quedó rígida. Esa vez sí entendió las maldiciones que soltó por la boca.

–Maldita sea, Amalia, ¿por qué no me lo has dicho?

Le pareció tan apesadumbrado que ella levantó la cabeza para mirarlo. Vio tanto cariño y preocupación en sus ojos que el dolor se mitigó por el anhelo.

–Debería habértelo dicho, lo sé, pero sí te dije que no había vivido gran cosa aparte de mi madre y Massi… –se quedó callada al ver que él apretaba los dientes–. ¿Creíste que había estado con Massi?

–Sí. Estaba claro en su mirada que él quería más, Amalia.

–Es verdad. Intentó salir conmigo un par de veces, pero yo solo podía verlo como mi jefe, o, quizá, como un hermano mayor. Le dije que no quería estropear lo que ya teníamos.

–Está claro, por su mirada de hoy, que todavía…

Él no terminó la frase y la llevó a la enorme cama. La dejó con delicadeza en el borde. Él había salido y lo único que sentía ella era un vacío en el sexo como el que sentía en el pecho. No quería que la noche terminara todavía, que terminara así.

Lo agarró de los bíceps para retenerlo. Apoyó la cara en su pecho y aspiró su olor. Tenía la piel suave y áspera a la vez.

–No me dejes, Zayn. Fui a buscarte esta noche porque quería esto.

Él le agarró las mejillas con delicadeza y con un cariño en los ojos que hizo que se le acelerara el corazón.

–Ya es bastante que te haya hecho daño físico, Amalia. No puedo justificar…

–Pero es un dolor que he recibido con agrado –reconoció ella sin orgullo ni vergüenza.

Unos dedos se introdujeron entre su pelo para amoldarse a la forma de su cabeza. Nunca había visto, como en ese momento, la duda reflejada en sus ojos. Sintió una opresión en el pecho como si esa lucha que libraba él por dentro, entre lo que debería ser y lo que quería ser, fuese una victoria personal de ella, como si se hubiese abierto paso hasta ese hombre complejo que llevaba dentro.

–Eres especial para mí, Zayn –él cerró los ojos al instante y ella le tocó la cara–. No, por favor, no te alejes de mí. No te pido nada. Yo siento… Hay una sintonía entre nosotros, ¿acaso lo niegas?

–Es atracción, Amalia. Deseo en estado puro.

Ella se tragó el dolor que le había hecho.

–De acuerdo, eres el primer hombre que he deseado así. ¿Qué le parece si cumple su promesa, jeque? –ella lo preguntó en un tono provocador para que terminara lo que había empezado, porque anhelaba volver a tenerlo así de cerca–. ¿No debería recibir alguna compensación por el dolor que acabo de sentir? ¿Acaso tienes la costumbre de dejar insatisfechas a tus mujeres? Me pregunto si aquel artículo…

–Eres una bruja manipuladora y obstinada –murmuró él mientras se subía a la cama.

Amalia apartó las sábanas sin poder respirar al ver la piel dorada y tensa sobre el impresionante cuerpo fibroso. Estaba tumbado junto a ella y la acariciaba por todos lados. Cerró los ojos y se arqueó cuando le tomó un pecho con la mano otra vez y se dejó llevar por las sensaciones, por el contraste entre el frescor de las sábanas de seda y la calidez de sus diestras caricias. Esa vez, conocía un poco mejor su cuerpo y reconoció las palpitaciones en

el sexo.

Entonces, notó su boca en los pezones, que los lamía y succionaba, y su cuerpo fue elevándose más y más. Cuando posó la otra mano en su promontorio otra vez, se puso en tensión al acordarse del dolor. Él le besó la parte superior de un pecho.

–Relájate, *habibiti.* Confías en mí, ¿verdad, Amalia?

Ella abrió los ojos y se perdió en su mirada. Lo besó en los labios y gimió por lo conocidos y excitantes que ya eran, porque cada centímetro de su cuerpo vibraba por él.

–Sí.

–Entonces, entrégate.

Sus dedos le separaron los pliegues otra vez y volvió a acariciarla. Ella levantó las rodillas mientras él aumentaba la presión y aceleraba sin apartar la boca del pezón. Estaba jadeando y cada centímetro de su ser estaba concentrado en las contracciones de su sexo. Estaba tan ávida que le apetecía llorar para liberarse.

–Escucha a tu cuerpo, *latifa,* y exígeme lo que quieres de mí –susurró Zayn en tono tan ronco que fue casi irreconocible–. Como haces siempre.

Entonces, como si eso fuese lo que necesitaba ella, se contoneó y levantó las caderas, clavándole los dedos en la piel.

–Más deprisa, Zayn –le exigió con lascivia.

Tuvo el placer de oír cómo se reía él y el leve mordisqueo en el pezón la elevó más allá de los límites. El placer se hizo añicos en miles de destellos y él acometió dentro de ella antes de que dejara de estremecerse. El gruñido que salió de la boca de él aumentó la sensación de satisfacción. Esa vez, el dolor fue un recuerdo que se borraba. Completamente repleta, abrió los ojos mientras él la agarraba de los hombros y entraba tan profundamente que no sabía dónde acababa ella y dónde empezaba él. Le acarició todo el cuerpo. Sus músculos estaban tensos y una leve película de sudor le cubría la piel.

–Es maravilloso, *habibiti,* no duraré mucho.

A ella le encantaba ver sus ojos velados por el deseo y que perdía el dominio de sí mismo. Sabía que, en ese momento, era suyo. Sin embargo, esa saciedad indolente se esfumó cuando le dio la vuelta en un abrir y cerrar de ojos. Cada terminación nerviosa revivió cuando le levantó las piernas y se quedaron cara a cara.

–Veamos si podemos conseguir que grites otra vez –susurró él succionándole el cuello.

Sintió tal avidez en el vientre que, instintivamente, se soltó de

él y lo tumbó de espaldas. Esa vez, fue él quien gruñó, quien suplicó.

–Móntame, Amalia, soy tuyo.

Fue todo el estímulo que necesitaba. Se restregó contra él una y otra vez hasta que se lo introdujo y subió y bajó hasta que un placer incontenible se extendió por todo su sexo. Cuando él también acometió hacia arriba, gritó por la oleada de placer que la devastó por dentro.

Entonces, se encontró de espaldas otra vez y con el cuerpo de él encima mientras acometía cada vez más deprisa y la arrastraba a un placer desconocido. Lo rodeó con los muslos para apremiarlo con descaro.

Él la besó sin contemplaciones mientras se cimbreaba encima de ella y explotaba con un gruñido gutural. Amalia lo abrazó. Se sentía renacida, renovada. En parte era por la experiencia de que la hubiese poseído ese hombre arrogante, pero también era porque estaba asombrada consigo misma, por haber aprovechado la ocasión con él, por haber arriesgado el corazón.

A medida que se le apaciguaba la respiración y el cuerpo se le languidecía, el miedo fue superando a la euforia. Haber vivido esa intimidad, haberle abierto el cuerpo, haría que alejarse de él, cuando llegara el momento, fuese mil veces más doloroso. Sin embargo, si le dieran a elegir entre haber vivido eso con Zayn y una vida sin dolor, sabía que elegiría eso una y otra vez.

Capítulo 10

Vuestra prometida es hermosa e inteligente, alteza». Eso se traducía como: «¿Sabéis que es una de esas mujeres modernas e independientes?».

«Vuestra prometida tiene algunas opiniones interesantes sobre la reforma de la educación, alteza» Eso, en realidad, quería decir: «Esa mujer piensa demasiado, controladla».

«Tu prometida, Zayn, tiene unas ideas raras sobre Khaleej. Dile cuál es su sitio antes de que sea un problema». Eso se lo advirtió su padre mirándolo fijamente a los ojos.

Otro hombre que no se andaba por las ramas le advirtió: «Es una secretaria, Zayn, puedes conservarla en el puesto que quieras y casarte con una mujer adecuada».

Zayn se había marchado antes de que explotara, antes de que se olvidara de que ese hombre era su padre y de que le debía respeto y lealtad. Le repugnaba la idea de convertir a Amalia en su amante mientras se casaba con otra, de reducir a eso la relación que tenían. ¿Por qué le repugnaba cuando siempre lo había aceptado como parte de su destino? ¿Una desconocida que ocupase el mismo puesto en el futuro era más aceptable que una mujer con la que había compartido las partes más profundas y sinceras de sí mismo?

Ese era el atractivo que tenía ella. Con Amalia, no tenía que ser o el jeque o Zayn, podía ser los dos o ninguno y seguir sintiéndose cómodo consigo mismo, seguir sabiendo que podía confiar en ella plenamente. Saber que ella entendía por qué y cómo era quien era.

Esa intimidad, en la que aprendían el uno del otro y en la que se daban cuenta de que les quedaba mucho por aprender, era aterradora y apasionante a la vez… y adictiva.

Las advertencias e indirectas eran como pedradas que hacían mella en ese estado soñador en el que había vivido durante un mes, desde que volvieron de París, y que despertaban en él las ganas de empezar a dar puñetazos a la pared que se encontrara más cerca.

Sin embargo, como no lo hizo cuando tenía trece años y su padre cambió de puesto a su secretario porque su hijo de catorce

años, quien había sido el primer y único amigo íntimo que había tenido, era una mala influencia para el príncipe, tampoco lo hizo en ese momento.

Se llevó una mano a la nuca, donde empezaba a notar cierto dolor de cabeza, y se retiró a una mesa que había en un rincón del salón. Tal y como se sentía, era muy probable que descargara toda su ira en algún empleado que no se la mereciera y, en cambio, no podía descargarla en los que sí se la merecían, como el que había hablado de Amalia como si fuese inferior a ellos.

Pidió café a un camarero, se dejó caer en el respaldo y cerró los ojos. El aroma del café le alivió un poco la opresión que empezaba a notar en el pecho. Tomó la taza y dio un sorbo. Amalia había pasado de quejarse por lo amargo que era y llenarlo de leche hasta arriba a preguntarle qué tenía que hacer para cerciorarse de que él la proveyera de café durante el resto de su vida cuando se marchara de Khaleej.

Aunque había estado tentado de expresar su deseo más sombrío, también había sabido que era un recordatorio. Le recordaba que ella no se olvidaba de que eso solo era un trato entre ellos, que sabía cuál era su situación, que no esperaba de él más que lo que quisiera darle, que no se pondría sentimental y pegajosa cuando llegara el momento de marcharse.

Se entregaba apasionadamente por la noche, pero Amalia también se preciaba de tener dignidad. No iría a ninguna parte si no estaba segura de que sería bien recibida.

Llevaba un mes en Sintar y se había negado a visitar a su padre. Él sabía, por su ayudante, que el catedrático Hadid la había llamado muchas veces. Incluso, había ido al palacio, pero ella se había negado a recibirlo, lo había despedido con alguna excusa.

–Ahora le preocupa dónde puede acabar todo esto, y si puedo hacerle daño a su reputación –había replicado ella cuando Zayn había argumentado que, naturalmente, estaba preocupado.

La actitud inflexible de Amalia ocultaba mucho dolor. Sabía que se desmoronaría si se enfrentaba a su padre. También sabía que una Amalia vulnerable y dolorida podía ser como la kriptonita para él. Por eso, no hizo nada, aunque sabía que ella tenía que ver a su padre antes o después.

Miró alrededor del enorme salón, donde la familia del prometido de Mirah se mezclaba con su propia familia, y tomó aire. Tenía que acabar con esa sensación creciente de que estaba perdiendo el control, de que estaba atrapado en un remolino. Se recordó que todo estaba saliendo según el plan que él mismo había

trazado. El riesgo que había corrido con Amalia había dado buen resultado. Aunque cuestionaran la elección, nadie dudaba de la relación que tenían.

El palacio bullía con la familia del novio y los invitados a las celebraciones de tres días previas a la boda. Incluso después de ese desayuno, tenía que asistir a distintas ceremonias como hermano de la novia y jeque. El *nikah* de Mirah con Farid era al día siguiente por la noche, y eso era lo único que importaba, al menos, por el momento; ni Amalia ni él ni su relación demasiado real.

No sabía por qué el asombro y las pullas de amigos, invitados y hasta de sus padres le dejaban ese regusto amargo. Sabía lo que era Amalia y la reacción que provocaría en personas que decían desearle lo mejor. Él solo quería dejar claro que lo había acompañado en todo momento durante seis semanas y que se había comportado en público con una elegancia y una corrección comparables a las de cualquiera de las hijas de casas reales que estaban invitadas a la boda.

Incluso cuando discrepaba de la opinión de alguien o se encontraba con prejuicios porque era una mujer y forastera, lo hacía con razonamientos, convicción y respeto, aunque a ella se lo negaban.

Él también se había dado cuenta de que había indignado a más de un conservador del Gobierno y de que no se había limitado a llevar una existencia insulsa y social. Aun en la farsa, se había implicado en algunas causas sociales y en obras de beneficencia. Era una sacudida, sus gobernantes no habían visto nunca a una mujer que se implicara en tantas cosas, y mucho menos que infringiera tantas reglas no escritas.

Acababa de terminar el café cuando oyó un revuelo a la entrada del salón. Mirah entró vestida con un vestido color crema de manga larga y hecho de seda y encaje con cuentas de cristal por valor de mil dólares. La acompañaba su prometida con un vestido de color verde menta. Unas mangas largas le tapaban los brazos y unas piezas de encaje le cubrían el pecho y el cuello. Se quedó sin respiración por su aire recatado y elegante, e increíblemente sensual. Sonrió a las mujeres de la familia del novio mientras su mirada color topacio rebuscaba por el enorme salón.

Cuando se encontró con la de él, su boca dejó traslucir un placer sincero. Lo alcanzó como una ráfaga de aire frío en un día caluroso y le abrió de par en par algo por dentro. No había terminado de asimilar su reacción cuando su primo apareció en la mesa.

–Hola, Zayn.

Zayn disimuló la sorpresa por la repentina aparición de su primo. Sabía que había vuelto a Sintar, pero había estado eludiéndolo. Karim siempre había sido escurridizo y esquivo, y por eso estaba ahí precisamente ese día. Él estaba ocupado con la boda de Mirah y los invitados y eso le permitiría escabullirse sin consecuencias. Miró la sonrisa falsa de su primo y se acordó de por qué nunca le había caído bien aunque eran de una edad parecida.

De repente, parecía como si Karim disfrutara de todo, de los privilegios y placeres de pertenecer a la familia real sin ninguna de sus obligaciones y responsabilidades. Algo que nunca le había reprochado antes y que, sin embargo, tenía presente últimamente…

–Llegaste hace diez días a Sintar. ¿Por qué has tardado tanto en presentarte?

–No sabía que me llamaba el jeque –replicó Karim con su voz nasal.

Zayn apretó los dientes. ¿Cómo era posible que no hubiese sabido que Amalia tenía razón? Naturalmente, Karim había permitido que otro cargara con la culpa.

–Te dijeron que era un asunto oficial.

–Si es para proponerme otro empleo en la Administración, te diré lo mismo que le dije a mi madre, Zayn. Estoy ocupado con mis obras de beneficencia y mis negocios. No necesito un empleo en tu Administración y tampoco…

Zayn se volvió hacia su primo cuando este no terminó la frase. Karim estaba pálido a pesar de la piel bronceada.

–¿Qué hace aquí esa mujer?

Zayn siguió su mirada y se encontró con Amalia, quien se volvió hacia ellos en ese momento. El último retazo de duda se esfumó cuando vio lo pálido que se había quedado su primo.

–¿Dónde has estado escondido, Karim? Es mi prometida.

El rostro de Amalia cambió al instante. Su sonrisa se desvaneció y sus ojos resplandecieron con el brillo beligerante que le había dirigido a él durante los primeros días. Zayn se sintió aterrado y divertido y no pudo hacer nada durante unos minutos.

Ella era leal, apasionada y generosa y ya no le extrañaba que Massimiliano hubiese ido a buscarla o fuese tan protector con ella. Amalia, aunque era independiente y se valía por sí misma, siempre tendría ese efecto en un hombre. Suspiró cuando ella se abrió paso entre la gente y se dirigió hacia ellos con la barbilla muy alta.

–Esa mujer es tozuda, discutidora y un sabueso. Debías de estar

pensando con la…

Zayn mostró toda su furia a Karim y se recordó que darle un puñetazo a su primo en la boda de Mirah era una idea muy mala por muchos motivos.

–Ten cuidado, Karim. Es una mujer que respeto y admiro. No me obligues a meterte en vereda con mis propias manos.

Karim se quedó mudo, con una expresión sombría en los ojos.

–Tienes dos minutos antes de que llegue Amalia y plantee la pregunta de por qué no hago que te detengan en este momento.

–¿Que me detengan por qué? –preguntó él, blanco como la cera.

–Por posesión de drogas, que hábilmente le endosaste a su hermano.

–Eso no es verdad. Ni siquiera sabía que su hermano era…

–He encontrado al tercero en discordia, Karim. Confesó que sabía que Aslam no tenía nada de eso en su mochila. Eso te deja solo a ti. Si confiesas ahora, por lo menos evitarás que se convierta en un escándalo delante de toda la familia. Aunque…

–Tú puedes controlar a tu mujer y evitarlo.

–No, no puedo –replicó Zayn sintiendo que algo más se le abría en el pecho.

No podía controlar a Amalia, como tampoco podía controlar que cada vez estuviese más irracional e inoportunamente unido a ella. Tenía muchas voces que clamaban en su cabeza, y que quisiera acallarlas a todas le indicaba que había llegado a estar demasiado revestido por su propia fachada y había olvidado el fondo de todo.

Se dirigió con aspereza a ese hombre insignificante que había llevado a esa mujer a su vida.

–Aunque no te mereces ninguna concesión, tampoco puedo abochornar a mi tía delante de los demás. Márchate, pero espero por tu bien que el investigador de este caso me comunique esta noche que has confesado tu participación en todo.

Karim captó la firmeza en el tono de Zayn y se marchó tan escurridizamente como había llegado y sin decir una palabra.

Zayn se dejó caer sobre el respaldo y observó a la mujer que se acercaba a él como una tormenta de arena. Nada era igual que cuando ella apareció en su vida. Incluso en ese momento, se sentía como si estuviese en un terremoto, como si todo lo que había conocido en su vida se tambaleara delante de sus ojos.

Sin embargo, era el jeque Zayn Al-Ghamdi, y tenía que hacer lo que fuese mejor para Khaleej, tenía que cumplir con su deber… no

podía hacer lo que le apeteciese más a sus entrañas.

Había dejado atrás a su amigo de la infancia, a un arquitecto al que había admirado en la universidad, a una amiga con teorías revolucionarias sobre la medicina, a personas que habían sido sus amigos y confidentes, porque no eran una compañía recomendable para el jeque de Khaleej. Sin embargo, en cuestión de meses, si no de días, se habían convertido en recuerdos y él había seguido con su vida. Amalia también se marcharía en cuestión de unas semanas. Él volvería a seguir adelante y ella se convertiría en otro de esos recuerdos.

* * *

–Has dejado que se fuera.

Amalia hizo un esfuerzo para que le salieran las palabras a pesar de la decepción. Se frotó la manga del vestido con los dedos por la inquietud. Se sentía como si estuviese todo el rato intentando aminorar el paso del tiempo con la mente y, sin embargo, cada segundo que pasaba, cada amanecer, tirara de ella e intentara partirla por la mitad.

Solo faltaba una noche para que Mirah se casara. Como si eso fuera fácil de asimilar, el hombre responsable de la situación de su hermano se había marchado tranquilamente, lo que le apretaba más el nudo que sentía en el estómago. Zayn, con una sonrisa fría en los ojos, parecía impasible.

–Buenos días, Amalia. ¿Es verdad que ayer por la tarde agarraste del cuello de la camisa a uno de los primos del prometido de Mirah?

–Sí.

–¿Por qué?

–Estaba siendo… un bocazas.

–¿Contigo?

–¿Acaso importa?

–Sí. Tuve que aplacar a sus padres y disculparme en tu nombre por el trauma emocional que le causaste al niño.

–Eso… Eres insoportable, Zayn. Diste por supuesto al instante que yo era la culpable. Me puse un poco agresiva con él porque estaba diciendo cosas desagradables de ti y cuando le llamé la atención, empezó a decir de todo sobre nuestra relación. El niño era un matón en ciernes. Además, ¿has visto lo grande que es?

–Al parecer, sus padres creen que nunca superará la conmoción porque las mujeres, sobre todo las mujeres guapas, altas y de

aspecto angelical, puedan ser tan… ofensivas.

–Estás riéndote de mí.

–Me hace gracia que creyeras que necesitaba que me defendieras.

–En ese momento, me había olvidado del majadero arrogante que eres –replicó ella, por decir algo.

En realidad, le costaba respirar por lo impresionante que era, como le pasaba cada mañana, cada noche y cada vez que lo miraba. Su inmaculada camisa blanca contrastaba con el color bronce bruñido de su piel y resaltaba su virilidad. Sintió un cosquilleo en el bajo vientre y le miró el cuello. Sus dedos anhelaron rodear esa poderosa columna como habían hecho la noche anterior y sentir que los músculos de los hombros se tensaban bajo sus dedos, sentir la presión cuando se movía dentro de ella…

Sonrojada y acalorada, fue hasta la mesa. Los dedos de él, largos y diestros, tamborileaban, eran los mismos dedos que habían estado dentro… que todas las noches la enloquecían…

–Me halaga mucho esa mirada, pero me incomoda en público, en medio de todo el mundo, y no podré darte lo que quieres hasta por la tarde, *habibiti.*

Ella, roja como un tomate, miró hacia otro lado.

–No sé de qué estás hablando. Vine para hablar contigo de ese ser rastrero y Aslam, no para…

–No tienes motivo para avergonzarte y ponerte a la defensiva, *latifa.* Te aseguro que sé perfectamente cómo te sientes.

Ella levantó los ojos y lo miró con la excitación atenazándole las entrañas.

–Tú nunca… Tú no…

–¿Hace falta que te diga que me vuelves loco para que lo sepas, Amalia? Hemos pasado todas las noches juntos desde hace un mes. Todas las noches me digo que una noche más y acabará esa locura entre nosotros, que una noche más sintiendo cómo te retuerces debajo de mí será suficiente… pero nunca da resultado.

La avidez que se reflejaba en su rostro hacía que fuese más impresionante todavía.

–Solo me dejas ver cómo eres de verdad cuando esa pasión brota entre nosotros.

–Yo podría decir lo mismo de ti –susurró Amalia con el anhelo bulléndole en la sangre.

Miró alrededor para concentrarse en algo que no fuesen las palabras que se le amontonaban en la boca, palabras que lo

alejarían de ella antes de que estuviese preparada para soltarlo.

Sin embargo, todos los invitados estaban mirándolos. De no haber sido por Mirah, de no haber sido por Aslam, hacía mucho tiempo que… ¡Aslam! ¿Cómo podía haberse olvidado de que tenía que hablar con Zayn?

–¿Por qué dejaste que tu primo se marchara?

–Solo dejé que se marchara de aquí.

–Se han necesitado todas estas semanas para localizarlo y tú…

–Ya te he dicho que me ocuparé de él.

–Y Aslam sigue…

–Amalia, siéntate y tranquilízate. Estás llamando demasiado la atención.

–Porque no me callo que tú, el jeque de Khaleej, has dejado que un delincuente se escape porque es de tu familia.

Él apretó los labios con un brillo acerado en los ojos.

–No. Estás llamando la atención porque le estás levantando la voz a tu prometido, quien está rodeado de invitados a una boda y algunos son dignatarios de otros Estados. Además, todo ellos están deseando poder decir que careces de la sutileza y sofisticación que se necesita para lidiar esto de una manera adulta y sensata.

Amalia se quedó sin respiración. Sus palabras le dolieron como si fuesen agujas muy afiladas. Una cosa era oírle decir a Mirah que la familia de Zayn, sus asesores y todo el mundo no la consideraban adecuada para el jeque, pero otra muy distinta era que se lo dijera él… y había esperado que algo hubiese cambiado durante las últimas semanas… Se sentía como aquella niña pequeña, desorientada y, sin embargo, conocedora de la dolorosa realidad de la vida. Sentía como si tuviese el corazón perforado. Sin embargo, ya había llegado demasiado lejos como para tirar la toalla.

–Me da igual lo que piensen de mí.

–A mí me importa lo que dirán de ti.

–¿De verdad?

–De verdad. Tu reputación me afecta directamente.

Amalia nunca había sentido esa necesidad de ser alguien que no era, jamás había podido imaginarse que enamorarse significaría darse cuenta de que era inadecuada para el hombre que amaba. Estar con Zayn estaba partiéndola en dos por dentro.

–Dios no permita que el jeque pueda parecer un hombre débil, un hombre que no puede controlar a su imprevisible prometida, un hombre que hace caso a las cosas que salen de la boca de una mujer.

Los ojos de él se oscurecieron como la noche más sombría y su boca se redujo a una línea amenazadora.

–Amalia, no nos mezcles con un prejuicio ancestral y que no tiene nada que ver con nosotros. No nos mezcles con las diferencias de tus padres. Siempre te he tratado con el respeto que te mereces. Te olvidas de que no soy Zayn, tu amante, en todo momento. También soy el jeque y, efectivamente, no voy a permitir que crean que no puedo evitar que mi indisciplinada prometida convierta el desayuno de boda de mi hermana en una discusión sobre el sistema judicial de Khaleej.

–Sobre todo, unos hombres y mujeres a los que he intentado apaciguar con esta farsa.

Amalia, a medida que su genio iba perdiendo fuerza, se dio cuenta de que él no estaba solo enfadado. Era algo más que su fastidio tolerante y burlón ante una de sus opiniones dogmáticas. Eso era distinto. Eso era como una retirada, como si estuviese retirándose detrás del maldito manto de su posición, como si estuviese aprovechando su falta de discreción para recordarse lo inadecuada que era para él.

Quiso gritar. Quería largarse y esconderse en la intimidad de su dormitorio, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se sentó en la silla que él había sacado para ella y con un marasmo de sentimientos corroyéndola por dentro.

El alma se la cayó a los pies al ver todas las caras que estaban mirándolos. El gesto de censura de los padres de él era como un campo de fuerza incluso a través del salón. No, no iba a sentirse como si hubiese hecho algo malo solo porque se hubiese acalorado un poco.

Entonces, vio a Mirah y Farid en la mesa principal y también vio la mezcla de miedo y asombro que se reflejaba en la cara de Mirah. La vergüenza se adueñó de ella. Mirah había sido muy cariñosa y acogedora con ella, a pesar de que se daba cuenta de que creaba vaivenes en su familia y de que se había enterado de que algunos familiares de Farid no la aprobaban.

Lo de menos era que tuviese derecho a enfadarse o no. Era el día de Mirah, un día que había estado esperando desde hacía mucho tiempo.

Esbozó una sonrisa y acercó la silla a la Zayn. Con dedos temblorosos, le quitó una mota de polvo imaginaría del cuello de la camisa y le contó la mañana que había tenido con un empleado y la peluquera para llenar ese silencio tenso que se había hecho. No daría un espectáculo ni aunque fuese lo último que hiciera.

–¿Quieres matarme con esa cháchara tan impropia de ti?

Zayn la interrumpió en un tono irónico que le chirrió a ella. Además, le trazó unos círculos con el pulgar en la muñeca que hicieron que sintiera cierta indolencia por todo el cuerpo.

–¿Acaso no es lo que querías? –le preguntó ella con una delicadeza falsa.

–¿Que actúes como si tuvieras serrín en la cabeza? –parecía desconcertado de verdad–. No quiero que me mires con esa sonrisa falsa y sin calidez en los ojos.

–Algunas veces no sé lo que quieres de mí –ella suspiró–. Excepto…

–¿Excepto?

–Excepto cuando estamos haciendo… cuando estamos teniendo relaciones sexuales.

Sus ojos dejaron escapar un brillo implacable. Por muy enfadado que lo hubiese visto hasta ese momento, jamás había visto ese resplandor bárbaro en sus ojos.

–Ibas a decir haciendo el amor, pero lo has cambiado por relaciones sexuales. ¿Tanto ha cambiado tu actitud hacia esa… intimidad? ¿Se ha convertido en esporádica?

–No, claro que no –contestó ella en tono airado.

Luego, suspiró y se tapó la cara con un brazo. ¿Cómo iba a enfadarse con él cuando lo había provocado a propósito, cuando esa era la respuesta que había querido de él y cuando buscaba respuestas de él mientras no podía decirle cómo se sentía ella? El tiempo con él estaba agotándose, ya solo le quedaban unos días, y solo quería olvidarse de Aslam, de Mirah y de sus respectivas posiciones en la vida, solo quería que fueran Amalia y Zayn. Cuando llegara el momento de marcharse, no quería ser pegajosa con él por nada del mundo, pero tampoco podía endurecerse el corazón.

–Jamás había estado tan desorientada –reconoció ella. No era verdad del todo, pero tampoco era mentira–. Lo único que he hecho durante las tres últimas semanas ha sido acompañarte a todos los actos sociales a los que me has pedido que te acompañara y atender algunos asuntos interesantes cuando alguien ha captado mi interés. Sin embargo, me llaman dogmática y avanzada. Lo único que hacía era…

–Era ser tú misma –le interrumpió Zayn tomándole la mano por encima de la mesa–. No es tu culpa, Amalia. Tienes razón, hiciste todo lo que te pedí que hicieras.

Sin embargo, nunca sería la mujer adecuada para él. No podía

cambiarse y convertirse en el tipo de mujer que todo el mundo aprobaría. ¿Era eso lo que había sentido su madre con su padre? ¿No había podido amar a su padre sin cambiar ella?

Ella asintió con la cabeza y notó el escozor de las lágrimas en los ojos.

–¿Cómo no voy a estar furiosa, cuando dejaste que se marchara?

–¿Confías en mí, Amalia?

Toda lógica le decía que no debería. Habían pasado ocho semanas desde que entró en su despacho y, aparte de dejarle ver a Aslam una vez y de permitir que el verdadero culpable se marchara, Zayn no había hecho nada por su causa. Sin embargo, todos sus instintos, todo impulso irracional que se había impregnado de ese hombre, gritaba que sí.

–Sí, confío –susurró Amalia al cabo de un rato–. Creo que he confiado en ti desde el principio, Zayn, incluso cuando me chantajeabas.

Él se rio, fue una carcajada sincera, y Amalia lo miró. Una vez más, llamaron la atención de todo el mundo, pero Amalia supo que esa vez era porque estaban tan fascinados como ella de verlo reírse.

–Te debo una disculpa por no creer en tu palabra y porque tuvieras que recurrir al chantaje para que se hiciera justicia.

Ella sintió un arrebato de júbilo por la disculpa y por el cariño que vio en sus ojos.

–Fue un placer chantajearlo, jeque.

Los ojos de él relucieron con un brillo burlón y malicioso.

–Si lo que creo sobre el carácter de mi primo es acertado, confesará mañana. Después, liberaran a Aslam en cuestión de días y podrás verlo.

Amalia se estremeció y él la abrazó al instante.

–Estoy impaciente por verlo, por abrazarlo.

–Tiene suerte de que seas su paladín. Espero que haya aprendido a no volver a tirar su vida por la borda. Podría hacer muchas cosas.

El tono melancólico conmovió a Amalia y vislumbró al soñador que llevaba dentro.

–¿Y tu primo irá a la cárcel?

–No lo sé.

–Sin embargo, los dos sabemos que es culpable, y tú mismo me dijiste que tu norma es ser duro con los delitos por drogas.

–Sí, pero no está en mi mano que reciba la sanción que le

corresponde por su delito. Mi padre o alguien de las altas esferas interferirá, porque temerán por la reputación de la familia real, y la sentencia será benigna.

–¿Cómo puedes quedarte tan tranquilo?

–Amalia, no se consigue nada descargando tu ira contra las cosas que no pueden cambiarse. Es algo que aprendí muy pronto.

–Resulta que no eres el todopoderoso que me habías hecho creer –se quejó ella, aunque entendía lo que él quería decir.

Si había aprendido algo durante esos dos meses, había sido que Zayn tenía que equilibrar con mucho cuidado lo que hacía con la percepción que tenía el pueblo de él. No podía ser demasiado avanzado, demasiado occidental, pero tampoco podía permitir que Khaleej se quedara en el pasado. Tenía que equilibrar con cuidado la tradición y el progreso en cada paso que daba en nombre del Estado.

A ella le gustaría poder verlo como un gobernante despiadado, como un playboy, y no como un hombre que algunas veces se encontraba atrapado entre el pasado y el futuro, entre sus propios sueños y las necesidades del país, porque cuánto más veía eso, más sentía que tenía que estar a su lado. En vez de querer huir de las complicaciones que tendría que afrontar, se sentía estimulada por ellas, sentía como si eso fuese lo que debería hacer, como si debiese amar a ese hombre recto y ser su compañera en todo, aceptar por fin su propia cultura y sus propias raíces, porque Zayn representaba lo mejor de ellas.

Sin embargo, él era como una isla. Creía que tenía que cumplir con su deber sin la más mínima felicidad en su vida. ¿Acaso no necesitaba a alguien para que recorriera con él ese delicado equilibrio, alguien con quien no tuviera que ser el jeque todopoderoso sino Zayn, un hombre con debilidades?

Ella, en cambio, no tenía valor para decírselo, para expresar con palabras sus sentimientos más profundos. Había compartido con él los momentos más íntimos de su vida, pero le daba miedo abrirle su corazón, le daba miedo la posibilidad de que la rechazara.

Él esbozó una sonrisa maliciosa.

–Ya sabes mi secreto más profundo, *habibiti.* A lo mejor voy a tener que retenerte para siempre y para que no vayas contando por ahí lo que hay por debajo de la imagen visible del jeque Zayn Al-Ghamdi.

Amalia se quedó encantada de que Mirah los interrumpiera en ese momento. Si Zayn la hubiese mirado a los ojos, habría sabido

cuánto le gustaría formar parte de su vida, aunque para ella fuese una batalla contracorriente en casi todos los frentes.

Capítulo 11

Adónde vas?

La pregunta resonó en el dormitorio y Zayn se dio cuenta de lo infantil y acusador que había sonado. No, no solo había sondado, así era como se sentía. Se sentía como si tiraran de él en dos direcciones opuestas, como si lo partieran por la mitad, como si una voz inagotable le repitiera una y otra vez que su vida era distinta, que no era normal y corriente.

«El amor es una debilidad para los demás, una fantasía, un capricho que no podemos permitirnos, Zayn».

Las palabras burlonas de su padre eran como gusanos en la cabeza, y tomó aire para intentar aclarar la confusión que sentía. Era imposible que esa confusión permanente fuese amor. Él ni siquiera sabía lo que era el amor verdadero, no sabía lo profunda y perdurable que podía ser la relación entre un hombre y una mujer. Solo sabía que la atracción y el deseo que sentía hacia Amalia seguían intactos y que como era la primera mujer que conocía aspectos de su vida que no había conocido ninguna mujer, deducía que tenía una relación con ella.

Una relación que no estaba dispuesto a romper todavía.

–Te he hecho una pregunta, Amalia.

Ella dejó de hacer la bolsa que estaba haciendo, pero no se dio la vuelta inmediatamente. Él no soportaba que hiciese eso, que le ocultara su reacción, que se pusiera una careta para que él no pudiera saber lo que estaba pasando por su cabeza.

Él solo había visto lo que veía todo el mundo en los cinco días que habían durado las ceremonias y celebraciones por la boda de Mirah.

Amalia Noor Hadid Christensen, como habían empezado a llamarla los medios de comunicación de Khaleej cuando se descubrieron sus orígenes, era elegante y equilibrada, el aderezo perfecto en brazos del jeque, alguien que siempre tenía una sonrisa para la prensa o los invitados. A medida que había ido acercándose la boda de Mirah, había parecido como si sus ojos se hubiesen apagado, como si se hubiese tapado tanto con la careta que hasta él empezó a echar de menos sus comentarios

impertinentes y su sinceridad demoledora.

El sonido de la cremallera lo sacó de sus pensamientos, y ella se dio la vuelta por fin, con una mirada implacable.

–Mirah va a pasar esta noche con sus amigas en su ala y mañana se marchará con su marido.

Amalia salió de su dormitorio a la zona abierta al lado de la piscina y él la siguió. La descarga eléctrica que siempre saltaba entre ellos fue más intensa todavía porque ella estaba obligándole a perseguirla. Zayn sintió algo primitivo, atávico, porque los dos sabían cómo iba a terminar eso, cómo iba a acabar esa noche. El pulso ya se le había acelerado y tenía los músculos en tensión.

–Me ha invitado y he pensado que podía pasar la noche fuera.

–¿Y tienes que hacer todo el equipaje por una noche?

Él la siguió alrededor de la piscina cuando ella fue a tomar un libro de bolsillo de una de las alcobas. Cerró los ojos y pudo verla tumbada en un diván con un libro en la mano. Se dio cuenta de que esa imagen ya lo perseguiría para siempre. Frunció el ceño, miró alrededor de la casa donde había depositado todos sus sueños y se dio cuenta de que cada rincón tenía recuerdos de Amalia.

La alcanzó a la entrada de su propio dormitorio y le obstruyó la salida. Esa vez, tenía su camisón y su iPad en las manos. Él había escondido el iPad hacía dos noches porque ella no le prestaba la atención que él quería.

Ella había gritado y había intentado zafarse, pero él la había agarrado y habían acabado cayendo sobre la alfombra. Entonces, la había cubierto con su cuerpo, dominado por las ganas de poseerla. En ese momento, el mismo deseo se adueñaba de él y le impedía ver cualquier otra cosa. La libertad que encontraba con ella, el éxtasis cuando entraba en ella… era una droga que anhelaría siempre.

–Me pareció una buena idea recoger mis cosas. Seis semanas es mucho tiempo y he dejado cositas por todos lados.

Cuando se dio la vuelta para salir, él le interceptó la puerta. Ella, sonrojada y con la boca temblorosa, ni siquiera lo miró a los ojos.

–Zayn…

–Nunca pensé que llegaría el día que tendrías tanto miedo de mí que ni siquiera me mirarías a los ojos, Amalia.

Ella se puso muy recta y lo miró con rabia.

–Espero que ese día no llegue nunca.

Él la agarró de los hombros y la acercó a sí.

–Me has evitado durante los últimos días. En realidad, desde

aquella mañana del desayuno.

Esa vez, ella no desvió la mirada, pero apoyó la cabeza en su pecho. El corazón le retumbaba con fuerza, era una reacción a la que ya estaba acostumbrada.

–Tenía que estar en muchos sitios. Mirah contaba conmigo.

–¿Y hoy?

La rodeó con los brazos, le tomó el trasero con las manos y la estrechó contra sí. No podía dejar de tocarla, no podía evitar que la pasión brotara entre ellos en cualquier momento.

–¿Prefieres pasarlo con Mirah o con su hermano?

Amalia sabía que debería contestar Mirah o cualquier otro sitio donde no estuviera ese hombre, pero era débil, estaba irrevocablemente enamorada de él y anhelaba pasar todos los segundos con él, en sus brazos. Estaba temblorosa y abatida después de haberlo esquivado durante cuatro días.

Él esbozó una maravillosa sonrisa salvaje, la besó posesivamente y un ardor se adueñó de ella al instante. El contacto más leve de sus labios bastaba para que se aferrara a él con un gruñido de avidez. La tomó en brazos y la sacó a la zona de la piscina. El cielo tachonado de estrellas plateadas se reflejaba en el agua y hacía que brillara como si fuese una auténtica joya. Los faroles marroquís que rodeaban la piscina daban la luz suficiente para que vieran el camino y un olor a incienso de rosa llegaba de alguna parte y llenaba el ambiente con un aroma voluptuoso. Jamás se había imaginado que estaría en un lugar como ese, pero era el hombre quien le entrecortaba la respiración y hacía que le flaquearan las piernas.

La llevó a una alcoba que tenía las mejores vistas del cielo y la piscina. La dejó en el suelo y fue a bajarle la cremallera del vestido, pero ella le sujetó la mano.

–Los empleados…

–¿No te has dado cuenta de que no pueden venir aquí, y menos por la noche, *habibiti*? –susurró él mientras le acariciaba cada centímetro de piel que iba destapando–. No quería que nadie oyera los sonidos que haces cuando llegas al clímax. No podía arriesgarme a que alguien viera tu piel sedosa, esos pechos turgentes o tus piernas entrelazadas con las mías cuando duermes. Eres mía, Amalia. Algo bárbaro se despierta en mí cuando pienso que otro hombre mira tu cuerpo u oye esos gemidos que das.

Amalia, con la boca seca, se quedó dominada por las

sensaciones que la abrumaban. Era suya y quería ser suya todas las mañanas al despertarse, no solo en la intimidad y oscuridad de la noche.

Sin embargo, antes de que ella pudiera formar siquiera las palabras, le bajó el vestido ceñido y le quitó el sujetador sin tirantes. Se quedó solo con las braguitas. Sintió la brisa por todo el cuerpo desnudo y tuvo un escalofrío. No se dio cuenta de que él también se había quitado la ropa hasta que su piel, cálida y como terciopelo, tocó la de ella. Le dio la vuelta para ver su contorno en la piscina y la besó en el hombro. Notó la aspereza de la barba incipiente en la delicada piel y se habría derretido en las baldosas del suelo si él no estuviese sujetándola.

–He soñado con tomarte así desde que entraste aquí aquel día y miraste alrededor maravillada. Aquí, con el cielo y las estrellas como testigos de esta magia que hay entre nosotros…

Amalia ya estaba jadeando cuando él le tomó los pezones entre el pulgar y el índice, ya estaba húmeda y dispuesta para él. La tumbó en el suelo entre besos que le derretían la piel y se tumbó a su lado.

Sonrió cuando ella se quejó, pero la puso encima, a horcajadas sobre él. Unas sensaciones distintas y una excitación más intensa todavía se adueñaron de ella. Cerró los ojos cuando él bajó la mano desde los pechos hasta la entrepierna, pasando por el abdomen rebosante de anhelo. Dejó escapar un gruñido cuando él comprobó que estaba preparada.

–Móntame con tu pelo maravilloso cayéndote por encima y el cielo estrellado de fondo. Eso es lo que quiere el beduino que llevo dentro.

Amalia, ávida de él, le tomó la erección gruesa y cálida y la introdujo dentro de ella. Él le agarró las caderas, pero dejó que ella marcara el ritmo. Echó la cabeza hacia atrás en cuanto notó la dureza de su miembro dentro de la hendidura.

–Dime lo que sientes –le pidió él con la voz ronca.

Amalia no podía moverse todavía, ni abrir los ojos y mirarlo.

–Siento una placer intenso. Zayn es… es como si ocupases todo mi interior.

Bajó lentamente las manos a su trasero, y Amalia se contoneó. Sus gruñidos surcaron el aire silencioso hacia el cielo. Ella apoyó las manos en su pecho y se inclinó hacia delante, hasta que él casi se salió de ella.

La agarró con tanta fuerza que las venas del cuello se le hincharon. Amalia comprendió el esfuerzo que estaba haciendo para dominarse, que era superior a las ganas que tenía de que ella llevara las riendas.

Amalia, que disfrutaba con el poder que sentía al descontrolar a un hombre así, se puso recta y se movió arriba y abajo. Se estremeció al oír las palabras obscenas de él y, con cada acometida, aprendía lo que quería ese hombre impresionante hasta decir basta, aprendía lo que hacía que ella disfrutara más. Entonces, puso un ritmo que liberaba todo el amor desenfrenado que reprimía. Allí, no había distancia entre ellos. Allí, no le daba miedo el rechazo. En ese momento, eran perfectos el uno para el otro y solo estaban completos el uno con el otro.

Amalia, sudorosa, contrajo los músculos más íntimos mientras él le acariciaba el clítoris. Echó la cabeza hacia atrás y gritó mientras le caían lágrimas por las mejillas por lo intenso que era el placer. Le embestidas de él hacia arriba la llenaban plenamente, acompañaban las oleadas de su orgasmo. Hasta que acometió una última vez con un gruñido bárbaro.

Cayó encima de él como si se hubiese desecho en mil pedazos. Jadeaba sobre su piel húmeda mientras él la abrazaba con fuerza. Sus defensas también se hacían añicos cada vez que lo tenía dentro, cada vez que compartían esa pasión incontrolable. Cerró los ojos para intentar recordar la textura de su piel, el olor de su cuerpo húmedo, la tensión de sus músculos y la belleza de ese hombre duro que tenía un corazón muy grande.

Había llegado la hora de que se marchara.

* * *

–Zayn, tenemos que hablar.

–No. Me da igual si Mirah ha invitado a tu estrella de rock favorita, Amalia. Esta noche no vas a separarte de mi lado.

–No me refiero a esta noche. Quiero hablar de algo importante.

Él le introdujo descaradamente la mano entre los muslos y ella volvió a humedecerse bochornosamente y a soltar un gemido contra su voluntad. Estaba dispuesta otra vez.

Si él movía el pulgar que tenía indolentemente sobre la protuberancia de su sexo, ella sabía que no se repondría esa noche y que pasarían otras noches mientras los días interminables la corroían con ilusión y anhelo.

Esperaba que llegara el momento en el que le dijeran que la

farsa había terminado, que le dijeran que Zayn Al-Ghamdi ya no la necesitaba, que sintiera que se le desgarraba el corazón…

Tenía que marcharse mientras todavía conservaba intacto algo de sí misma, antes de que la machacara completamente.

–Quiero hablar de nosotros, de nuestra relación, y no puede esperar hasta mañana.

Él la soltó tan bruscamente, el deseo desapareció de su cara tan de repente, que se habría reído si no hubiese estado a punto de llorar otra vez. Se sintió como si no solo su cuerpo estuviese desnudo y vulnerable ante él y se cubrió con la manta que Zayn había puesto antes por encima de ellos.

Él, evidentemente, no se sentía tan cohibido. Aun así, ella tenía que mantener esa conversación y no quería ver lo que estaba dejando atrás. Por eso, se levantó con la manta, tomó otra y se la tiró a él. Zayn hizo una mueca pero, afortunadamente, no dijo nada sobre su timidez. Aunque hubiese despertado en ella los deseos más ardientes…

–¿Tenemos que hablarlo esta noche?

Amalia tomó aire y contuvo la rabia que estaba adueñándose de ella.

–No hace falta que te asustes, solo quiero que hablemos de nuestros planes.

–No me asusto, es que… –él se llevó una mano a la nuca y los músculos del pecho se le tensaron tentadoramente–. Es que es la primera noche, desde hace más de una semana, que estamos juntos y solos.

Le pareció un niño pequeño y lo miró con cierta perplejidad.

–Zayn…

Sin embargo, el momento de vulnerabilidad había pasado.

–Dímelo, ¿qué pasa?

–Tengo… Tengo que hacer planes. Gracias a ti, Mirah está casada con un hombre que la amará el resto de sus días.

–Y a ti –añadió él apretando los labios.

Ella se encogió de hombros.

–Hoy he oído a uno de tus asesores que decía que Aslam quedará libre un día de estos. Tengo que marcharme en cuanto me haya cerciorado de que está bien…

–¿Con Massi y la vida que te espera?

–Sabes lo que siento por él y no paras…

De repente, él la atrajo hacia sí con los ojos como ascuas.

–Porque estoy celoso de tu amistad con él. Eso es lo que me haces, Amalia…

–Se trata de nosotros. Una vez que los dos hemos conseguido nuestros objetivos, tengo que volver a mi vida. No puedo dejarla en punto muerto para siempre. Ni por Aslam ni por ti. Tengo que salir de esta fantasía en algún momento y volver a la realidad.

–No tienes que marcharte de Sintar todavía…

Ni dejarlo a él. No lo dijo, pero las palabras quedaron flotando en el aire. La esperanza aleteó en su pecho como las alas de un pájaro diminuto.

–¿Qué-qué quieres decir?

–Tenías razón. Mirah está casada y, según las encuestas sobre tu idoneidad para ser la próxima jequesa, Khaleej y su pueblo, mi familia, mis empleados y todo el mundo cree que estamos juntos, que me has cautivado por completo. Al parecer, eres la cenicienta de hoy en día. ¿Por qué íbamos a estropearlo si no hace ninguna falta?

–¿Quieres que me quede en Sintar?

–Sí, conmigo, en el palacio.

Amalia temió que el corazón le explotara si latía un poco más deprisa.

–Zayn, no sé qué…

–Gracias a tu chantaje, no tengo que preocuparme del matrimonio durante un tiempo, y no sé por qué no íbamos a disfrutar el uno del otro, a seguir con esta farsa hasta que tenga que cumplir con mi deber otra vez.

El dolor le atravesó el pecho como una lanza entre las costillas y las palabras no le pasaban por la garganta.

–¿Sigues queriendo encontrar la candidata ideal?

–Sí. Puedo darme el capricho durante un tiempo breve, Amalia, pero, al final, necesitaré una jequesa…

Amalia se levantó tan deprisa que la cabeza le dio vueltas un instante. Había tenido razón, jamás la consideraría idónea, jamás la daría la oportunidad. Levantó la barbilla y cubrió el corazón desgarrado con un manto de orgullo y dignidad.

–Aunque me alegra saber que lo tienes todo pensado según tus planes y tu vida, me temo que no me sirve, Zayn.

–¿Por qué?

–Verás. Yo, como tú, tengo mis expectativas, aunque no un reino. Como he empezado un poco tarde a vivir lejos de las sombras del pasado, estoy dispuesta a recuperar el tiempo perdido. Una relación predestinada a no llegar a ninguna parte mientras caigo cada vez más profundamente… –Amalia titubeó cuando el dolor por perderlo fue mayor que su ridículo orgullo–. Eso me

recuerda demasiado al destino de mi madre.

–Si he aprendido algo durante las seis semanas pasadas, durante nuestra tórrida aventura, es que no tengo que vivir mi vida según los miedos o los complejos de nadie, y eso te incluye a ti y esa idea que tienes, a ese patrón que tienes de la mujer que te convendría ser.

La agarró de los brazos con tanta fuerza que le hizo daño. Amalia, con lágrimas en los ojos, luchó para no caer en su abrazo.

–Siempre has sabido adónde llegaba esto.

–Sí, y ahora digo que ya está bien. Antes de me aniquiles del todo, antes de que me conviertas en una sombra y jamás pueda volver a ser la que era. No me hagas esto, Zayn, no hagas que me arrepienta de haberte conocido. Por favor, no hagas que me odie y que te odie.

Un brillo bárbaro resplandeció en sus ojos, y Amalia se estremeció al captar que él lo había entendido. Los dos sabían que era incapaz de resistirse a él una y otra vez… Los dos sabían que ella se quedaría si él cubría la distancia que los separaba para buscar su boca…

Sin embargo, fue soltándola despacio y se marchó sin decir una palabra.

Amalia cayó de rodillas sobre las baldosas entre la decepción, el alivio y mil sentimientos que la aplastaban.

Capítulo 12

Zayn, con las manos en los bolsillos, miraba los alrededores del palacio por la ventana de su despacho. Las últimas semanas habían sido las más complicadas de su vida. Se había entregado al trabajo y se había impuesto un ritmo que había dejado con la lengua fuera a sus empleados, como si así pudiera alejarse de la desolación que amenazaba con adueñarse de él si paraba un instante para respirar.

Toda su vida había vivido con la cantinela de que el deber era más importante que la felicidad personal, pero el deber había dejado de importarle. Cuanto más trabajaba para mejorar Khaleej, más resentido se sentía. Era un precio muy elevado el que tenía que pagar. Amalia había roto ese caparazón de desapego gélido que se había construido alrededor y había llegado a una parte de sí mismo que había enterrado muy profundamente. Había pasado toda la mañana al teléfono y seguía sin saber dónde estaba cuando ya era mediodía y el sol resplandecía en los jardines.

¿Había ido allí porque allí fue donde la conoció? ¿Lo había borrado tanto de su vida que era inalcanzable para él? Solo había un hombre que podía haberla ayudado, y la idea de que Amalia estuviera con Massi le corroía las entrañas.

Las lamentaciones se le amontonaban. Para empezar, no debería haber dejado que lo abandonara. Tampoco debería haber tardado tanto en romper el caparazón, en darse cuenta de que su mundo estaba vacío sin ella a su lado, que ni siquiera podía digerir la idea de que una mujer dócil… La idea de que podría haberla perdido para siempre lo desgarraba y lo desasosegaba por completo.

Nunca se había sentido tan solo y nunca le había parecido tan insoportable el peso de Khaleej sobre sus espaldas. Ni siquiera quería ver a su padre.

Nunca había sido jugador, pero, aun así, había apostado, había esperado que la idea de su boda le devolvería a Amalia de alguna manera. El crujido de la puerta hizo que se diera la vuelta con el corazón desbocado. Resopló cuando vio que era Benjamin Carter. El magnate de Nueva York, recién casado y vomitivamente

enamorado, era el hombre que menos quería ver.

Al menos, el resto del palacio y sus empleados no se atrevían a recordarle que iba a casarse al cabo de unas horas y la novia había desaparecido.

–Me he dado cuenta de que te falta una novia, jeque –el americano hizo una mueca de indolencia–. ¿Es posible que nuestra querida señorita Young no haya podido convencer a una mujer para te acepte?

Zayn puso los ojos en blanco.

–Como eres mi invitado y tu novia se quedaría espantada, dominaré las ganas de partirte la cara, Carter. Ahora, déjame en paz.

Cualquier otro hombre se habría acobardado por su mirada implacable, pero, como se había imaginado, el otro hombre no se inmutó por la advertencia. Sin embargo, al menos, borró esa sonrisa maliciosa.

–Tus empleados están enloquecidos y tu departamento de relaciones públicas no sabe si emitir un comunicado. Esto podría convertirse en otro escándalo descomunal, jeque. Aunque tu hermana esté felizmente casada, tu reputación podría…

–Como decís vosotros, Carter, me importa un rábano.

–¿Dónde está la mujer con la que deberías casarte?

A Zayn no le costó nada contestar, a pesar del vacío que tenía en las entrañas, y quizá fuese porque Carter era una de las pocas personas del mundo que no se dejaba intimidar por el aura de poder que irradiaba.

–No es que debería, Carter, es que es la mujer con la que quiero casarme.

–¿De verdad? ¿Y dónde está?

La expresión que vio en la cara del otro hombre hizo que Zayn sonriera.

–No sé dónde está, y tampoco sé si se presentará.

–Pero ella sabe que hoy va a casarse contigo, ¿verdad?

Carter lo preguntó como si Zayn se hubiese vuelto loco, y era posible. Era posible que fuese un disparate esperar a una mujer a la que ni siquiera le había pedido que se casara con él, pero si esa cháchara sobre su boda no sacaba a Amalia de su madriguera, nada lo haría. Al día siguiente tendría que dar muchas explicaciones, pero, en ese momento, le daba igual. Sacudió la cabeza y Carter dejó escapar un improperio.

–Que el novio no sepa si la novia va a presentarse no es una costumbre rara de Khaleej, ¿verdad, jeque?

–Creo que debería sentirme ofendido, pero sé que lo dices con buena intención, Carter… y no, no es una costumbre rara.

Había desafiado todas las costumbres y tradiciones al enamorarse. Ya no creía que Amalia fuese inadecuada, era él quien se quedaba corto para lo que se merecía ella. Tenía un poder inmenso y era uno de los hombres más ricos del mundo, pero no podría dedicarle todo el tiempo si vivía con él, y tampoco podría ofrecerle una familia cariñosa y acogedora. Estaba seguro de que casi toda su familia, excepto Mirah, la trataría con frialdad, harían que se sintiera una intrusa durante toda su vida.

Para estar con él, tendría que negociar muchas cosas que podría darle cualquier otro hombre. Si tuviera un poco de sentido común, la dejaría en paz. Sin embargo, se daba cuenta de que también era egoísta cuando se trataba de ella. Haber renunciado a la arquitectura, a amigos y a la felicidad personal no era nada si lo comparaba con lo vacía que sería su vida si no tenía a Amalia al lado.

–Entonces, tengo que beber algo y está claro que tú también, jeque. ¿Por qué no…?

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Amalia apareció con la boca temblorosa y el pecho subiéndole y bajándole mientras lo miraba con los ojos como ascuas.

–Tú… bárbaro arrogante y desalmado… ¿Cómo has podido…?

Se le paró el pulso y algo lo atenazó por dentro, la necesidad imperiosa de tomarla en brazos y llevársela al desierto, donde no volvería a tener la posibilidad de escaparse. Sonrió al imaginárselo. La gustaría tanto a Amalia como que la arrastrara a su cueva agarrada del pelo…

Le costaba respirar y no podía mantener la entereza. El farol había dado resultado, pero todavía quedaba mucho camino por recorrer. El orgullo acudió al rescate.

–Creo que bárbaro y desalmado quieren decir más o menos lo mismo, Amalia.

Era lo único que le quedaba para combatir la sensación de pérdida que lo había dominado durante tres semanas. No se encontraba a gusto con esa sensación de ser inadecuado, de dudar de sí mismo. Iba tener que emplear mucha sutileza para negociar el trato de su vida, y tenía menos que ofrecer que la otra parte.

Amalia hizo ese gesto amenazador tan típico de ella y los pómulos se le sonrojaron.

–No juegues hoy conmigo, Zayn. Es posible que se te haya olvidado, pero te recuerdo que se me da muy bien el chantaje y,

una vez más, a todo el mundo le encantaría oír lo que tengo que decir sobre su alteza real el jeque Zayn Al-Ghamdi.

Zayn, atónito, se quedó mudo, pero la carcajada de Carter retumbó en la habitación como la explosión de unos petardos. Ella miró a Benjamin con el pecho subiéndole y bajándole.

–¿Puedo quedarme unos minutos con el jeque?

Carter esbozó una sonrisa indolente y asintió con la cabeza antes de dirigirse a Zayn.

–¿Doy por supuesto que la boda está en marcha, jeque? ¿Aviso a los empleados?

Él no dejó de mirar a Amalia, captó la rabia y sintió el apremio.

–Sí –contestó él en tono irritado.

No soportaba esa sensación de debilidad, de haber perdido el control. No estaba preparado para eso.

–La señorita Christensen, supongo –Amalia asintió con la cabeza a la pregunta de Carter–. Que se entere…

Carter salió, la puerta se cerró y se quedaron en silencio mirándose el uno al otro. Él había pasado por muchas situaciones angustiosas en su vida, tanto económicas como políticas, y había tenido muchas vidas en sus manos, pero desconocía esa tensión que le vibraba por dentro.

–Amalia…

–Dijiste que ibas a esperar unos meses. No ha pasado casi ni un mes desde que me marché y esta fecha… Es la fecha cuando dijimos a todo el mundo que íbamos a casarnos. Es que…

Se apartó un mechón de los ojos con una mano temblorosa y Zayn se dio cuenta por fin. Fue como un puñetazo en el estómago, como una bofetada de rechazo.

Se había cortado el pelo. Esos mechones largos y ondulados con los que le encantaba rodearse los dedos, que le habían acariciado el cuerpo con una caricia sedosa, en ese momento, acariciaban la cara y el mentón de ella y le daban un aspecto de duendecillo.

Sin embargo, como estaba dispuesto a empezar el camino que iba a recorrer, arrugó la boca. La necesitaba en su vida como a nada en el mundo, pero no quería que su vida en común se convirtiera en una batalla detrás de otra. Ya tendrían que librar bastantes batallas juntos como para que su vida personal también lo fuera.

–Te has cortado el pelo –comentó él sin disimular el tono de acusación.

Ella se pasó los dedos por los mechones que le llegaban a los hombros y el brillo desafiante de sus ojos hizo que parecieran unas piedras preciosas.

–Quería algo distinto, algo que no me hiciera pensar en ti todos los días.

Otro puñetazo que lo dejó sin aliento.

–¿Y fue tan sencillo como cortarte el pelo?

Algo que él había adorado. Ella se encogió de hombros y él, cuando se le pasó la furia que tenía en el pecho, se acordó de que era lo que hacía siempre que no quería decir toda la verdad. Se recordó a sí mismo que ella estaba allí y que había irrumpido como una furia porque iba a casarse. Ese era el inicio que él había querido.

–¿Dónde…?

–No he venido para contestar tus preguntas ni para que me incordies –le interrumpió ella.

¿Por qué había llegado a creer él que eso iba a ser fácil? Tenía poca experiencia con los sentimientos y en hablar de ellos… y esa era Amalia, quien lo convertía todo en una batalla. Zayn suspiró.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

–He venido para decirte cuatro cosas.

–¿Y dónde has estado durante el último mes?

–Con… –Amalia volvió a encogerse de hombros–. Eso de igual. Tenía que venir porque…

–¿Aslam se ha metido en otro lío?

–¿Te importaría dejar de interrumpirme como si fuese uno de tus empleados? Ya es bastante complicado.

Entonces, se dio cuenta de que tenía ojeras y de la tensión en su rostro.

–Solo tenía curiosidad por Aslam. Pensé vigilarlo un poco por ti, pero mis empleados ni siquiera pudieron encontrarlo.

Ella lo miró fijamente y con los ojos entrecerrados. La incredulidad de que pudiera preocuparse por algo tan insignificante como el bienestar de su hermano hizo que le aumentara la rabia.

–¿Tanto te cuesta creértelo?

–Sí. No… –Amalia bajó las pestañas y se alejó, pero él vio que antes tragaba saliva–. Él… está haciendo cambios en su vida, los acertados. Tenías razón. Creo que el tiempo que pasó en la cárcel hizo que se diera cuenta de que estaba dirigiéndose hacia el desastre. Está pensando en volver a la universidad.

–Me alegro. Más por ti que por él. Sé cuánto lo quieres.

Ella se encogió de hombros y se le empañaron los ojos. El leve temblor de sus labios y la respiración entrecortada fueron como un puñetazo en el pecho para Zayn.

–Sí, pero el amor no siempre es suficiente, ¿verdad? He averiguado que mi padre amaba a mi madre tanto como ella a él, pero no consiguieron que saliera bien.

–¿Fuiste a verlo?

Ella asintió con la cabeza y una lágrima le cayó por la mejilla.

–Aslam se negó a dejar que me marchara, y tampoco quiso venirse conmigo. No paraba de decirme que mi sitio estaba en Sintar con…

–Es verdad.

–Mi padre, cuando se enteró de que Aslam estaba libre, fue a vernos al hotel y me di cuenta de que no podía ser una cobarde el resto de mi vida.

–Amalia, eres la última mujer del mundo a la que llamaría cobarde.

Ella se quedó completamente pálida.

–¿Tanto te cuesta creer que tengo buena opinión de ti, Amalia?

–Que te parezca hermosa, fuerte o inteligente da igual, ¿verdad, Zayn? Tú crees…

El silencio, cargado de tensión y emociones, se hizo otra vez entre ellos. Zayn se sentía como si fuese a rasgarse de dentro a fuera. Amalia, con los hombros temblorosos, también parecía como si una ráfaga de viento pudiera tumbarla.

Entonces, se dio cuenta de lo mucho que tenía que haberle costado ir ahí ese día, cuando tendría que haberse encontrado con la mujer que él había elegido. Todo se disolvió ante esa vulnerabilidad, ese orgullo, esa dignidad y esa arrogancia. Le abochornaba y desconcertaba que ella hubiese dado ese paso hacia él, cuando solo la había utilizado. Al parecer, el amor correspondido era como una montaña rusa, se pasaba de la exaltación a la desesperación en cuestión de segundos.

–No hay ninguna novia…

Ella frunció el ceño y el temblor que le recorrió el cuerpo fue demasiado evidente como para que pasara inadvertido.

–¿Qué significa que… no hay ninguna novia?

Ella se apartó el pelo de la cara, un gesto que conservaba, aunque se había cortado los mechones ondulados, y miró hacia la puerta como si fuese a salir corriendo, pero se giró hacia él con el ceño más fruncido todavía.

–Sin embargo, sí hay invitados que llegan de países vecinos y

de tu familia. Hay equipos de televisión por todas partes para retransmitir… ¿puede saberse cómo es posible que no tengas novia, Zayn?

Zayn se acercó a ella y le tomó las manos. El corazón nunca le había latido tan deprisa.

–Se me olvidó pedirle a la novia que se casara conmigo, y no lo sabe. Solo esperaba, desesperadamente, que se presentara. Carter cree que me he vuelto loco, y yo creo que tiene razón.

Ella empezó a entenderlo y retiró las manos con un gesto muy brusco.

–Esto solo era…

–Amalia…

–¡Eres un majadero manipulador!

–¿Manipulador? Desapareciste de la faz de la Tierra. No contestabas mis llamadas, me borraste de tu vida tan completamente como hiciste con tu padre.

–Porque el corazón se me estaba desgarrando y a nada que hicieras me quedaría todo el tiempo que quisieras.

–No sabes cuánto lamento haberte hecho pasar por eso, cuánto deseo… –la mirada de Zayn se cargó de cariño y acabó con la poca racionalidad que ella estaba intentando conservar–. ¿Te casarías hoy conmigo?

–¿Es otra farsa para salir del paso político?

–No. En realidad, mis asesores no paran de repetirme que podrías no ser una buena candidata a jequesa.

–Ya lo oí bastantes veces mientras estaba aquí, y creo que tus malditos asesores y tú estabais equivocados. Eso es lo que he venido a decirte.

–Eso es lo que has venido a decirme…

Un rayo de esperanza lo iluminó por dentro. Sus muñecas eran delicadas entre sus manos, casi frágiles y, aun así, ella tenía su felicidad, su porvenir, en sus manos.

–Entonces, dímelo –añadió él.

–Creo que tu suposición de que no puedes tener la más mínima felicidad en tu vida es falsa. Tu suposición de que yo te apartaría de tu deber y disminuiría tu poder es más absurda todavía. Sé mejor de lo que te crees lo que es el deber y la entrega. Dejé mi vida en punto muerto durante muchos años para cuidar a mi madre, y no flaqueé ni una vez ni se lo reproché. Jamás te debilitaría, Zayn. ¿Cómo iba a hacerlo? Ha habido reyes, presidentes y jefes de Estado por todo el mundo y a lo largo de la historia que se han casado por amor, que han decidido conseguir

cierta felicidad personal y que les ha ido mejor todavía. Si crees que podría convertirme en una carga para ti… –la voz se le entrecortó por la emoción– entonces, no eres el hombre que creía que eras.

Los ojos de él dejaron escapar un destello dorado que hizo que ella sintiera una alegría incontenible.

–¿Y si yo te dijera que he llegado a la misma conclusión, aunque un poco más despacio que tú, que podría cargar con cualquier responsabilidad si te tengo al lado y haces que todo tenga sentido y sea alegre?

Ella ya no contuvo las lágrimas y el corazón cobró vida, como si lo único que hubiese hecho hasta ese momento hubiese sido bombear sangre.

–¡Me engañaste! Sigues creyendo que esto es como una lucha de poder entre nosotros. Tú…

–No me dejaste otra alternativa que engañarte. No podía encontrarte y me volví loco al imaginarme todo tipo de… situaciones.

–No me metí en ningún problema, Zayn.

–¿Problema? No. Eres la mujer más resolutiva que he conocido, Amalia. Algunas noches me encuentro deseando con toda mi alma que no fueses tan fuerte e independiente, tan obstinada que…

–Ya sé lo que te gustaría que fuese –le interrumpió ella–, pero soy como soy.

–Me has entendido mal. Te tomé, tu fuerza, tu ánimo y tu independencia, te tomé entera para desbloquear mi corazón, hasta el punto de que tengo la sensación insoportable de que yo soy el que no está a tu altura. Lo que me preocupaba era que te hubieses dado cuenta de que te merecías un hombre que lo supiera, que te amara como había que amarte. Me aterraba que hubieses vuelto con Massi y me hubieses borrado por completo de tu vida.

Amalia solo pudo quedarse mirándolo fijamente por la vulnerabilidad que se traslucía en cada palabra que decía. Fue hacía él y toda la rabia que podía haber sentido como defensa se derritió por la calidez de sus palabras. Él la abrazó con tanta fuerza que la dejó sin respiración, aunque le dijo más que con palabras. Supo que la amaba aunque todavía tenía que decirlo, pero los sentimientos eran una asignatura pendiente para él. Le habían enseñado que eran una debilidad y que no necesitaba ni a nada ni a nadie.

Ese hombre que no daba un paso si creía que podía perjudicar a Khaleej o a la percepción que tenían de él se había arriesgado

mucho por ella. Se había vuelto vulnerable por ella y, por el momento, eso tendría que ser suficiente.

No paraban de decir que era demasiado dogmática e independiente para él, ¿no? Pues sí, efectivamente, lo era y no podía soportar que dudara de sí mismo.

–Nunca he amado a ningún hombre como te amo a ti, Zayn, y nunca lo amaré. ¿Qué tengo que hacer para que te lo creas?

Él le tomó la cara entre las manos y sus ojos reflejaron una alegría tan profunda que Amalia se olvidó de respirar. Esa sonrisa era suficiente para que se enamorara de él otra vez, y sabía que era una sonrisa que no había visto nadie, que era solo para ella. Apoyó la frente en la de ella con la respiración entrecortada.

–Mi corazón te pertenece, *habibiti.* Nunca había sentido nada como ese vacío en el pecho, como si hubiese perdido una parte esencial de mí mismo y nunca volvería a sentirme pleno… Nunca había renegado tanto de lo que tengo que ser como cuando no estabas conmigo. Me has abierto el corazón, te amo, Amalia.

La besó en la boca y ella se derritió. Entrelazó los dedos alrededor de su nuca y se movió con avidez bajo sus expertas caricias, se abrió a él como una flor se abre al sol. Nunca se había sentido tan fuerte, nunca se había deleitado tanto de estar viva.

Se estremeció cuando él separó las piernas y ella sintió su erección en el vientre. Habían pasado un mes separados y la necesidad de tenerlo íntimamente era más intensa todavía, aunque también le daba miedo porque solo en la cama, cuando compartían esa intimidad tan profunda, Zayn se abría a ella. Lo agarró de las caderas con avidez de tenerlo dentro otra vez. Él se rio sobre sus labios y se apartó después de haber hecho que su cuerpo reaccionara.

–Nada me gustaría más que tomarte aquí, *latifa,* pero… –él parecía tan aturdido que Amalia se rio–. Ya me acuerdo. ¿Dónde has estado, Amalia?

–Con Aslam y mi padre.

–Me habría gustado estar allí contigo, me habría gustado que me hubieses dejado ser tu fuerza.

–Sin embargo, hiciste que me viera con unos ojos distintos, hiciste que me cuestionara todo lo que había creído siempre. Estaba muy enfadada por lo que me había hecho mi padre al mandarme con ella, tanto que hice propias todas las quejas de mi madre hacia él y dejé que nutrieran mi odio. Si lo odiaba, no tendría que hacer frente al dolor. Cuando me fui de aquí, estaba muy enfadada contigo y con él, y conmigo misma. Esa rabia fue

buena, positiva.

–¿Qué dijo él?

–Sigo enfadada porque renunció a mí muy fácilmente, pero entiendo por qué lo hizo. Mi madre pasaba períodos de euforia absoluta que dejaban paso a otros períodos sombríos de los que nada podía sacarla. Además, sus diferencias y las presiones del matrimonio no ayudaron. Cuando él le indicó que necesitaba ayuda médica, se puso como una fiera. Hasta yo recuerdo el día en el que bloqueé todo lo demás. Me dijo que se daba cuenta de que la vida con él solo complicaba mucho las cosas a ella. Fue el día que ella me dijo que quería divorciarse.

–No lo entiendo –Zayn frunció el ceño–. ¿Él creía que tu madre podía estar sufriendo una depresión y dejó que te fueras con ella? Es el colmo de la negligencia.

Ella se encogió de hombros y él supo que seguía librando la misma batalla. La abrazó y deseó poder aliviarle el dolor de alguna manera. No quería que nada le hiciese daño y, sin embargo, vivir con él iba a ser una complicación para ella. Sin embargo, estaba decidido a compensarlo, a amarla mucho más. Nunca dejaría que ella dudara de cuánto la amaba, de lo importante que era para él.

–No estás obligada a perdonarlo o a ofrecerle un sitio en tu vida. Ódialo si lo sobrellevas mejor. No volveremos a verlo otra vez.

Ella lo miró con los ojos resplandecientes por las lágrimas.

–Duele, pero lo entiendo, Zayn. Ella le prometió que buscaría ayuda si le dejaba que uno de nosotros se fuera con ella y si él no volvía jamás a su vida. Me entregó a mí en vez de a Aslam.

–Porque tú eras la más estable –parecía tan enfadado por ella que Amalia casi se preocupó por su padre–. Él sabía cuánto se iba a apoyar ella en ti. Te convirtió en una adulta mucho antes de que lo fueras.

–Creo que no tuvo más remedio y que la amaba mucho, más de lo que nos amaba a Aslam o a mí. Cuando me marché, él se conformó con Aslam y su familia nueva. Creo que ella, aunque cumplió su palabra y buscó ayuda médica, nunca le perdonó que renunciara a ella, que no luchara por ella –tomó aire y apoyó la cara en su pecho–. Él… Él se disgustó cuando se enteró de lo que había pasado entre nosotros –Zayn se puso rígido y ella siguió enseguida–. No le dije lo del chantaje, solo le dije que… que me había enamorado de ti. Estuvimos hablando toda la noche. Creo que él esperaba que me alejara de ti. Dijo que solo veía problemas

para nosotros. Yo le dije que nosotros no éramos como ellos, pero él me replicó que nosotros lo tenemos mucho más complicado.

–Tiene razón, Amalia. No puedo mentirte sobre lo que nos espera…

Fue como si el suelo se hubiese abierto debajo de sus pies otra vez.

–¿Qué quieres decir?

–Que te amo tanto que… que tendría que poner tu felicidad por encima de la mía. Una vida conmigo no será fácil para ti. Una vida real nunca está carente de presiones, pero…

–¿Crees que no lo sé? Vine dispuesta a llevarte y a llevarme por delante a quien se pusiera en mi camino, Zayn. Creo que si nos amamos de verdad…

–No hay «si» posible, *latifa.* Estoy perdido sin ti.

Amalia lo besó con todas sus fuerzas.

–Entonces, deberíamos poder con todo lo que nos salga al paso. Sé que quiero estar contigo más que cualquier otra cosa que haya querido en mi vida.

–Entonces, ¿serás mi esposa, Amalia? ¿Serás mi jequesa? ¿Te casarás conmigo esta noche porque no puedo estar separado de ti ni una noche más?

Amalia asintió con la cabeza y él le dio un beso cariñoso que fue una promesa del hombre y una capitulación del jeque.

Epílogo

Cinco años más tarde

Las estrellas se reflejaban en el agua oscura y parecía que pertenecían a la tierra, a esa piscina, a la casa donde Amalia había creado su hogar con su marido, el jeque Zayn Al-Ghamdi.

Después de haber pasado un mes por Europa con su marido, su hija, su hijo y todo el séquito, se alegraba de estar en casa otra vez. Era arduo viajar con un programa tan repleto, con niños, con niñeras y con asesores, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Prefería ver a su marido, aunque fuera de refilón, en una cena con políticos, que no verlo durante semanas.

Algunas veces discutían acaloradamente y otras transigían con delicadeza, pero nunca estaban separados más de lo necesario para zanjar sus diferencias y compartir sus sueños. Nunca se había imaginado que amaría tan profundamente, tan completamente, y que sería correspondida.

Había necesitado cinco años de matrimonio para que la prensa y el pueblo de Khaleej entendieran por fin que estaba dispuesta a ser la confidente, amiga, aliada y amante de su esposo pero, sobre todo, su entregada esposa, la que lo había acompañado en viajes diplomáticos incluso cuando estaba embarazada de Rafiq y Lilah, la no se quedaba callada y, además, eran un verdadero matrimonio de amor.

La habían llamado la jequesa poco convencional y ella lo había aceptado encantada de la vida.

Naturalmente, los conservadores se tiraban de los pelos cada vez que ella expresaba su opinión, pero Zayn y ella ya habían llegado a entender que lo hacían más por costumbre y principios que porque tuvieran algo contra ella.

Con una taza de té en la mano, se retiró a uno de los acogedores rincones. Puso los pies en un diván bajo y cerró los ojos. Amaba esa casa tanto como amaba al hombre que la había proyectado.

–Creía que ya estarías acostada.

Ella dejó la taza y se movió un poco para que Zayn se sentara en el diván.

–¿Ya has terminado esta noche?
Él asintió con la cabeza y entre risas.
–¿Queda mucho?
Zayn se desabotonó la camisa y se la sacó de los pantalones. Su cuerpo imponente todavía le cortaba la respiración después de cinco años.
–Lo siento. Ya sé que es la primera noche que tenemos para nosotros desde que volvimos, pero…
Amalia le tapó la boca con un dedo y se lo introdujo desvergonzadamente.
–Ya estás aquí.
–Te echaba de menos…
La rodeó con un brazo y le dio una calidez de la que ella no se cansaría nunca. Se dio la vuelta y lo besó con indolencia. Él introdujo los dedos entre el pelo de su nuca para que no se moviera y despertó la llama del deseo en ella, ese gesto tan posesivo la volvía loca.
–Ha sido un detalle que Aslam se haya quedado con los chicos –comentó Zayn en un tono insinuante.
Le bajó los tirantes del camisón y le buscó un pecho con los dedos. Ella contuvo la respiración cuando una oleada de placer se adueñó de su vientre.
–Zayn… –se estiró como un gato–. Quería hablarte del Centro de Mujeres…
La frase acabó con un gruñido cuando él se tumbó encima de ella, que lo rodeó al instante con las piernas y se contoneó contra su erección.
–Esto noche no quiero a la jequesa ni a la mujer punzante que levanta oleadas –él cimbreó las caderas y ella echó la cabeza hacia atrás al notar la fricción en la protuberancia anhelante–. Esta noche quiero a mi esposa.
Amalia asintió con la cabeza y sin poder hablar por el beso adictivo de su esposo. Unas manos muy grandes fueron subiendo por las pantorrillas, las rodillas y los muslos hasta que llegaron a la entrepierna.
–¿Qué es lo que tú quieres, *habibiti*?
–A ti, Zayn. Siempre a ti.
Ella consiguió decirlo con la respiración entrecortada, pero recibió la recompensa de la sonrisa maliciosa del hombre que amaba antes de que entrara en ella y volvieran a bailar ese baile ancestral del amor.

* * *

Podrás conocer la historia de Elizabeth Young en el último libro de *Esposas de millonarios* del próximo mes titulado:
VUELVES A MI VIDA